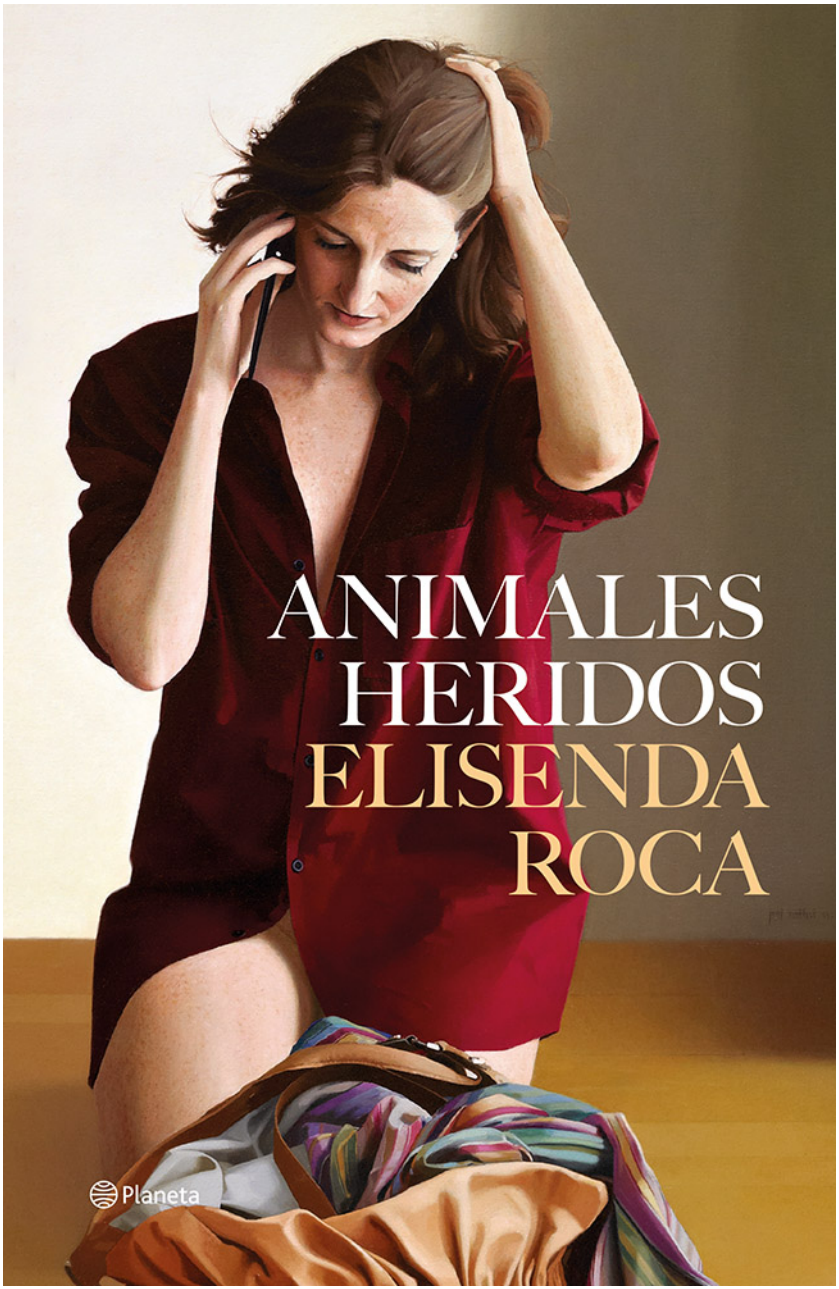
ANIMALES
HERIDOS
ELISENDA
ROCA
Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

26
27
28
29
30
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Nora, con su madre mayor, afronta un divorcio después de un largo matrimonio tóxico. Con la ayuda de los amigos, intentará deshacerse de todo lo que durante quince años la ha mantenido atrapada en una mentira. Daniel y sus hijos también deben afrontar una pérdida irreversible y trágica. Como Anna, la madre de Nora, que desorientada afronta los primeros síntomas graves de la pérdida de la memoria.

Una casa en medio del bosque, donde la madre de Nora fue feliz en su juventud, será el refugio de esta extraña nueva familia, que durante unos meses convivirá bajo el mismo techo. Durante la convivencia, de los más pequeños a la mayor compartirán confidencias y cada uno a su manera intentará reubicar el pasado y recuperar la energía que les permita encontrar el norte y rehacer sus vidas.

Un grupo de desconocidos heridos por un pasado que pesa. Una casa en medio del bosque. Una segunda oportunidad.

Animales heridos

Elisenda Roca

Planeta

La felicidad para mí consiste en tener buena salud, dormir sin miedo y despertarme sin angustia.

FRANÇOISE SAGAN

Amar duele. Es como entregarse a ser desollado y saber que en cualquier momento la otra persona podría irse llevándose tu piel.

SUSAN SONTAG

1

Antón llega a la cima de la colina resoplando. Cada día tarda más en hacer el recorrido. Ya no tiene edad para escalar montañas, le repite siempre Bel, su sobrina. ¿Qué más le da a ella lo que hace o deja de hacer? ¡Para lo poco que lo visita! Y, cuando va, no para de contradecirle y de reprocharle que si esto, que si lo otro. «Ya no tiene edad, tío, ya no tiene edad para vivir solo, ya no tiene edad para trabajar, ya no tiene edad para...» ¡Qué pesada es Bel, ni que ella fuera tan joven! Se casó con ese extranjero, un alemanote, y huyó lejos del pueblo, como si se avergonzase, como si la molestara.

A él no le fallan las piernas, conserva la memoria para las cosas importantes y, a diferencia de su sobrina, no necesita usar lentes ni para leer ni para ver de lejos. Ha pasado dos guerras y las ha sobrevivido. Vive solo. Hace tiempo que no celebra ningún cumpleaños. La edad no pesa si no la celebras.

Lo que más le estremece es que Bel le insista en que le iría muy bien contratar a una persona que lo cuide. Antón no quiere extraños en casa y le horroriza imaginarse a un desconocido metiendo las narices en cualquier rincón, controlando sus movimientos, fiscalizando su vida. La cargante de su sobrina dice que solo se preocupa por él, que no la haga sufrir, que a su edad debería jubilarse de verdad, detenerse. ¿Qué pretende? ¿Recluirlo en casa o en una de esas residencias que son cementerios para viejos? ¿Hay una edad para renunciar a todo? Él nunca se ha rendido, nunca ha tirado la toalla. Cuida de su parcela y necesita tocar la tierra.

Ayer mismo, en el bar de la fonda, mientras observaba a los cuatro de siempre jugándose los cuartos a la manilla, uno le preguntó la edad. No supo qué responderle y murmuró cualquier

cosa. Ni él mismo recuerda cuántos años tiene. Muchos. Todos.

Se pone las dos manos sobre la frente, a modo de visera, y contempla con sus ojos de halcón el paisaje que conoce tan bien. A aquella hora de la mañana cae un bochorno que hace temblar los campos segados. El calor no lo asusta. Está acostumbrado a la canícula. Estas tierras tienen un clima riguroso, un calor sofocante y un frío solo apto para los valientes.

Desde que nació sabía a qué se dedicaría, cuál sería su oficio. No porque él lo hubiera decidido, sino porque era lo obligado. Sin discusión. El oficio del padre y del abuelo y del bisabuelo tenía que ser el oficio del pequeño Antón. Eres el primogénito. Heredarás la tierra, heredarás el oficio. Recuerda al padre, Toño, y al abuelo, Antonio, enseñándole cómo se sometían las ramas de los almeces para que crecieran en los árboles adquiriendo la forma que les iban dando. Las doblegaban, aún tiernas, para que creciesen según mandaba la tradición. Como el chico de casa, doblegado y enderezado desde muy pequeño. Un oficio a punto de extinguirse, tal vez como él. Horquero. Ya no queda ninguno en el país. Solo Antón. ¿Quién quiere horcas hoy en día? Nadie. Lo que antes era un oficio ahora lo llaman artesanía.

Cada año monta su parada en la feria agrícola y ganadera del pueblo. Cuelga horcas de todos los tamaños y extiende sobre el mostrador las más chiquitas. Cada año ve cómo los niños les reclaman una a sus padres, y cada año oye cómo los mayores advierten a los pequeños que es una herramienta peligrosa y que pueden hacerse daño. Cada año explica a los nostálgicos de la ciudad, amantes de las cosas caducas, para qué se usaban, y cada año les cuenta cómo las hace, domando cada rama del árbol, y cada año sonríe cuando los objetivos de las cámaras inmortalizan su rostro surcado de arrugas, y cada año regresa a su casa con la furgoneta llena de horcas. Hasta el año próximo, que repetirá el ritual. Sin demasiada suerte.

En la cima de la colina, se sienta en la roca habitual. Es su trono. Es un peñasco pulido, sin aristas. Con un gesto mecánico, saca una petaca de piel gastada, la abre y toma un puñado de picadura que deposita en la palma de la mano; guarda la petaca y,

con destreza, abre el paquete de papel de liar tabaco; lame el índice, coge uno y lo pone encima de la picadura. Lo hace mecánicamente, como de costumbre, mirando el valle infinito. Con una sola mano enrosca el fino papel, le pasa la lengua y pone el cigarrillo entre sus labios.

A punto de encenderlo, se da cuenta de que algo no marcha bien. ¿Qué narices es aquella tierra pelada, aquella calva inmensa, allá, en medio del bosque? ¿Dónde están sus almeces? Parpadea perplejo. De un salto, se levanta y comienza a correr pendiente abajo. Corre enloquecido. Los guijarros del camino resbalan bajo las suelas de cáñamo de sus alpargatas. Un mal paso hace que tropiece y le va de un pelo no darse un batacazo. «¡*Cagüen* diez! ¡*Mecagüen* Satanás! ¡La madre que los parió! —va maldiciendo en voz baja—. Para, Antón, para, o te partirás los huesos y te romperás la crisma», piensa. A medio camino, inmóvil, el corazón le late tan fuerte que le duele el pecho.

No están. Definitivamente, no están.

Sus árboles, arrancados de raíz.

Una semana.

Solo ha estado una semana en cama por una maldita gripe que lo ha paralizado durante siete malditos días. Con mirada desconcertada, desvalida, se acerca, tambaleándose, a un gran cartel que anuncia la construcción inminente de una línea de media tensión. Proyecto del gobierno, dice la inscripción con letras grandes, catastróficas. Ni un almez, no queda ni uno. Pero ¿qué se han creído estos del gobierno? ¿Cuánto tiempo han estado urdiendo esta actuación? ¿Por qué nadie le ha consultado nada? ¡Panda de gánsteres! Ni un comunicado, ni una llamada. Nada de nada. Su tierra, sus árboles ya no existen. Él no ha dado permiso, no ha firmado nada. ¡Este alcalde repugnante es un cacique! ¿Cómo se ha atrevido? Ya de pequeño, todos hablaban de la mala baba que tenía el zagal. ¡Maldita sea su estampa!

Nota que la fiebre le vuelve a subir.

Anda como un autómata hacia su casa. La cabeza le arde, primero de indignación, después de determinación. Se acabó.

No es consciente de cuánto rato ha tardado en llegar y en

introducir la llave en la cerradura. Por primera vez le pesaban las piernas como si llevase un lastre atado en sus tobillos.

Entra a oscuras. En verano, siempre cierra las contraventanas porque el calor y el bochorno no son bienvenidos. El viejo caserón tiene gruesas paredes de piedra que lo aíslan del rigor del clima. Antón no enciende la luz. Conoce al dedillo la geografía de su casa. No le hace falta ir a tientas, avanza con seguridad. Sube la escalera hacia su dormitorio.

Entra.

Observa la habitación en la penumbra. Nota cómo las pupilas se dilatan y comienza a distinguir aquellas formas que siempre han estado allí, esperando cada regreso. Tampoco hay demasiado que ver. La alcoba es austera. La cama, el armario, la cómoda, la butaca y nada más. Con cuidado, cierra la puerta, guarda la chaqueta en el armario y se pone la americana de vestir, la única que tiene y que le queda grande, y una corbata. Se sienta en la butaca y cambia sus alpargatas por los zapatos de piel, tan lustrados que parecen nuevos.

Abre el cajón de la mesita de noche, coge un sobre amarillento, lo abre y saca una fotografía.

Ella lo mira intensamente, siempre joven. Él la besa y la retorna al sobre, donde hay escrito un nombre de mujer: Ana. «Querida Ana Molins», piensa. Después lo introduce en el bolsillo con sus últimas voluntades.

Sin prisa, se tumba en la cama. No puede recordar el día en el que nació, pero acaba de decidir el día en el que debe morir.

Y cierra los ojos dejando que la vida se escape sin oponer resistencia.

2

—Me he enamorado.

Silencio.

—¿Qué quieres que haga? —añade.

Nora calla. Lo mira y siente un dolor intenso que le agujerea el estómago. Como un puñetazo.

—¿Qué quieres que haga? —repite.

La pregunta, aquella pregunta con la que se escabulle de cualquier responsabilidad. Siempre es lo mismo. *¿Qué quieres que haga?* Con esa pregunta le pasa el problema, sea cual sea, a ella. «Llegaré tarde, ¿qué quieres que haga? No puedo ir a la cena, ¿qué quieres que haga? No podré acompañarte, tengo trabajo, ¿qué quieres que haga? *¿Qué quieres que haga?*»

—Ya te he oído —responde ella con voz tranquila, y se sienta a su lado.

El silencio cae como un telón. Él nota un calor repentino; ella, un escalofrío.

—Ahora lo que tienes que hacer es irte. No hay prisa. Pero deberías irte.

—¿Irme? ¿Adónde?

—¿Adónde? Con ella.

—No, no puedo. ¿Cómo quieres que me vaya con ella? Pe-per-pero-pero-pero ¿tú te estás escuchando? —tartamudea empezando a alterarse.

De repente, él se da cuenta del paso que ha dado, de lo que ha dicho, y un vacío inmenso se abre ante sí. Quince años al lado de su mujer, de la mujer de la que se había enamorado locamente, con la que había vivido momentos maravillosos. Su cabeza es una olla de presión. ¿Y si no funciona? Es tan apasionada, tan tan joven, tan llena de vida, está tan enamorada de él... Y le ha

prometido que hoy mismo se lo diría, que no esperaría más. Y ahora no se atreve a mirar a su mujer. Hace tiempo que la está traicionando. ¿Irse? Él no quiere irse. ¿O sí? Siente un vértigo y al mismo tiempo una excitación que lo paralizan.

—No puedo, no puedo —murmulla, sin mirarla, todavía.

—¿Por qué no? Debe de estar esperándote. Ya conoces el camino. Habrás dormido allá muchas noches. Es el momento de empezar una nueva vida, a su lado, no al mío. Nuestra historia terminó. Hace tiempo.

Él escucha lo que quiere y no quiere escuchar. La historia de amor que a él le parecía indestructible ha terminado.

—Pero ¿qué dices? No puedo. Tú eres la mujer de mi vida.

—No, está claro que no lo soy.

—Sí que lo eres. Quiero envejecer contigo.

—Pero yo no quiero —dice Nora.

—¡¿Qué?!

—Quiero que te vayas.

—¡No!

—Pues me iré yo —determina ella.

—No, tú no tienes que irte a ninguna parte.

—Oye, esto no es nuevo. Todo el mundo lo veía, incluso yo. ¿Sabes qué me duele?

Él no dice nada. Coge un cigarrillo y lo enciende. Da una calada profunda y suelta el humo con viveza. Sigue sin mirarla. Ella sí. Ella lo mira a los ojos y continúa:

—Que he hablado muchas veces contigo sobre nosotros, sobre nuestra relación, que no estaba funcionando, que no iba a ninguna parte. Y yo te lo quería poner fácil. Y cuando te decía que lo mejor era dejarlo correr, cuando te hablaba de separarnos, te encerrabas en tu caparazón y se acababa la conversación. Me decías: «Las mujeres siempre queréis hablar y hablar, los hombres somos diferentes, somos más de actuar. Así que déjame hacer a mí. Lo arreglaremos. Cambiaré».

Pero cuesta mucho cambiar, mucho. Su padre sentenciaba cuando era pequeña: «Nora, la gente no cambia, y los que juran que cambiarán son los que menos voluntad tienen de hacerlo». Lo

soltaba con aquel tono seco y autoritario, seguro de lo que decía. Ella siempre ha pensado como su madre: si quieres cambiar puedes hacerlo. Pero sabe que él nunca cambiará, porque no quiere, porque se gusta como es.

Nora lo mira y lo ve ausente. Ya no la está escuchando. Como siempre. Su pensamiento está muy lejos de ahí. De hecho, ha cogido un lápiz y dibuja unos labios que no son los suyos.

«Y cuando te preguntaba si había alguna historia, me decías que no y te enfurecías y te levantabas y se había acabado la conversación. Pero ¿crees que no lo veía? Dejamos de hacer el amor hace tiempo. Y ya no hablábamos ni reíamos juntos. El hombre que yo amaba ya no está.» Y sigue pensando que hace tiempo que vive con un individuo amargado, pendiente solo de sí mismo y de su trabajo. En todo momento. ¿Cuándo empezó a volverse así? ¿O ya era así y el enamoramiento loco, excitante, breve e intenso lo enmascaraba? Incluso le daba pereza salir con los amigos, con los de Nora, con los suyos propios. Y ya no le gustaba lo que ella decía, lo que leía, la peli que escogía, lo que miraba en la tele, su trabajo, y la hacía sentir mal. Siempre pendiente de su censura; a su lado se empequeñecía. Se sentía culpable de todo.

Poco a poco, sin darse cuenta, llegaron los reproches y fueron subiendo de tono hasta que se convirtieron en insultos. Nora no era feliz e iba aislándose de todo y de todos. Siempre pendiente del humor de él, de cómo llegaría a casa. Y rezando para que nunca le levantara la mano. Pero el maltrato verbal era doméstico, de puertas adentro. Y ella no era consciente. Miradas de menosprecio, frases hirientes, gritos, puñetazos en la pared o en la puerta y una vida de terror. Y ella esperando que fuera más allá y la golpeara, porque pensaba que así sería más fácil librarse de ese hombre convertido en torturador.

Y llegó ella. Aquella estudiante lo admiraba, lo escuchaba embelesada, nunca le discutía nada, siempre le daba la razón. El arquitecto, el profesor universitario maduro y atractivo, su maestro, su referente. El director de su tesina, sabio y atento. Y a él se le hacía cada vez más pesado volver a casa. Con ella se sentía

joven. Y vivo.

Seguro que debe de estar asustado: él ya casi está en los cincuenta y a la joven enamorada todavía le falta mucho camino para llegar a los treinta.

Pero ¿y qué? Mejor así. Quizá ahora la liberará porque querrá irse con la joven.

Nora se siente desplazada, caducada, arrinconada como un mueble viejo. Hace tiempo que no quiere luchar por una relación inexistente.

Pero todo esto no lo verbaliza, solo lo piensa.

—¿No dices nada? —suelta él con la voz disfrazada de cierto enfado.

—No hace falta. Ya sabes en qué punto estamos.

—Uy, sí, tú siempre lo sabes todo —replica él con rabia.

—No, no es necesario que me ataques, no hace falta, de verdad. Es una lástima no haber terminado antes, de manera limpia y sincera. Sin esperar a que llegara el relevo.

—¿Perdona?

—Que no querías terminar porque no deseabas quedarte solo. Ahora ya no estás solo, ahora la tienes a ella. Y debe de estar esperando a que la llames y le digas que ya has hablado conmigo, que todo ha quedado claro y que podéis empezar a vivir vuestro amor abiertamente. Llámala y dile que vas ahora mismo —concluye Nora con la voz triste y cansada.

Él sigue sin mirarla a los ojos. Tiene las manos sudadas y temblorosas. Y un nudo en la garganta. Sí, ahora sí, se ha acabado, piensa. Ignora el calvario que Nora ha vivido a su lado. Él nunca ha revisado su conducta porque no hay nada que cambiar. Para él su mujer se ha vuelto una amargada.

Así que se levanta y se va, dejando los labios de la chica dibujados sobre un papel en la mesilla y un cigarrillo mal apagado en el cenicero.

3

—Daniel, ¿se puede saber qué haces en la cocina? ¿Esto no debería hacerlo tu mujer? ¿Qué pasa, que se le caen los anillos si se ensucia las manos? ¿Quizá le da miedo mancharse el vestido? Siempre que vengo estás en la cocina.

—Pero ¿qué dices, mamá?

—Lo que oyes, hijo mío. Esa mujer tiene mucha cara y tú pareces ciego.

—Esa mujer es mi esposa y la madre de mis hijos desde hace diez años, mamá. Y trabaja fuera de casa, ya lo sabes.

—Mira, Daniel, ahora que hablas de mis nietos, dime, dime, ¿quién se levanta temprano y prepara el desayuno de los niños y los despierta y los acompaña a la escuela y trabaja y luego prepara la comida y los va a buscar y los vuelve a llevar y les ayuda con los deberes y...?

—Lo hacemos los dos, mamá.

—Aurora, ¡calla! —dice la voz autoritaria que está sentada a la mesa sin levantar la vista del periódico.

—¡No, no callo! —dice ella áspera—. ¿Te parece bien que nuestro hijo viva explotado por una mujer que no hace nada en casa y que...?

—Papá tiene razón, mamá. Calla, por favor.

Se oyen las llaves en la puerta de entrada. Por el pasillo resuena el caminar decidido de unos tacones.

Una mujer joven de una belleza extraordinaria entra en la sala. Se quita las gafas de sol graduadas y deja el bolso y el abrigo de cachemir en la butaca.

—¡Buenos días, familia! —saluda con una sonrisa sincera—. ¿Cómo estás, Aurora? Hola, Ernesto.

Besa a los suegros y cuando se acerca a la cocina, donde él la

espera con un cucharón en la mano, entran dos criaturas corriendo y gritando: «¡Mamá! ¡Mamá!». La mujer joven de una belleza extraordinaria se agacha con los brazos abiertos y los abraza. Un perfume dulce y embriagador llena la sala.

Tras hacer unas carantoñas a los pequeños, les pide que vayan a lavarse las manos, que pronto van a comer. Entonces, la mujer entra en la cocina, se acerca a su esposo, con el dedo índice le aparta un mechón de la frente y se dan un beso, tierno, intenso, largo. La suegra carraspea.

—¿Y qué, bonita?, ¿qué hace mi hijo en la cocina?

—Oh, ya lo ves, Aurora: cocinar. —Y lo vuelve a besar.

—Ya, pero siempre que vengo lo encuentro en la cocina.

—¿No será porque también es su cocina? —responde ella sin perder la sonrisa y con un deje de ironía.

—Por eso estás tan tan delgada, hija mía. —Aurora cambia de tema incómoda—. Si cocinases un poco más, seguro que picarías algo y así no estarías en los huesos. Antes, cuando estabas un poco más gordita, lucías mejor, qué quieres que te diga.

—¡Basta, mamá!

La voz de su hijo truena, contundente. Después vuelve a suavizarla cuando se dirige a su mujer.

—¿Cómo te ha ido el día, amor?

—¿Y a ti, Daniel? —pregunta ella.

—Ya he acabado esa traducción complicada, y por fin he escrito un nuevo capítulo. Luego te lo paso y lo lees.

—Claro. Tengo muchas ganas —dice ella, guiñándole el ojo.

—No sé de dónde saca el tiempo para hacer tantas cosas —refunfuña Aurora.

—Ernesto, perdona, ¿me pasas los vasos que hay en el mueble que tienes detrás? —le dice la joven a su suegro, mientras va poniendo el mantel y las servilletas sobre la mesa.

Y, como cada vez que le pide algo, la suegra la mira irritada y suelta:

—No te muevas, Ernesto, tú no tienes que moverte. ¡Ya lo hago yo!

Y se acerca apresurada al mueble, lo abre, saca seis vasos y

acto seguido los distribuye en la mesa. Ernesto observa, hierático, el movimiento desatado a su alrededor. Los niños regresan a la sala con las manos limpias y entran y salen de la cocina cargados ahora con una cestita llena de rebanadas de pan, ahora con un bol de ensalada, ahora con unas pinzas para servir, que van depositando caprichosamente en la mesa mientras la joven de una belleza extraordinaria pone cada cosa en su sitio.

Aurora no ha dejado de mascullar que si son demasiado pequeños para llevar un bol tan grande, que a ver si se van a pinchar con el cuchillo del pan, que cuidado con las copas, que se rompen. Ella, sonriendo, le replica que están acostumbrados y que no sufra tanto, que haga como Ernesto y que descanse. Lo vuelve a decir con un tono dulce, sin reproches, pero con aquel punto un tanto irónico que solo detecta Daniel. Este, con voz aterciopelada, le pide que acuda un momento.

Cuando la joven entra en la cocina, su esposo cierra la puerta y la coge por la cintura. Se besan, con ganas, con pasión; las dos lenguas juegan dentro de las bocas, hasta que, con tono agrio, Aurora grita si falta mucho para comer ahora que por fin ya están todos. Ellos no contestan.

—No me has explicado qué te han dicho —le recuerda.

—Amor, hablamos luego, cuando estemos solos, cuando tus padres se hayan ido, ¿de acuerdo? —sonríe ella.

Es la misma comida de compromiso de siempre. Se repite una vez al mes, cuando Ernesto y Aurora van de su pisito de la costa a visitar a su hijo. Mientras comen, Aurora se queda prácticamente todo el tiempo de pie al lado de su marido, le sirve el plato, mira que no le falte ni agua ni vino, con gaseosa, eso sí, y de fondo las protestas de su hijo para que se siente de una vez y coma tranquila. Afortunadamente, estas comidas son cortas. Nunca se quedan a tomar café y se van rápido, como si se les escapara el tren.

Una vez que los abuelos se han ido, acompañan a los niños a la escuela. Vuelven a casa cogidos del brazo. Pasean sin prisa.

—¿Vas a decirme por fin qué te ha dicho el médico? —pregunta él.

—No son buenas noticias, amor.

—Pediremos una segunda opinión.

—Esta es la segunda opinión.

En ese preciso instante, Daniel se detiene y quiere decirle que pedirán una tercera opinión, y una cuarta si es necesario, que nada está perdido, que no es el final, que estará a su lado durante el tratamiento, que conseguirán parar la enfermedad, que no se rendirán, pero las palabras se le atascan y no consigue decir nada. La mira, observa el rostro de la mujer que ama y se sumerge en sus ojos almendrados y brillantes. Siente que alguna cosa ha empezado a resquebrajarse definitivamente. Y siente que no puede aguantar más.

Un lamento nace de lo más profundo de las entrañas y se escapa por su garganta con tanta intensidad que provoca que los paseantes se detengan perplejos. Ven a un hombre que llora abrazado a una joven de una belleza extraordinaria.

4

—¡No me toques! ¡No me toques! ¡Ayúdenme! ¡Quiere hacerme daño! ¡Que alguien me ayude!

El enfermero de guardia intenta calmar como puede a la menuda y atemorizada mujer que intenta huir de la habitación 14 de la residencia Shangrilá. Reducirla sería fácil, pero sabe que se complicaría la vida si la sujetase con fuerza. La fragilidad de ese cuerpo y la mala circulación sanguínea de la interna harían que una ligera presión se convirtiera en una contusión espectacular digna de cualquier informativo sensacionalista. El enfermero tiene experiencia y sabe que pronto se rendirá. Por eso la abraza con determinación, pero con delicadeza, sin dejar de acariciarle la cabeza, por más que la mujer siga gritando, asustada, sin saber quién es ni dónde se encuentra. Es la primera crisis que ha sufrido desde que vive en la residencia, y lo ha cogido desprevenido.

Hace dos años que conoce a Ana Molins y que comparte con ella largas noches de insomnio. La noche contiene ingredientes misteriosos que consiguen crear unos vínculos cómplices entre personas bien distintas. Cervan ha pasado muchas veladas con ella hablando, jugando al Rummikub o a las cartas, y viendo películas en la *tablet* hasta altas horas de la madrugada.

Su compañera Reme no para de darle la lata sobre la pena que siente al ver a estos abuelos abandonados, y que a los hijos se les debería caer la cara de vergüenza, y que se ha perdido el respeto por la gente mayor y que antes no se les echaba de casa por mal que estuvieran. Él no está de acuerdo. *Antes*, Reme siempre prefiere el *antes*, mientras que él prefiere el *después*, el porvenir. Debería decirle que en su *antes* siempre había una mujer que se sacrificaba y que vivía las veinticuatro horas del día, y más si las hubiese, para cuidar al suegro enfermo, a la madre ya mayor,

a toda la familia, mientras iba perdiendo la juventud y las ganas de vivir, encerrada en una casa convertida en una prisión sin rejas. Igual que hicieron su abuela y su madre. Pero de esto Reme no dice nada, ni él se lo mencionará nunca. Reme mira con menosprecio a las visitas y observa con superioridad de madre abadesa a los internos. Y, además, a Cervan no le gusta juzgar a hijos o parientes. Es una buena residencia, a pesar de Reme, que es una bruja. ¿Quién es ella para hablar mal de nadie?

Su propia madre todavía no ha digerido que él, su hijo mayor, su hijo admirado, el que había terminado la carrera de Medicina y tenía trabajo en su país, decidiera irse lejos para buscar una vida mejor. Pero Cervan se ahogaba. Recuerda la mirada perpleja de su madre cuando le explicó que se iba porque no podía más. «Huyes, *m'hijito*, no te vas, huyes. ¿Y crees que vas a encontrar una vida mejor? Encuéntrate primero a ti mismo.» Quizá sí se fue para encontrarse. En la mochila puso pocas cosas, y eso que siempre le decía su padre: «Lo que sucede, conviene, Cervantes».

Ana, al principio, solo iba de día, hacía ejercicios de memoria, de coordinación, de gimnasia, incluso se apuntó dos veces a la semana a *aquagym*. Por la tarde volvía a su casa. Hasta que llegó un día, Cervan lo recuerda muy bien, en el que Ana acudió acompañada de su hija. Llegó para quedarse. Él estaba y la recibió. Ana se encontraba desorientada. No recordaba haber encendido los fogones de la cocina, no recordaba la olla en el fuego, quemándose, no recordaba la casa tiñéndose de humo negro, no recordaba a los bomberos derribando la puerta y entrando con la vecina, que había dado la alarma, no recordaba haber ido al hospital. Sencillamente, no recordaba nada.

El enfermero nota cómo Ana empieza a relajar el cuerpo y ya no grita. Solloza frases que él no entiende, hasta que cierra los ojos, cansada, rendida. La coge en brazos y la lleva a la cama. Acaricia el bello rostro de la anciana, le seca las lágrimas que han empapado esa cara que conoce hasta la última arruga. Ahora duerme. Cervan debería avisar al médico de guardia, pero no lo hace. No quiere que la seden o la aten con correas.

Coge el teléfono y hace una llamada, mientras en la pantalla

de la *tablet* que hay en la mesilla de la habitación 14 de la residencia Shangrilá se ve a la pareja de *Once*, que canta:

> *Falling slowly, eyes that know me and I can't go back.*
> *Moods that take me, and erase me, and I'm painted black.*
> *You have suffered enough and warred with yourself.*
> *It's time that you won.*[1]

Le da a la tecla y la apaga. Esta noche, la película se ha acabado antes de tiempo.

5

«Tiene dieciséis mensajes nuevos.»

La voz monocorde del contestador del móvil advierte a Nora de la letanía de voces que está a punto de escuchar. No se ve capaz de leer el centenar de mensajes de WhatsApp. Pone el altavoz y deja el móvil en el suelo, a su lado.

¡Bip!
Hola, cielo, soy mamá. Como no has venido ni has dicho nada... No te querría molestar... ¿Te encuentras bien? Pues nada, que me llames cuando escuches el mensaje. Adiós, vida mía.

¡Bip!
Nora, soy Ali. No contestas el móvil ni en casa. ¿Va todo bien? Llámame.

¡Bip!
Eh, Nora, aquí tu *sister*. Nena, en Londres llevamos unos días de congelación absoluta. ¡Estamos *frozen*! Espero que allá tengáis ese solecito que tanto echo de menos. ¡Buf! Y no para de llover, qué coñazo, tú. Bueno, que quería saber cómo estaba mamá... y vosotros también, claro. No me enrollo más. ¡Besos!

¡Bip!
Este es un mensaje de FNAC para Nora Bach. Le volvemos a recordar que ya nos ha llegado su encargo. Puede pasar a recogerlo cuando le vaya bien. Gracias.

¡Bip!
Nora, soy Antoni. No has venido a trabajar, ¿ha pasado algo? Recuerda que mañana tenemos

reunión. Llámame cuando puedas, por favor.

¡Bip!
Soy Ali. Amor, ¿estás bien? Te esperábamos en la cenita, en mi casa, y no has aparecido ni has dicho nada. ¿Tengo que preocuparme? Llámame, por favor.

¡Bip!
Cielo, soy mamá... Nora... Nora, hija, llama, tenemos que hablar. Ha pasado una cosa que..., bueno, una cosa que no me esperaba. Llámame.

¡Bip!
Soy yo. Humm... Si te va bien, mañana por la tarde pasaré a recoger algunas cosas que necesito y que todavía tengo en el piso.
El viernes haré la mudanza definitiva. Me gustaría que estuvieras. Adiós.

¡Bip!
No hay forma de localizarte, Nora. La reunión ha ido bastante bien, pero tenemos que hablar del título de la colección de novela negra. Hay que cambiarlo. Necesito hablar contigo. Si no puedes llamar por lo que sea, mándame un e-mail a la editorial. ¡Ah! Soy Toni, claro. Un beso. Cuídate.
¡Bip!
Nora, soy Ali. Como no hay manera de localizarte, lo he llamado... y..., bueno, que ya lo sé. Bueno, lo sé, lo sé de aquella manera... Sé lo que me ha explicado él, pero quiero hablar contigo, necesito saber cómo estás. Nora, dime algo, por favor... ¿Nora? Mira, ya voy.

¡Bip!
Estoy en el rellano. Por favor, sé que estás en casa. El portero me ha dicho que hace días que no sales. Ábreme, Nora, ábreme, por favor. No tienes que pasar el mal trago sola... Nora...

Cariño, ábreme... De acuerdo. Me voy. Pero ya sabes dónde estoy. Llámame a cualquier hora. Tendré el móvil encendido.

¡Bip!
Soy Toni. He llamado a Alicia y me lo ha explicado. Nora, si necesitas hablar o cualquier otra cosa... Entiendo que no vengas a trabajar. Tranquila, ya nos apañamos. Le he pasado tus encargos pendientes a Santi. Ya sabes que es muy espabilado y muy discreto. No, no sufras, no le he dicho nada. Pero supongo que por la cara de preocupación que ha puesto después de explicarle que estabas de baja debe de pensar que estás enferma. No te mareo más. Cuando te apetezca, llámame.
¡Bip!
Niiiiiiña, soy Julia. ¿Qué pasa? No sé si te lo tendría que decir, pero es que es muy fuerte y lo tienes que saber: acabo de ver a tu chico pegado como una garrapata a una jovencita que lo miraba con ojitos enamorados. ¡La mosquita muerta, tú! No, no, no se besaban ni nada, ¡pero tendrías que ver cómo se miraban, niña! ¡Aquí se cuece algo! He estado a punto de soltarle una impertinencia de las mías, pero me he frenado por ti, niña. ¡Dime qué pasa! ¡Llámame!

¡Bip!
¿Se puede saber dónde te escondes? Mamá me ha llamado porque no la has ido a ver y está preocupada. *Sister*, si quieres... ¡Uy, espera!... Sam, *I'm coming!* Te tengo que dejar. *My love* me espera en la calle y llego tarde. Hablamos luego. Beso, *sis.*

¡Bip!
Hola, Nora, soy tu madre. Espero que no te moleste, pero, como no venías ni llamabas, he hablado con tu hermana, que tampoco sabe nada de ti, y me he preocupado. Por suerte me ha llamado Alicia y me ha dicho que no te

encuentras bien, una gripe, me ha dicho, y que cuando estés mejor me llamarás. Dice que no tengo que preocuparme, pero, bueno, ya me conoces; por el tono de su voz me ha parecido que hay algo más, ¿verdad, cielo? Por mí no tienes que preocuparte. Estoy bien. Pero me gustaría que vinieras. Sea lo que sea, todo tiene solución, hija, todo tiene solución.
¡Bip!
Vuelvo a ser yo. Te recuerdo que, pasado mañana, el viernes, van los de la mudanza. Si te parece bien, pasaré mañana y prepararé cajas. Me gustaría que estuvieras. Tenemos que hablar.

Nora coge el móvil. Presiona asterisco. Oye una señal acústica larga y luego la voz monocorde que le informa.

No tiene ningún mensaje. Gracias por usar este servicio.

Escribe un whatsapp a su amiga Alicia:

Quedemos hoy. Tengo que salir de casa con urgencia. Esta noche, donde quieras.

Inmediatamente ve la doble confirmación y la respuesta:

Sí, sí, quedemos a las ocho. ¡Perfecto! Te envío un whatsapp con la dirección del restaurante. Tengo muchas ganas de verte.

6

Sentada en una de las confortables y elegantes butacas chéster del Mystic, el restaurante de moda de la ciudad, Alicia espera a su amiga. Un camarero le sirve el Negroni que ha pedido y también le deja en la mesa una pequeña bandeja de porcelana blanca con cuatro exquisiteces para picar. Mira su moderno *smartwatch* de pulsera. Todavía quedan cinco minutos para la cita. Alberto, el dueño del Mystic, sale a saludarla. Se disculpa por haber tardado tanto en recibirla, pero tenía que atender las reservas, y «tú eres como de la familia», dice, y le guiña un ojo recordándole, sonriendo, que la culpa la tiene ella por haber escrito una crítica tan elogiosa y por el celebrado reportaje que sumó miles de *followers* de todo el mundo pocos minutos después de haberlo colgado.

Alicia dirige y presenta un programa de éxito en la televisión. Se dedica desde hace años a recorrer ciudades y pueblos. Describe cada comunidad a partir de su gastronomía, vive en la casa de las familias y cocina con ellas. Tiene, además, una de las webs gastronómicas más consultadas e influyentes en internet. Se pasa medio año viajando por el mundo y el resto de los meses los aprovecha para escribir novela negra bajo pseudónimo. Ya lleva cinco y todas han sido un éxito de ventas. Ahora está terminando una nueva. Solo Nora, su amiga y editora, y Toni, el otro socio de la editorial, saben que es ella quien se esconde bajo ese nombre sueco. Todo empezó como una broma y tras el éxito de la primera novela decidieron continuar. La calidad de las tramas, la fuerte personalidad de la protagonista, la detective Lotte Boysen, y el misterio que se esconde tras la escritora o escritor desconocido han hecho que la saga se convierta en un fenómeno editorial que ninguna de las dos se esperaba.

Hoy se ha decidido por el Mystic a última hora, sin reserva, pero no ha habido ningún problema. El «tú eres como de la familia» se ha traducido en una mesa para emergencias especiales que el dueño tiene en un pequeño reservado. Luego la invita a pasar, pero Alicia le dice que prefiere esperar en la salita de la entrada, y que no se preocupe, que se siente muy cómoda, como siempre. El dueño regresa a la sala satisfecho. Le gusta que los clientes la vean en la entrada, su presencia es un aval que les garantiza que han hecho una buena elección.

A las ocho en punto, Nora empuja la puerta de vidrio opaco. Alicia se levanta y la abraza cálidamente. Durante unos segundos, solo se oye la voz indolente del cantante de The Fray arrastrando sutilmente la voz por los camuflados altavoces del restaurante: «*... Between the lines of fear and blame, and you begin to wonder why you came. Where did I go wrong? I lost a friend. Somewhere along in the bitterness. I would have stayed up with you all night had I known how to save a life...*».[1]

Un camarero guarda la distancia, prudente. Cuando deshacen su abrazo, el joven, vestido con un elegante uniforme negro y un largo delantal con el logo del local bordado discretamente, pide si puede guardarle el abrigo y el chal. Nora se los da.

—Tiene gracia —dice Alicia siguiendo el ritmo de la canción.

—¿Qué?

—Hace días que me persigue una especie de banda sonora cada vez que pienso en ti.

—Perdóname, Ali.

—No hay nada que perdonar. No querías hablar y lo entiendo. Y si hoy tampoco quieres decirme nada, no tienes por qué hacerlo. Pero quería verte. Somos amigas, Nora, más que amigas, somos como hermanas, y ya hace más de dos semanas que...

—Lo sé, lo sé.

El camarero aparece de nuevo y les pregunta si quieren ir a la mesa.

Alicia coge su Negroni y las dos lo siguen hacia el reservado.

Mientras el joven va abriendo paso, Alicia observa a los comensales. Reconoce a dos empresarios en compañía de sus

esposas escuchando los consejos del sumiller sobre las bondades de un nuevo cava. Ve a un destacado dramaturgo acompañado de una jovencísima y prometedora actriz, estrella de la última serie televisiva de éxito, que lo mira con cara de estar pagando un peaje. Otro vistazo le permite constatar que, efectivamente, la segunda sala está llena. Saluda con un gesto educado a un conocido galerista que tiene enfrente una silla vacía, señal de que la cita se retrasa, pero no se detiene a hablar con él y entra en el reservado. El camarero les da rápidamente dos cartas para que escojan, y les explica los platos recomendados del día. Se deciden por un menú ligero: compartirán colmenillas a la crema y gallo de San Pedro al horno.

Alicia sonríe y busca las palabras justas que no incomoden a Nora más de lo que ya lo está.

—¿Sabes por qué se llama «de San Pedro»? —dice para romper el silencio.

Nora niega con la cabeza.

—Es un pez con cara antipática, con una boca fea, parece que esté enfadado, ¡eh!, pero es muy sabroso. Verás, a cada lado tiene dos manchas redondas. La leyenda dice que son las huellas de san Pedro cuando cogió el pez, por orden de Jesús, y, ¡oh, milagro!, le hizo caer de su gran boca la moneda de oro con la que pagó el tributo del templo. ¡Ya me gustaría a mí saber hacer esos milagros! —dice intentando que Nora se ría, y consigue una media sonrisa.

Se vuelve a hacer el silencio. Quiere preguntarle qué le ha pasado, por qué no la llamaba, pero no encuentra las palabras adecuadas y espera a que su amiga inicie la conversación. Nora es incapaz de explicarle que ha estado una semana entera acostada sin ánimo para nada, ni comer, ni ducharse, ni hablar. Se abandonó en la cama, a oscuras, dejándose arrastrar por los pensamientos más negros. Hasta que, no sabe cómo, oyó una voz en su interior y se dijo: «¡Basta! ¡Ya es suficiente! ¡Respira!».

—No quería ver a nadie, no podía…

—Nora, no tienes que explicarme nada si no quieres.

—Pero quiero contártelo. Creo que ahora por fin sé qué quiero hacer.

El sumiller las interrumpe. Les habla de las excelencias de ciertos vinos que irían muy bien, él dice «maridarían muy bien», con los platos que han escogido para la cena. Les habla de las variedades de las cepas, de las zonas de cultivo, de los sabores. Toda una clase compactada de enología explicada de forma clara y comprensible. Una de las cosas que más valoró Alicia al escribir la crítica del Mystic fue precisamente este sumiller. Las dos coinciden en que sea él quien las sorprenda con lo que crea más conveniente.

—Me estabas diciendo que finalmente ya sabes qué quieres. Pero no me has explicado todavía qué has hecho durante estos días que no has contestado a mis llamadas. ¿Le has explicado a tu madre que te has separado?

—No.

—¿Ni una llamada?

—No sabía cómo decírselo. Y eso sí me duele. Sé que me he escondido del mundo, pero no tenía muchas ganas de dar explicaciones.

—Ya las dará él con ese tono de superioridad y de perdonavidas que gasta... Lo siento, lamento decírtelo así, pero ya sabemos cómo es.

—Sí, Ali, lo sé. Y me da lo mismo. Ahora sé qué tengo que hacer con mi vida. Hacía tiempo que me sentía muerta por dentro.

Alicia la mira con ternura.

Las dos callan mientras otro camarero entra en el reservado con unos entrantes deliciosos, y el sumiller les presenta y les sirve el vino. Con una sonrisa discreta sale rápido.

Nora continúa.

—Mañana estará en casa. Este fin de semana hace la mudanza.

—¿Y no quieres ir? ¿Y si se lleva cosas tuyas? —pregunta su amiga.

—No me importa —dice Nora—. Toda yo era suya. De hecho, me convertí en su sombra. Siempre pendiente de agradarle, de escucharle, de ser el chivo expiatorio cuando algo le disgustaba, fuera lo que fuese.

—¿Te pegaba? —se horroriza Alicia.

—No, no. Ya sabes, me menospreciaba. Y yo lo encontraba normal.

—Sabía que era un malcarado, pero no un cabrón.

—No puedo soportar verlo, Ali.

—Hoy te quedarás en mi casa, solo faltaría...

De repente, como un terremoto, entra una mujer exuberante, los ojos pintados de un negro tan intenso como el esmalte de sus uñas, que contrasta con el pelo decolorado al estilo Jean Harlow y sus labios rojo cereza. Lleva un vestido chillón, tanto como su tono de voz.

—¡Neeeeeenas! ¿Qué hacéis aquí escondidas? Orson, el galerista, sabéis de quién os hablo, ¿verdad? Pues Orson me ha dicho que te había visto entrar, Alicia, y he pensado seguro, seguro, segurísimo que también está Nora. Y, mira, ¡he acertado!

—Julia, qué sorpresa tan... ¡sorprendente! —dice Alicia con ironía, asombrada por la entrada en tromba de la artista—. Sí, he visto que Orson esperaba a alguien. No me imaginaba que fueras tú. ¡Mira qué bien!

—Sí. Pobre, he llegado un poco tarde. Estamos en tratos porque quiero cambiar de galerista. Ese niño modernito y su galería para jóvenes promesas no es para mí. Además, ya tengo una edad, un currículum y pienso que me merezco una galería de peso donde exponer. Orson está muy interesado en mi última obra. ¿Y qué, Nora? ¿Cómo estás, eh, reina, cómo estás? —pregunta ansiosa, mientras coge una silla solitaria que hay en un rincón y se sienta sin que nadie la haya invitado a hacerlo.

Antes de que Nora pueda abrir la boca, el camarero entra en el reservado. Sin mostrar el más mínimo desconcierto por la presencia de Julia, le acerca una copa vacía que ella misma se encarga de llenar y probar.

—¡Caray, qué bueno! Cómo os cuidáis, ¿eh? ¡Ya era hora, nena! —le dice a Nora—. ¿Y qué? ¿No te sientes como si te hubieras liberado de un peso muerto que te hundía cada vez más y más? Vaya, que estabas en el subsuelo, en un agujero oscuro, y no sabíamos qué hacer para rescatarte. ¡Finito! *Kaputt!* ¡Ahora a vivir! A vivir, que ya te toca, lejos de esas caras largas, de aquel

malhumor enquistado que lleva ese tío encima. ¡Si nadie lo soporta! Bueno, sí, esa niña jovencita..., pero ya le llegará, ya le llegará. Unas cuantas neuras de las suyas seguidas, de esas que parece que se le acaba el mundo y que todos están en contra de él y que nadie lo valora, y se quedará más solo que la una. ¡Ese tío está loco!

—Para, para, Julia, no te embales, déjala respirar —dice Alicia.

—Todos los hombres son iguales, cuando ven un culito joven se les cae la baba y pierden el mundo de vista.

—Mujer, todos no —la corta Alicia.

—Pero si es un clásico: la becaria, la ayudante, la alumna, la canguro, la socia. Y si los dejas tú, ¡peor! Mi ex, cuando le pedí el divorcio, estaba tan histérico que escribió un guion para una peli que era pura bilis contra mí, bueno, contra las mujeres en general, pero contra mí en particular. Lo tituló *Terror violeta* y va y lo presenta a un productor importante, ese que lo hace todo. Sí, chicas, ayudadme, ahora no me acuerdo de cómo se llama. ¡Bah, da igual! La cosa es que, cuando por fin el productor le da cita, le dice que ha leído el guion y que lo que tiene que hacer no es la peli..., ¡sino ir al psicoanalista! —Julia se parte de risa.

Alicia le hace un gesto para que se calle. La dos observan a Nora.

Cuando se da cuenta del silencio levanta la vista y sonríe.

—¿Estás bien? —pregunta Alicia.

—Sí, de hecho, ahora, muy bien. Julia siempre me hace reír con sus historias aceleradas.

—Pues creo que ahora deberías explicarme la verdad, porque él ha ido contando su versión a todo el que lo ha querido escuchar.

—Y tú debes de haber escuchado con mucha atención, ¿verdad? —dice Alicia, harta de Julia y de su falta de tacto, harta de ella en general.

Pero la fotógrafa no se da ni cuenta. Se sirve otra copa de vino y, como un torrente, empieza a soltar frases de aliento mezcladas con sarcasmo.

—Quiero irme lejos de aquí —la interrumpe Nora.

—¿Adónde quieres ir? —pregunta Alicia.

—¿Irte tú? ¡Ni de coña! —dice Julia—. Es él el que se ha liado con la niña, que se vaya él. Tu casa es tu casa. ¡Que se joda! ¿Que no sabe adónde ir? Yo se lo diré: ¡que se vaya a vivir a un chiquipark y se la folle en la piscina de bolas de colores babeadas a ver si agarra una infección de hongos en la polla!

—¡Por Dios! ¡Julia, no seas tan grosera! —le reprocha Alicia.

—Uy, he bebido demasiado vino. ¿Dónde está el lavabo? —pregunta Julia, inmune a los reproches—. Por cierto, qué lujo de establecimiento, nenas. Aunque hay dos cosas que no me gustan: este silencio, todo el mundo habla tan flojito que parece que estemos en un hospital.

—¿Y la otra? —pregunta Alicia sin mucho interés.

—Que no se pueda fumar ni en el jardín de atrás. ¿Dónde se ha visto? El jardín es exterior, ¿no? ¿O lo consideran interior? ¡Absurdo! Ahora vuelvo. Voy a preguntarle dónde está el baño a aquel camarero tan guapo que parece Jude Law. ¿Habéis visto qué ojos tiene?

Sin esperar respuesta, Julia se levanta de golpe y va directa al camarero. Alicia mira a Nora, que sonríe.

—A mí me hace reír, Ali.

—A mí no. Pero si te hace reír a ti, ¡bienvenida sea nuestra loquísima amiga!

Los ojos de Nora tienen una mirada triste. No, no es triste, es más bien cansada, pero al mismo tiempo decidida, piensa Alicia. La conoce demasiado bien para saber que lo que ha dicho antes no era ninguna broma. Se irá. Lejos. Ahora que pensaba que por fin la había recuperado, que la tendría a su lado. Como puede, intenta quitarle hierro a la situación:

—La mejor terapia de su ex fue escribir *Terror violeta*. Lástima que debe de ser tan mala que nunca se estrenará, pero no sabes lo que pagaría por leer el guion.

Nora ríe abiertamente por primera vez en toda la noche.

—Quizá no ha sido una buena idea esta cena. Pensaba que te iría bien salir y hablar del tema, pero no había previsto a la alocada de Julia.

—Tranquila, nos conocemos desde hace muchos años.

Y entonces Nora toma otro trago de vino antes de explicarle cómo se siente.

—Pensaba que no sería capaz de levantarme de la cama, Ali. No comía, no me duchaba, no quería hablar ni escuchar nada.

—¿Desde cuándo?

—Unos cuantos días, quizá una semana.

—Nora...

—Lo sé, lo sé. Estaba en un bucle, compadeciéndome, culpándome, odiándolo, odiándome.

—A eso se le llama estar a punto de una depresión de caballo. Nadie es inmune. Bueno, sí, Julia.

Nora vuelve a sonreír. Remueve la comida, coge la copa y vuelve a beber.

—Quiero irme, lejos, Ali. Necesito distancia.

—¿Irte? ¿Adónde?

—Ahora mismo no lo sé.

—Mira, Nora, cógete unos días y vete de vacaciones. Te ayudo a escoger destino y un hotel de puta madre.

—No, no. Además, ya me he tomado muchos días de fiesta. He dejado a Toni solo en la editorial. No sé cómo no me ha echado.

—¿Quizá porque sois socios?

—Sí, y porque también es un buen amigo.

Alicia se da cuenta de que Nora tiene ganas de hablar, de que necesita desahogarse.

—Quiero irme a un sitio donde no me conozcan, un lugar en el que sea imposible coincidir con él. Algún pueblecito de interior, o quizá fuera del país. No lo sé, no lo sé.

—¿Quieres decir que es un buen momento para aislarte, para huir?

—Huir no. Irme. Coger perspectiva. Lo haré precisamente por mí, para volver a ser yo. Siento que me he perdido los últimos años. Me he ido hundiendo. Hace dos que me cuesta dormir y, cuando por fin me duermo, no pasan ni tres horas y me despierto de golpe, como si saliera de una pesadilla. Y no, no busques un

culpable, porque te equivocarás. Yo también fui dilatando esta relación, que era insostenible. Si no hubiera aparecido esa chica, habría sido otra. Y suerte que finalmente apareció, o todavía estaríamos juntos. ¿Cómo te lo puedo explicar? Claro que estoy triste. Fui incapaz de romper una relación que ya estaba muerta. Tendré que hablar con esa chica para agradecerle que haya entrado en nuestra vida y se lo haya llevado —dice con un deje de ironía.

—Va, Nora, ese hombre era un machista de manual. Te maltrataba.

—No, eso no.

—Sí, cariño, sí. Era maltrato psicológico, sin golpes físicos, pero lo era. Y ahora por fin se ha acabado. No hay marcha atrás.

—La verdad es que me siento liberada, aliviada, no sé si me explico. Lo quise mucho, mucho, Ali. Pero he vivido momentos en los que quería huir, desaparecer, volverme invisible, no estar ahí. Ya no éramos felices. Debo de ser una imbécil, porque mi prioridad en la vida era ser feliz y no lo he conseguido.

—¿Qué dices? No eres imbécil. No digas eso.

—Lo digo, lo digo. Su prioridad eran sus clases, el doctorado, lo que de verdad lo llenaba, lo llena, vaya. Estoy hablando de él como si se hubiera muerto.

—Lo que tienes que hacer es volver a salir como antes.

—No me gusta el antes, el antes ya ha pasado. Quiero el ahora, el aquí. Tampoco quiero el después. El después ya llegará. He de vivir el ahora y olvidar el antes.

Alicia estira el brazo encima de la mesa y le coge la mano. Iba a decir alguna cosa cuando se oye la llamada de un móvil.

—Es el mío —dice Nora, cogiendo el bolso.

Rebusca en el interior, saca una agenda y un paquete de tabaco, y lo deja todo encima de la mesa. Alicia no puede evitar una mirada de sorpresa. Está a punto de preguntarle por qué ha vuelto a fumar, pero no lo hace. Finalmente, Nora encuentra el teléfono y contesta. De hecho, solo musita un par de palabras, porque le están explicando algo muy grave que la hace palidecer. Y justo cuando Nora se despide diciendo que ahora mismo va y

cuelga el teléfono, Julia vuelve a entrar, sonriendo. Huele a tabaco, aunque ha intentado enmascararlo con un perfume excesivamente dulce y empalagoso.

—¿Y entonces, querida? ¿Qué me explicas? —pregunta.

—Lo siento, chicas. Mi madre ha tenido una crisis. Lo siento, Ali, pero tengo que irme a la residencia.

—Te acompaño.

Y se levantan, cogen los bolsos y salen dejando plantada a la artista.

—¡Joder! Parece que haya pisado mierda, pobre Nora —dice Julia, cogiendo la copa de vino, y se va a la mesa del galerista.

7

La amplia avenida que lleva a la residencia Shangrilá da miedo. De noche, la zona alta es un barrio inhóspito y solitario, aunque en él se encuentren las casas y los palacetes más bonitos de la ciudad. Las farolas, de luz amarillenta, iluminan aceras vacías. Ningún rótulo luminoso a la vista, tan solo rejas y vallas altas con jardines domesticados detrás, que esconden embajadas, colegios privados, agencias de publicidad y concesionarios de coches de lujo. El ladrido insistente de un perro resuena a lo lejos. Una quietud inquietante. Nora aparca el coche justo enfrente de la residencia.

Acompañada por Alicia, pulsa el botón del portero automático y, cuando una voz le pregunta quién es, se identifica como la hija de Ana Molins. La puerta emite un sonido metálico y se abre.

Nora se envuelve el cuello con el chal. Su amiga le pasa el brazo por encima de los hombros con gesto protector, y así, cogidas, avanzan por el camino de grava hasta la puerta principal.

En la recepción reina un silencio tan profundo que se puede oír, aunque amortiguada, la música que sale de los auriculares que lleva la joven recepcionista con aspecto de solista de *trap* a pesar de su bata blanca. En cuanto las ve entrar, se quita uno y les pide que esperen un *second*. Alicia no soporta esa expresión, «un *second*», pone mala cara. La recepcionista se quita el chicle que masticaba y lo tira a la papelera que hay bajo la mesa. Con toda la parsimonia del mundo, consulta un listado que tiene bajo el mostrador, coge el teléfono, marca tres cifras y acaba notificándole a alguien que los familiares de la señora Molins ya han llegado.

—Un *second*, que ahora viene —dice, sin especificar si se refiere al director del centro, a un enfermero o a la propia madre de Nora.

Es un enfermero quien baja la escalera saltando por los

escalones con prisa y se acerca a ellas.

—Gracias por venir tan rápido. Sé que es muy tarde, pero le tengo que explicar lo que ha pasado esta noche —dice con un tono de voz inaudible para la recepcionista, que aguza el oído, curiosa.

—No te preocupes por la hora, Cervan. Sufro de insomnio, debe de ser herencia materna —le contesta con complicidad Nora —. Y, por favor, te lo he dicho mil veces, tutéame.

—Ya, perdone, perdona, es la costumbre.

—Pues esta costumbre ya dura casi dos años. Bueno, dime, ¿qué ha pasado? —pregunta en un susurro Nora.

—Subamos. Seguidme.

La joven recepcionista, que estaba intentando escuchar la conversación, vuelve a ponerse los auriculares mientras desenvuelve otro chicle y se lo mete en la boca, masticándolo ruidosamente.

Cervan las guía hacia arriba por la escalera hasta un distribuidor donde hay una máquina de bebidas calientes, un dispensador de agua con una garrafa de veinticinco litros encima y una hilera de vasitos de plástico al lado. Las invita a sentarse en un sofá de terciopelo azul marino. Un color sufrido, piensa Alicia.

Cervan suspira.

—Tu madre ha sufrido su primer *blackout*, su primera crisis de pérdida grave de memoria, desde que ingresó.

—¿Cómo ha pasado?

—Después de cenar, ha subido a su habitación. Cuando he visto que todos dormían, he pasado a verla. Sabía que estaría despierta, como cada noche.

—Sí, conozco a mi madre, siempre tan nocturna. Es como un búho. De noche se activa —explica Nora.

—Hemos estado charlando un rato. Ana siempre tiene una conversación muy interesante.

—Lo sé.

—No tenía nada de sueño y me ha pedido que viéramos una película.

—Una película antigua de las suyas —dice Ali.

—Antigua pero de las mías. Esta vez me había dejado elegir a

mí. Estábamos viendo *Once* —aclara el enfermero.

—Buena elección.

—Pero me ha pitado el busca y he tenido que salir.

Cervan explica que ha tardado quince minutos escasos en volver. Cuando ha entrado en la habitación, Ana se había levantado. De pie, al lado de la cama, desorientada, lo miraba con incomodidad y desconfianza. Era evidente que no lo reconocía.

Un extraño, alto, delgado, con bata blanca y tez morena, en la puerta de una habitación extraña, le decía cosas que no entendía con una voz extrañamente suave y se acercaba a ella.

El enfermero sigue narrando el comportamiento atemorizado de la mujer y su trastorno, pero también añade una explicación diáfana del punto en el que cree que se encuentra la enfermedad. Y lo explica sin dramatismo y yendo al grano. Sabe que lo que ha pasado volverá a pasar. Desde ese primer momento en el que Ana acabó con la cocina incendiada no se había vuelto a producir. Pero la crisis de hoy ha sido determinante. Y se repetirá. Quizá tardará, pero no hay marcha atrás. Así mismo se lo dice a Nora. Sin maquillarlo, sin tapujos.

—Cervan, ¿la puedo ver? —pregunta Nora, a sabiendas de que hay un estricto horario de visitas y que ellas, de alguna forma, han entrado a escondidas.

—Naturalmente. Por eso te he hecho venir. He decidido llamarte en cuanto se ha despertado porque ha preguntado por ti y creo que tu visita acabará de tranquilizarla. No recuerda nada de lo que le ha sucedido, pero algo la debe de inquietar.

—¿Has hablado de lo que le ha pasado?

—No, es demasiado reciente. Le he dicho que ha sufrido un desmayo. Prefiero que descanse sin angustiarse. Quizá mañana. Depende de cómo la vea...

—Sí, pero si no te molesta, me gustaría estar cuando se lo cuentes.

—Claro. Ya contaba con ello.

Alicia ha escuchado pero, sobre todo, ha observado con mucha atención al enfermero de Ana. ¿Quién es ese hombre? ¿Una especie de ángel de la guarda? No solo es atractivo, sino que tiene

demasiados conocimientos médicos para ser un simple asistente en una residencia de ancianos. En la placa del uniforme no pone «DOCTOR», solo su nombre, «CERVAN». Domina el idioma, aunque habla con un acento particular. Sus facciones no indican con precisión de dónde es, tampoco su piel morena. ¿Cubano? No. Indio, quizá sea indio, porque parece uno de aquellos galanes de Bollywood que se pasan el tiempo bailando como posesos con movimientos frenéticos.

—¡Ali!

Alicia se sobresalta.

—¿Eh?

—¿Dónde estabas?

—Perdona, estaba... pensando.

—Te decía que vamos a ver a mi madre. ¿Vienes? —pregunta Nora.

—No, no. Si no te importa, prefiero esperar aquí.

Alicia no quiere incomodar a la madre de su amiga. Después del mal trance que ha pasado, ver entrar a tantas personas que quizá ni reconozca y todas con cara de preocupación le puede ir a la contra. Así que se acomoda en el sofá azul marino, coge el móvil y abre Twitter mientras ve cómo se alejan por el largo corredor con puertas a ambos lados. Se sorprende de que no huela a vejez. Parece un hotel de lujo más que una residencia de ancianos.

La puerta de la habitación 14 está entornada. Cervan golpea suavemente y la abre. En la cama, incorporada sobre dos almohadas, Ana sonríe.

—Mamá.

—Hola, cielo. Ven, siéntate aquí conmigo.

Nora se acerca y se sienta a los pies de la cama de la anciana. Nada en ella da sensación de fragilidad. Nada hace pensar que horas antes ha quedado engullida en un agujero negro. Sus ojos son vivos, felinos. Mira a su hija y golpea suavemente la cama con la mano extendida.

—No, no, acuéstate a mi lado, tenemos que ver el final de la película que me ha traído Cervan.

—No, señora Molins —dice él muy suavemente—. Es muy

tarde. Mañana la terminamos juntos, si quiere. Nora está aquí para saber cómo se encuentra. Las dejo solas para que puedan hablar.

Ana acepta sin rechistar la orden, que ha sonado a sugerencia, mientras Cervan sale.

—¿Sabes que me he desmayado, hija? Desmayarse es como morir. Te apagas de repente, por completo. Sin avisar. Me he desconectado. Y no duele. Morir no duele.

—Mamá, no te has muerto. No digas eso.

—¡Ah! Morir no me da miedo. Y a ti tampoco te tiene que dar. Además, tú todavía eres joven y me tienes que sobrevivir. No sufras, yo tengo el número antes que tú.

Nora calla, acaricia el rostro de su madre y se acuesta a su lado. Se quedan quietas, en silencio, unos minutos.

—No me he desmayado, ¿verdad?

—No, mamá.

Y se hace pequeña y se le encoge el alma, y no sabe cómo explicarse, qué decir.

Ahora teme que pregunte qué le ha pasado, porque no recuerda nada. Teme que le diga que qué hace ella aquí tras unos inexplicables días de ausencia.

Pero Ana no la somete a ningún interrogatorio. Sus ojos grises se empequeñecen como siempre que está pensando en algo. Es un gesto que Nora ha heredado de ella. También el miedo a las situaciones violentas, la llorera desatada cuando se emocionan, la manía de echar atrás una peli y repetir hasta el cansancio la escena que más les gusta, como el final de *Billy Elliot* con el bailarín Adam Cooper triunfando en *El lago de los cisnes*; también ha heredado su piel pálida y una peca pequeña y redonda en el pómulo izquierdo que, de tan bien puesta, parece tatuada, una risa de cascabeles que se contagia, el insomnio y la incapacidad de mantener una pareja estable.

Porque Ana no es viuda.

Hace muchos años que su marido la dejó para casarse con una inglesa tan estricta como él. Nora recuerda que fue un gran escándalo para la familia, para los amigos; un divorcio en una época en la que pocos se divorciaban. Su padre no soportaba las

excentricidades de esa mujer pequeña y decidida, ni que no le hubiese dado un hijo sino tres hijas, ni la forma como las educaba, ni la elección de esa escuela de pedagogía moderna sin reglas ni castigos, ni la complicidad que había entre ellas, ni cómo las tres niñas se parecían cada vez más a todo lo que para él era el caos.

Nora todavía se pregunta cómo se pudieron casar dos personas tan distintas, tan opuestas. Su padre detestaba las sorpresas, y mamá era una sorpresa constante. Para él, la felicidad era la rutina, el orden, el trabajo. Pero, a pesar de todo ello, en la casa compartían una cierta armonía hasta que se produjo el fatal accidente de su hermana mayor.

Nora se detiene aquí. Basta de recuerdos. Le duele recordar y sabe que su madre, como una perspicaz sibila, ya debe de haberle leído el pensamiento. A ella los genes maternos no le han dado la abrumadora intuición capaz de prever acontecimientos, de interpretar los sueños, de encontrar soluciones escondidas como hace una zahorí para descubrir un pozo de agua.

Por eso no se sorprende cuando su madre le dice como quien no quiere la cosa:

—Huir no es la solución. Pero si no sabes adónde ir, yo te lo diré. Y me gustaría irme contigo.

8

Empieza a amanecer. La hora del ruiseñor termina y los mirlos trinan saludando el nuevo día. La mañana se abre paso un poco encapotada. Quizá llueva.

Pero la verdadera tempestad se acaba de desatar en casa de Alicia. Las dos amigas están sentadas en el sofá de la sala, unas galletas danesas, dos cafés en la mesita y un cenicero con una colilla todavía humeante. No tienen sueño.

Nora se ha envuelto con una manta de cuadros y así, acurrucada, fuma el segundo cigarrillo y escucha lo que no quiere oír.

Alicia está horrorizada. Decididamente, su amiga ha perdido el juicio. Hace solo unas horas, Nora le había dicho que quería irse sola, lejos, sin complicaciones, y aunque no estaba nada de acuerdo, la había apoyado. Pero en el coche, volviendo de la residencia, ha soltado la bomba: se irá, lejos, pero no lo hará sola. Se irá con su madre.

¿Es que no se da cuenta de que la salud de Ana va de mal en peor? Pero ¿qué ha pasado en la habitación 14 de la residencia Shangrilá? Lo que le conviene a Nora es salir, vivir, volver a tener vida social, dejarse querer. ¿Cómo puede ser que ahora esté tan decidida a aislarse, vete a saber dónde, en compañía de una vieja que sufre de demencia senil progresiva? ¿Dónde ha quedado lo de querer una vida *sin complicaciones*? ¿Piensa que cuidar de su madre será un camino de rosas? ¿Y si todo va más rápido de lo que cree Cervan y al cabo de poco tiempo ni la reconoce? Habrá desaparecido la Ana divertida, extravagante, habladora, sorprendente, y aparecerá la cara más amarga de la enfermedad, la mujer que no está, la extraña que vive dentro de un cuerpo conocido, un envase de aspecto entrañable pero sin contenido.

Alicia le habla así de claro, crudamente, pero Nora parece no escucharla. Continúa con la mirada fija y no reacciona a sus palabras. Si los huracanes tienen nombre de mujer, su huracán particular se llama Alicia.

—¿Me estás escuchando? Mira, Nora, entiendo que son dos golpes muy duros y que cuesta asimilarlos. Pero no tienes que precipitarte. Hazme caso, necesitas dormir. Cuando hayas descansado verás las cosas con más claridad. No puedes tomar estas decisiones sin haberlas meditado a fondo. En estos momentos no sabes dónde vas a vivir. ¡Y además con tu madre! No estás preparada anímicamente para enfrentarte a lo que tiene que pasar. Además, deberías hablar con tu hermana y explicarle tu situación y la de tu madre.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí sé adónde quiero ir, y no me importa si estoy o no preparada. Ali, ¿tú crees en las casualidades? Cada vez tengo más claro que hay unos hilos invisibles que nos conectan, que todo pasa por una cosa concreta.

—¡Ya estamos! Te estás volviendo como Ana. Tu madre ha tenido una de sus premoniciones, sueños, visiones o llámalo como quieras.

Alicia se deja caer a plomo en la butaca, rendida. Nota cómo el cansancio la invade, pero ahora es cuando tiene que estar más despierta que nunca, porque sabe que finalmente Nora está a punto de explicarle todo lo que ha pasado en la residencia, lo que se han dicho madre e hija. Café, necesita café. Toma un sorbo, pero está frío y con gesto de desagrado deja la tacita sobre la mesa de centro.

—No, no ha sido ninguna premonición, Ali. Mi madre ha recibido una visita inesperada.

—¿Se le apareció un fantasma?

—No, Ali, no se le apareció ningún fantasma. Estoy hablando de una persona real, como tú y como yo. Hará una semana llegó a la residencia una mujer que preguntaba por Ana Molins. Cuando le comunicaron a mi madre que una señora llamada Isabel Klerk

había venido a visitarla quedó desconcertada. Ese apellido no le sonaba de nada, no conocía a nadie con ese nombre, no sabía de quién se trataba. Pero, como no tiene muchas visitas, la recibió con curiosidad. La mujer se presentó con una gran sonrisa y, ya sabes cómo es mi madre, enseguida intuyó que la quería embaucar, que esa sonrisa artificial escondía la intención de engañarla. Era alta, corpulenta, decidida, un poco ruda, hablaba ásperamente y, en lugar de mirarla, parecía examinarla. Tenía un aire, un rasgo en sus facciones, que le recordaba a alguien. Pero, por más que lo intentaba, el archivo de su memoria no conseguía encontrar de quién se trataba.

Aquella mujer empezó disculpándose por no haber anunciado su visita, pero el asunto era urgente, le dijo. La había intentado localizar en la dirección que tenía. Allí le anunciaron que hacía dos años que se había mudado a una residencia. Por fin, tras varias llamadas, muchas, a diferentes residencias, había dado con ella. Isabel estaba ahí para comunicarle que su viejo tío había fallecido y que ella, mi madre, había heredado la casa de aquel hombre.

Alicia hace un gesto para interrumpir a Nora, pero, finalmente, no dice nada y deja que continúe su relato.

—Sí, sí, ahora te estarás preguntando cómo puede ser que mi madre haya heredado la casa del tío de una señora que no conoce de nada. Ella le preguntó lo mismo a Isabel, que en aquel punto de la conversación parece que ya había perdido la sonrisa. Ali, yo pensaba que lo sabía todo sobre mi madre. Y no es así. Y ahora viene lo más fuerte de todo. ¿Recuerdas cuántas veces, de pequeñas, tú y yo, volviendo del colegio, habíamos escuchado sus historias, reales o inventadas, cuántas tardes habíamos merendado sumergidas en su último sueño, su último cuento, rodeadas de personajes que no sabíamos si existían pero que nos entusiasmaban? A menudo le pedíamos que nos repitiera alguna y si cambiaba algo la corregíamos. Lo recuerdas, ¿verdad?

—¡Claro!

—Una de nuestras preferidas era la del hombre que hablaba con los árboles.

—Humm, sí. Era aquel que la gente de su pueblo pensaba que

estaba loco, ¿no? —dice desconcertada Alicia.

—Exacto. ¿Recuerdas el cuento?

—Pero ¿a qué viene esto ahora, Nora?

Pero ella no contesta. Enciende otro cigarrillo y continúa.

—En un atardecer, un ciprés alto, muy alto, vio cómo un niño caía en un pozo. Rápidamente hizo correr la voz. El ciprés, alarmado, avisó al álamo, y la noticia pasó del álamo al olmo, del olmo al manzano, del manzano al limonero...

—... del limonero a la encina, de la encina al pino, del pino al abedul, del abedul al roble y del roble al almez —dicen las dos al tiempo.

—Veo que todavía te acuerdas —sonríe Nora.

—Acabo de volver a la infancia. La recuerdo perfectamente.

Y de repente a Alicia le viene toda la historia a la cabeza y fluyen las palabras escuchadas tantas veces en la voz de la madre de su amiga: el hombre que hablaba con los árboles oyó el murmullo de sus almeces y escuchó con atención. Luego se fue a la plaza del pueblo, donde un grupo de vecinos regresaba de buscar al niño que se había perdido. El muchachito había desaparecido y lo llamaban a gritos por su nombre. «Seguro que está muerto», susurraban, lloriqueando, algunas voces. Y las pequeñas Alicia y Nora se estremecían cuando oían eso porque Ana interpretaba las voces deformadas de toda aquella muchedumbre chismosa, agrietando la voz o atiplándola, y alargando mucho la «o» de muerto.

El hombre que hablaba con los árboles les aseguró que no, que no había muerto, y les explicó que el niño estaba dentro de un pozo, al lado de la verja del cementerio. Lógicamente, nadie lo creyó. Las comadres se reían: «¡¿Qué te crees, que no lo han mirado?!», y Ana volvía a poner aquella voz que tanto las asustaba. Él les aclaró que no era el pozo que habían mirado, sino otro, estrecho y profundo, que estaba en el suelo, justo detrás de la verja, escondido por unos matorrales. Lo decía con tanta seguridad que le preguntaron, incrédulos, cómo estaba tan seguro.

El hombre que hablaba con los árboles explicó que un ciprés dio la voz de alarma y que finalmente uno de sus almeces se lo

había dicho a él. Primero fue el hazmerreír de todo el pueblo hasta que la madre del niño perdido alzó la voz y dijo que ella lo creía y que lo acompañaría, que confiaba en él. Cuando todos llegaron al cementerio, el hombre que hablaba con los árboles se acercó al ciprés más alto y este le indicó el lugar exacto. Como había dicho, entre los matorrales se escondía un pozo no muy profundo y ahí, al fondo, se oía el llanto de la criatura. ¡Estaba vivo! La multitud se atolondró: unos gritaban que necesitaban cuerdas, otros que una escalera, algo a lo que la criatura pudiera agarrarse; los demás tirarían hacia arriba y la rescatarían. Pero nadie llevaba nada.

Entonces, el hombre que hablaba con los árboles pidió permiso a una mata de cáñamo para cortarle algunas ramas y fabricar una cuerda. Las abuelas ya no se reían. La hizo en un santiamén. Luego la dejó caer poco a poco por el oscuro agujero mientras, con voz calmada, le iba dando instrucciones al pequeño para que supiera cómo atarse bien. El niño se agarró con destreza, siguiendo las indicaciones del hombre, y así pudo izarlo hasta salir a la superficie sano y salvo. La criatura se lanzó a los brazos de su madre.

«¡Sabía que tarde o temprano vendrías!», dijo el niño mirando con confianza al hombre que hablaba con los árboles. «Deberíamos darles las gracias, ¿verdad?», dijo el hombre. Y los dos, a la vez, dijeron: «Gracias, árboles», mientras la gente los miraba desconcertados. Y, en ese momento, el ciprés cimbreó su esbelta figura como señal de la buena nueva y empezó a extenderse el murmullo de las hojas de todos los árboles del bosque, los álamos, los olmos, los manzanos, los limoneros, las encinas, los pinos, los abedules, los robles y los almeces.

Y todo el mundo supo que, realmente, ese hombre hablaba con los árboles, porque era imposible tanto murmullo de hojas en ese atardecer en el que no soplaba nada de viento.

El cuento ha estallado como un rayo en la memoria de Alicia, y se le ha erizado la piel.

—Cómo me gustaban las historias del hombre que hablaba con los árboles.

—Ali, la casa que ha heredado mi madre es la suya.

—¿Perdona?

—Es la casa del hombre que hablaba con los árboles.

—¡Venga ya! ¿Qué me estás contando? ¡Si era una fábula, un cuento de los muchos que inventaba tu madre!

—No, parece que esa no era una historia inventada. Ese hombre existió.

De un salto, Alicia se levanta de la butaca, inquieta, entusiasmada. El protagonista de ese cuento era real. ¡El sueño de cualquier criatura! Era como si Nora le acabara de decir que los Reyes Magos, el ratoncito Pérez y Papá Noel no son una farsa, una mentira, la primera estafa que se le hace a un niño.

—¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte! ¿Y Ana lo conocía?

—No me lo ha explicado. Dice que nunca se casó y que murió solo. Triste, ¿verdad? El testamento ha sido toda una sorpresa para su familia.

—No me extraña, amiga. ¿Cómo te quedarías tú si ahora te dijeran que tu madre le deja todos sus bienes a una desconocida?

—No, Ali, el dinero y las tierras son para la familia de su sobrina, Isabel Klerk. Lo que ha heredado mi madre es la casa de este hombre. Y los árboles del jardín que la bordea.

—Todo esto es una locura, Nora. ¿Qué relación tenía Ana con ese hombre? ¿Qué sabes?

—Ya te he dicho que no sé nada.

—¿Y qué quiere hacer Ana con esta herencia?

—Mi madre lo tiene clarísimo, la aceptará. Quiere quedarse la casa. Es más, quiere que vayamos a vivir ahí.

Nora da una calada profunda. Pero tose, hace un gesto de asco y lo apaga. Alicia le acerca un vaso de agua.

—¡Ay, Señor! Quizá no te gustará lo que vas a encontrar. Quizá es una ruina, la casucha de un viejo solterón amargado, con muebles carcomidos y olor a rancio. Y tal como está tu madre no creo que sea prudente que dejes tu vida y te vayas con ella lejos de aquí, lejos de todo.

—De momento, lo que sé seguro es que esa señora, la sobrina, volverá mañana para hablar con mi madre. Y yo también estaré.

Estas cosas no pasan, piensa Alicia, que sigue caminando

arriba y abajo. «La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida», este estribillo le ronda insistentemente por la cabeza.

—Ali, no sé qué sucederá mañana en la reunión con mi madre. Dentro de pocas horas tengo que ir a verla. Le tengo que explicar su... ¿Cómo lo dice Cervan? ¡Ah, sí! Su *blackout*, su apagón de memoria. Tiene que saber la verdad, la gravedad de lo que pasó, si es que no la sabe ya. Y espero que me explique algo más. Cuando quiere, puede ser muy críptica. Muchas veces pienso que necesitaría un manual de instrucciones para entender a mi madre.

—¡Pero si sois iguales, Nora! Creo que cada día te pareces más a ella.

Nora hace un gesto contrariado, ¿o quizá es de desconcierto? Con ese comentario precipitado, Alicia ha activado la pieza de un mecanismo que parecía dormido.

—Uy, perdona, perdona, de verdad, no sé qué estoy diciendo, no sé por qué lo he dicho.

—No, si tienes razón. Mi madre y yo nos parecemos sobre todo en la incapacidad de acertar en una relación. Eso seguro que lo he heredado de ella. Siempre nos enamoramos de los hombres equivocados. —Y añade, intentando quitarle hierro—: Pero, en cambio, yo no sé nada de premoniciones. Es más, nunca recuerdo lo que he soñado. Quizá no sueño. Pero dicen que todos lo hacemos, ¿no? Buff, me estoy mareando.

—Claro que te estás mareando. Y yo también. Venga, que por hoy ya es suficiente, Nora. Escúchame bien, necesitas descansar. Ve a dormir y no te levantes hasta que el cuerpo te lo pida, ¿entendido?

Nora se incorpora despacio y, arrastrando la manta, empieza a desfilar hacia la habitación de invitados.

—Nora...

—¿Qué?

—¿Cómo se llamaba el hombre que hablaba con los árboles?

—Antón, se llamaba Antón.

9

Nora se ha levantado de mal humor. Es lo que pasa cuando se duerme poco y mal. Tras una ducha rápida y un café bien cargado, ha decidido ir a ver a su madre antes del turno de Cervan. No ha querido despertar a Alicia, que duerme plácidamente.

Le ha dejado una nota con esa letra tan bonita (pulcra) que tanto le envidia:

> Ali, voy a ver a mi madre. Te llamo más tarde.
> Gracias por escucharme.
>
> N.

Ha tenido que aparcar el coche más lejos de lo que esperaba, pero ya le va bien. Mientras camina por la calle desierta aspira a fondo el aire frío y limpio. Es lo que tienen los domingos. La ciudad, todavía dormida a media mañana, muestra su cara más amable, sin tráfico, sin el rugido de los motores, sin bocinazos, sin voces escolares que bajan de autobuses, sin urgencias.

En la residencia Shangrilá se topa de frente con la

arisca Reme, que hace el turno de mañana y le dice que debe esperar. Su madre todavía duerme como un angelito, explica con simpatía fingida y ganas de iniciar una conversación, ansiosa por chismorrear. Añade que ya conoce a su madre, siempre tan nocturna, durmiendo de día y viviendo de noche. Nora piensa que como diga que vive de noche como un vampiro será ella quien le saltará a la yugular con un bufido.

Pero Reme debe de haber entendido que no está de humor y se queda ahí, frente a ella, con una sonrisa torcida y falsa, mientras espera un diálogo que no se produce. A Nora no le gusta nada esta

enfermera, celadora, vigilante o lo que sea. Lo tiene todo: metomentodo, cotilla y, lo que es peor, trata a la gente mayor como si fuesen niños, como si no tuvieran entendimiento. Y esto a Nora la saca de quicio, le parece una falta de respeto. Prefiere a Cervan, pero sabe que él está en el turno de tarde porque por la mañana tiene otro trabajo o estudia, ahora no se acuerda. Decide dejar a la malcarada de Reme, que se queda ahí plantada con una pregunta en la boca.

Sale al jardín, donde, sentados aquí y allá, se encuentra a los residentes tomando el aire. Pasea la vista y reconoce algunas caras. No sabe los nombres reales porque su madre se ha encargado de ponerles motes a todos. Por eso debe ir con cuidado de no soltarlos cuando la saludan.

En un banco, medio dormida, está Yoyo. Nora pensaba que se llamaba Yolanda o quizá Yoana, más latino, pero no. Su madre la llama así porque siempre empieza las frases con un «yo»: «Yo creo, yo pienso, yo diría, yo...». Chato, como siempre, está sentado en una silla y chatea con el ordenador portátil frente a Solitaria, que es capaz de pasarse horas y horas jugando al solitario y a la carta blanca. Y Batallitas, ya de buena mañana, le está contando sus peripecias a Tapia, el único capaz de escucharlas repetidas una y otra vez porque cuando se aburre apaga disimuladamente el audífono y no lo escucha.

Nora sonríe cuando ve que se acerca Maggie. Maggie es Maggie. Su madre no la ha «bautizado» con ningún mote porque desde que llegó se hicieron amigas, amigas de verdad.

Avanza en una silla de ruedas empujada por un chico que la hace pensar en *Paseando a Miss Daisy*. Alta y flaca, siempre impecable, lleva el cabello plateado recogido en un pequeño moño en la nuca y se ha maquillado un poco, el rostro cubierto de polvos pálidos y los labios pintados de un rosa muy suave. A pesar de su edad no necesita gafas y tiene un oído muy fino.

El joven acerca con delicadeza la silla a la mesa, y la anciana le hace un gesto amable a Nora para que se siente con ella.

—*Honey*, hacía mucho que no te veíamos por aquí. ¿Has estado enferma? Es lo que tiene este tiempo, es muy traidor. Nunca

sabes bien qué ponerte. Un día hace calor y al siguiente un frío terrible. *Anyway*, el fresco me revitaliza.

Nora hace dos años que conoce a Maggie, desde que internaron a su madre, y se siente cómoda con ella. Es exactamente la abuela que le hubiera gustado tener. La vieja dama inglesa todavía conserva un poco de acento, y Nora piensa que Jessica Tandy también hablaría así. Maggie es la antítesis de Doña Croqueta, ese cómico televisivo travestido de Margaret Thatcher que parodiaba a una señorona inglesa en programas de humor grosero.

—¿Quieres tomar un té mientras esperas a tu madre?

—Gracias, Maggie —responde Nora, que solo ha tomado un café en casa de Alicia.

—Walter, ¿te importa?

El chico asiente y se aleja discretamente. Nora se sienta y saca del bolso el tabaco y el encendedor. Al ver la mirada de Maggie clavada en el paquete le ofrece un cigarrillo.

—*Thank you, dear*. Dicen que no fume, que es malo para mi salud si quiero vivir más años. —Y suelta una carcajada con su voz de contralto—. Pero ¿cuántos años más creen que voy a vivir? He sobrevivido a unas cuantas guerras, he visto morir a mi marido y a dos de mis cinco hijos, he viajado por medio mundo y ahora lo que quiero hacer es lo que me dé la gana. No tengo edad para que me reprochen nada. La salud, siempre la salud, son unos pesados. Suerte que tengo a Walter, que me pasa tabaco a escondidas. Aunque en la habitación está prohibidísimo fumar, sé de un sitio donde...

Se interrumpe cuando oye los pasos diligentes del joven asistente que se acercan. En un periquete, el joven deja sobre la mesa una bandeja con una tetera envuelta en un indescriptible forro de ganchillo con flores incrustadas.

—*Thank you,* Walter. *You're an angel.* Este *teapot* es mi preferido —dice señalando el forro que cubre la tetera, dejando solo al descubierto el asa y la boquilla—. Tengo algunos muy bonitos, Nora. Hoy, antes de que te vayas, te regalaré uno que te gustará. Los hacía yo misma antes de que me acompañara esta

artritis tan pesada. No, Walter, gracias. Ya nos serviremos nosotras el té.

Maggie hace un gesto elegante con la mano para que las deje solas.

—*Dear*, ¿por qué te veo tan lánguida? Oh, *sorry,* soy una vieja chismosa, quizá no quieres hablar.

—No, no me importa. Y tienes razón, no estoy pasando el mejor momento de mi vida.

Un chillido agudo interrumpe a Nora, y Maggie hace un gesto de disgusto.

—¡No! ¡Pero mira a quién tenemos aquí!

La voz aguda de la señora Amalia, a quien su madre llama Nonó, resuena por el jardín, y hace girar la cabeza a algunos internos que están leyendo o charlando tranquilamente. La anciana da unos golpecitos en la espalda de Nora.

—Ramón, ¿ves? Esta niña sí que se preocupa por su madre, ¿no, no? A primera hora ya está aquí, ¿no? En cambio, nuestros hijos están siempre tan ocupados que no disponen ni de un momento para visitarnos. ¿Qué trabajo pueden tener los fines de semana? Ninguno, ¿no? ¿No? —La voz se le empieza a quebrar, como si estuviera a punto de llorar, cosa habitual en ella, aunque nunca nadie la ha visto derramar una lágrima—. No, si no nos quejamos, no nos podemos quejar, ¿no, Ramón? Esta es la mejor residencia de la ciudad, ¿no? Pero ni una visita, niña, ni una visita. El mayor todavía, ¿no, Ramón? Pero los otros cuatro, ni en sueños, ¿no? Y os voy a decir una cosa, si el mayor piensa que con una o dos visitas al mes va a tocar nuestro dinero, ¡lo tiene claro! ¿No? Hemos decidido darlo todo a la Iglesia evangelista, a ese pastor tan simpático que viene día sí, día también, a curarnos el alma y a hacernos compañía, ¿no, Ramón?

Su esposo la observa con una media sonrisa desdibujada en la cara. Por su aspecto podría parecer bobo, pero tanto Nora como Maggie saben que es todo un carácter y que, al final, es quien tiene la última palabra en todo.

Nonó hace ademán de sentarse con ellas, pero el señor Ramón la coge del brazo y con decisión se la lleva, después de soltar un

educado «que tengan buen día».

—Estos dos acabarán más pelados que una rata. O por el evangelista o por sus hijos. No lo dudes.

—Maggie, ¿cómo consigues aguantar cada día a todos estos...?

Nora calla. No la quiere ofender. Quizá, en el fondo, son amigos suyos.

—¿Pesados, quieres decir? Sin ellos me aburriría mucho —dice, riendo—. Este par interpretan un sainete diario, aquellos dos de allá se pasan todo el día uno hablando por los codos y el otro simulando que escucha, pero todos sabemos que está sordo como una tapia; la señora Sugraña, tu madre la llama Azucarada, se hincha a escondidas de dulces hasta que su diabetes no pueda más y... ¡explote! Y todavía no ha bajado Tatu, ¿sabes de quién hablo? Tiene un cuerpo que es un espectáculo.

—Sí.

—Los jóvenes que se tatúan cualquier parte del cuerpo deberían conocer a Tatu y quizá se lo pensarían dos veces. Cuando se tatúan no se imaginan la pinta que tendrán cuando lleguen a la edad de ese hombre, con los tatuajes deformados en los colgajos de la piel.

—Pero, Maggie, Tatu está muy satisfecho de sus tatuajes.

—Sí, ¡mucho! *Yuck!* —Hace un gesto de desagrado—. Lo que no acabo de entender es cómo puede ser tan distinto de su mujer, siempre tan pulcra, arreglada y repeinada. Son la noche y el día. Y, después de tantos años, no solo siguen juntos, sino que creo que son de los pocos de aquí que aún mantienen unas relaciones muy vivas... *Do you know what I mean?* ¿Sabes qué quiero decir? —Y Maggie ríe traviesa.

Se hace el silencio. La anciana ve a la joven absorta.

—*What's wrong with you, young lady?* ¿Qué te pasa, querida?

Nora tarda unos segundos en contestar.

—Es mi madre. No está bien.

—Tu madre está muy bien para la edad que tiene. A quien no veo tan bien es a usted, señorita.

La brisa mueve un mechón de su cabello que se le ha

descolgado del moño, y la dama rápidamente lo vuelve a recoger con destreza.

—¿Qué te pasa? ¿Es tan grave? —insiste la anciana.

—No te quiero molestar.

—No me molestas en absoluto.

—Es que no sé por dónde empezar. ¿Tienes tiempo? —le pregunta Nora con una sonrisa triste.

—¿Tiempo? Tiempo es lo único que tengo, para dar y vender. Me gusta escuchar, y si, además, puedo ayudarte en algo...

Nora suspira antes de decidirse a hablar.

—Ayer una amiga me dijo que cada día me parecía más a mi madre. Y tenía razón. Soy como mi madre en una cosa: ambas hemos escogido parejas tóxicas. O quizá no estoy hecha para compartir la vida con un hombre. No lo sé, Maggie. Acaba de romperse un infierno de muchos años, una relación que, de hecho, ya estaba acabada, carcomida, dinamitada. Y ya no quiero ninguna otra. Nunca más. Ahora mismo lo que quiero es irme. Necesito estar sola. Así me sentiré mejor. Hace años que no soy feliz. Y solo pido eso: ser feliz.

Nora se detiene porque se da cuenta de que acaba de abrir su particular caja de Pandora y, ahora que las palabras le salen a chorros, siente que puede incomodar a Maggie. Pero la vieja dama, lejos de parecer molesta, se queda pensativa un momento y coge la tetera. Aunque tiene las manos deformadas por la artrosis, sirve el té con pulso firme y seguro. Mientras saborean el primer sorbo, Nora nota su intensa mirada.

—Escúchame bien. No tienes edad para ser infeliz, eres demasiado joven.

—¿Joven? Maggie, tengo cuarenta y dos años.

—Pues eso: joven. Mira, a menudo no vemos más allá de nuestras narices. No, no quiero quitar importancia a tus problemas, pero déjame que te diga que, de una forma u otra, yo ya he vivido algunos y un poco más complicados. Sé que lo que te pasa no solo no es tan grave, sino que saldrás de esto más rápido de lo que crees. Cuando somos jóvenes, y tú todavía lo eres, tendemos a magnificar los problemas, a convertir en algo grave lo que solo son

situaciones complicadas. Dime, ¿qué sientes aquí dentro?

Y se pone la mano en el pecho mientras a Nora las lágrimas le nublan la vista y se le hace un nudo en la garganta. Se siente indefensa y débil. Haciendo de tripas corazón, tose y se traga el dolor para dejar salir las palabras.

—Siento que un lastre me arrastra hacia abajo. Tan abajo que he tocado fondo. Siento que mi vida hace tiempo que no avanza, como si me hubiera detenido, como si hubiera dejado pasar no un tren, ¡todos los trenes! Y yo no he sido capaz de coger ni uno. De hecho, creo que tomé uno equivocado y me ha llevado a una vía muerta. ¿Que qué me pasa? Que no sé qué hacer ahora. Y por eso quiero alejarme de aquí, de todos, de todo.

La anciana ha cerrado los ojos y tiene las manos cruzadas, como si estuviera rezando. Parece estar meditando o quizá se ha dormido. Viéndola así, Nora se ve como la protagonista de ese viejo chiste, el hombre que va al psiquiatra y le dice que está preocupado porque nadie lo escucha. Y, finalmente, tiene que despertar al psiquiatra porque se ha dormido.

Pero no, Maggie no duerme. Abre los ojos y coge con fuerza la mano de Nora.

—Huir no es la solución.

—Es lo mismo que me dijo mi madre.

—Y tiene razón. Porque en realidad quieres huir de ti misma, y eso no es posible. No tengo una fórmula mágica para superar los malos momentos, pero tengo tres cosas, tres ingredientes que me regaló mi abuela y que ahora yo quiero darte a ti.

Nora la mira desconcertada. O sea, ¿que esa mujer inglesa tan pragmática lleva escondida dentro a una mujer supersticiosa?

—Quizá no vas a creerme, pero estos tres ingredientes me cambiaron la vida en un momento muy difícil.

En el jardín de la residencia Shangrilá parece que el tiempo se haya detenido.

—¿Tú has vivido un momento muy difícil, Maggie? Pero si eres la mujer más fuerte que he conocido en mi vida.

—He vivido muchos, *dear*, muchos —ríe la anciana—. Pero cuando me sentía desfallecer aplicaba esta fórmula y la vida se

enderezaba de nuevo.

Decidida, levanta la mano y rápidamente aparece Walter.

—¿Te importa acompañarme a mi apartamento?

Como no tiene nada que perder, decide seguirla. ¿Qué extraña revelación va a hacerle Maggie? ¿Qué va a darle? ¿Una mezcla de hierbas medicinales? ¿Un puñado de consejos de autoayuda que aparecen en los bestsellers de algún psicólogo embaucador? ¿Un frasco con fluidos druídicos? ¿Una estampa milagrosa con unas cuantas oraciones?

Una mujer que debe de rondar los sesenta se acerca y se planta frente a ellas.

—Disculpen la interrupción. ¿Usted es la hija de Ana Molins?

Nora asiente con la cabeza.

—Deberíamos hablar. Soy Isabel Klerk. Su madre ha heredado la casa de mi tío.

10

Daniel la quiere tanto que le duele el alma. Siente un dolor insoportable. No puede dejar de mirarla. Le ha cogido la mano hasta el último momento, hasta el último aliento. Y, aunque sabe que ya no está, sigue confiando en que de un momento a otro abrirá los ojos y le dirá, quizá con un hilo de voz, que nunca se irá de su lado, que no lo abandonará.

Desde la sala le llegan murmullos tristes, gemidos absurdos, lamentos mortecinos. ¿Qué es esta sinfonía fúnebre? ¿Que no veis que ella está todavía aquí? ¿Cómo se atreven a enturbiar su presencia con falsos llantos?

Incapaz de derramar una lágrima, sigue sentado a su lado, sujetándole la mano con fuerza.

Cuando supo que llegaba el punto final, Beth dejó el trabajo y, más decidida que nunca, dio un paso más y se fue con su familia a vivir lejos de la ciudad. Quería dedicar todo el tiempo que le quedaba a Daniel y a sus hijos. Se fueron a ese pueblecito precioso y nada turístico, perdido entre plácidos valles y montañas imponentes. Era como empezar de nuevo y parecía que ese lugar le daba vida. En pocos meses, en aquella casa sólida y vieja, forjaron aún más su amor.

Por supuesto, la decisión de Beth enfureció a sus suegros, que siempre estaban en contra de todo, pero sobre todo contra ella. No esperaba menos, no podía ser de otra manera. Ni Aurora ni Ernesto la soportaban porque lamentablemente no sabían amar. Nunca habían querido a nadie. No se querían entre ellos, ni a sí mismos, ni querían a sus hijos ni a sus nietos. Daniel no recuerda un beso, una caricia, un abrazo.

Isabel, la madre de Beth, también puso el grito en el cielo. No le hacía ninguna gracia que se fueran a ese pueblo que estaba en el

quinto pino. Pero, después de escuchar serenamente las razones de su hija, cedió y le dio las llaves de la casa del tío.

Los niños se adaptaron pronto a la vida rural, a la nueva escuela, y rápidamente hicieron amistad con las pocas criaturas que corrían por el valle. Dicen que toda mudanza es traumática, pero ellos no lo vivieron así. Estaban entusiasmados, como si yéndose pudieran evitar lo inevitable. Beth parecía recuperarse gracias a la ilusión de arreglar ese caserón centenario. Incluso hacían planes de futuro: restaurar ese viejo taller lleno de horcas, ramas de almeces sin pulir, herramientas y un montón de trastos, y transformarlo en un pequeño restaurante. Daniel cocinaría y ella atendería a los clientes. Le gustaba tratar con la gente, y él cocinaba muy bien. «Mi chef —le decía Beth—, ¡el chef más atractivo del mundo!»

Pero ahora todo ha terminado. Ella se ha ido y se ha llevado los sueños, la alegría y la luz.

Piensa que ha hecho bien en alejar a sus hijos del grotesco espectáculo que protagonizan ese montón de plañideras, ahora que el susurro de voces va subiendo de tono, ahora que empieza a escuchar esas frases absurdas y repetidas, una letanía salida del catálogo funerario de frases hechas que tanto detesta: «Has visto qué bien ha quedado. Parece que duerma. Se la ve tan tranquila... Ahora ya está en paz. No ha sufrido nada». ¿Qué sabrán ellos? ¿Por qué coño hablan tan bien de ella, ahora que no las puede oír? Se levanta de un salto decidido a hacerlas callar cuando la puerta se abre y entra Isabel, la madre de Beth.

—Daniel, los de la funeraria hace rato que esperan —anuncia con un semblante grave.

—Ya lo sé, pero no puedo, Isabel, no puedo dejarla ir. ¿Qué haré ahora?

—Tendrás que aprender a vivir sin ella. Es lo que tenemos que hacer. No te diré que el tiempo lo cura todo, pero nos hará más soportable el dolor hasta que un día pensar en ella ya no duela tanto.

Él comienza a llorar, en silencio.

—Daniel, no estás solo. Tienes que permanecer al lado de los

tuyos, de vuestros preciosos hijos. Y yo iré con vosotros cuando me necesites. Te quiero y quiero a mis nietos.

Isabel Klerk lo mira con una profunda tristeza. No hay nada más que añadir. Él asiente con la cabeza, y ella deja entrar a los de la funeraria. Los dos salen cogidos de la mano y se sientan en el banco de piedra de la entrada. El cielo se ha ido nublando, como si estuviera a punto de llover. Daniel mira a un punto fijo en el infinito y se deja llevar por el sonido del roce de las hojas que bailan al compás del viento, ahora con una melodía suave, ahora con un *crescendo* violento. Siente cómo su cuerpo se relaja por primera vez en muchos días. Concentra su pensamiento en el paisaje.

Los álamos azulados que siguen alineados el curso del riachuelo. Los gigantescos robles de hojas lobuladas, cargados de bellotas, con sus troncos gruesos y sus raíces prominentes convertidas en tronos, donde juegan los niños. La exuberante mimosa con sus flores amarillo brillante y ese aroma delicado que tanto le gustaba a Beth. El ciclamor o árbol del amor, repleto de flores rosadas. Los cipreses centenarios que guardan la entrada de la casa. Árboles que Beth había aprendido a conocer guiada por su madre; árboles de variedades insólitas, impropias del país, que el tío de Isabel Klerk había ido plantando a lo largo de su vida.

El viento sopla fuerte, la sinfonía de las hojas alborotadas crece, y las nubes negras tiñen de noche el día. Una lluvia fina baña la tierra seca, que rápidamente desprende ese olor que tanto le gusta a Daniel. *Petricor*. El nombre le llega como una bala. Así es como se llama, le informó su mujer. ¿Y por qué? No lo sé, pero me gusta. ¿Y cómo lo sabes? No sé cómo lo sé. Son esas cosas que sabía Beth.

Los de la funeraria salen y empujan el carro con el ataúd hasta el coche mortuorio. Con gesto serio, lo depositan dentro. Isabel vuelve a coger la mano de Daniel y la aprieta con fuerza.

—Vamos —le dice.

La llovizna se confunde con sus lágrimas. Ahora sí. Ahora solo vivirá en su memoria. Sabe lo que vendrá. Ese es su último viaje con ella, siguiendo la comitiva fúnebre, con el corazón de luto;

después el crematorio, las cenizas y su última voluntad: descansar bajo aquel árbol que plantaron juntos.

Antes de subir al coche mira la casa del tío Antón y luego a Isabel.

La mujer lo abraza. Él se deja abrazar.

11

La mujer parece cansada. Ana y Nora han escuchado atentas toda la explicación. Solo se ha detenido dos veces para beber un poco de agua. Ninguna de las dos se ha atrevido a interrumpirla. Nora, de vez en cuando, ha mirado de refilón a su madre. ¿Lo estará entendiendo todo? Cuando Isabel Klerk termina de hablar se hace el silencio. Ana la coge de las manos.

—Sé de lo que hablas, Bel —le dice—. Es terrible perder a una hija.

Hacía tiempo que nadie usaba ese diminutivo, solo el viejo tío Antón cuando era pequeña. María Isabel, Maribel, Bel. Solo Antón. Y entonces le entra un vacío, siente de repente la ausencia de su hija. Ha estado tan pendiente del sufrimiento de los demás que ha recubierto el suyo de una gruesa capa de hielo. Y ahora empieza a resquebrajarse. No puede evitar emocionarse, pero aprieta los dientes y se traga la pena. Siempre ha sido una mujer fuerte, poco sentimental. Ana parece darse cuenta.

—Tienes que llorarla, tienes que pasar el duelo —continúa Ana.

—Me cuesta llorar. No soy de lágrima fácil.

Y, de repente, Isabel entiende que Ana también ha pasado un duelo.

—¿Tú también has perdido un hijo?

—Una hija. Hace muchos años. Mi amada María. La mayor. Una niña mucho más valiente que yo. Se fue sin miedo.

Nora piensa en ella cada día, en un momento u otro. El miedo que su hermana mayor desconocía es lo que a ella la ha paralizado a menudo. Quizá por eso no fue capaz de enfrentarse al hombre que temía, por miedo a su reacción violenta. Quizá era María quien le había dado fuerzas en el momento de la catástrofe. Quizá. Y

sospecha que Sara, la mediana, decidió marcharse de casa para alejarse de esa ausencia dolorosa, como si la distancia hiciera desaparecer el recuerdo. María, Sara y Nora, las tres mosqueteras de mamá, aquel gineceo perfecto sin conflictos ni envidias ni competiciones. Y con un padre severo que no entendía su mundo de risas y juegos. Su padre nunca reía. Cuando eran pequeñas, jugaban a adivinar de qué humor llegaría a casa. Con Sara se sentaban en el regazo de su madre y con sus dotes de vidente les contaba, como si fuera un cuento, si llegaría cabizbajo o enrabiado con alguien de la empresa, o si justo al entrar diría que tenía un dolor de cabeza terrible y se encerraría rápidamente en el despacho después de refunfuñar que no lo molestaran. Y siempre acertaba. Entonces se reían, sin malicia, quitándole hierro al sempiterno malhumor de su padre.

Recuerda a su madre esa mañana, como una sibila, pidiéndole al padre que no se llevase a su hija a navegar.

—¿Y si hay mala mar? —le dijo.

—¡Tú qué vas a saber del mar! —le espetó.

Pero su hermana mayor era muy buena nadadora, le gustaba el mar y, además, no quería ningún conflicto familiar. Claro que hubiera preferido que fuéramos las cuatro mujeres de la familia, pero él consideró que ya era hora de que la mayor aprendiese un poco de disciplina paterna, aunque fuera bordeando la costa. Su padre era un marinero experimentado y el patrón de una goleta de catorce metros de eslora que era su orgullo. Once años, María tenía once años. Obediente, seguía las órdenes del patrón, arriba y abajo, desatando cabos, quitando defensas, ayudando a izar la vela mayor.

Un repentino viento de proa, una vela que se revuelve con fuerza, un fuerte golpe en la cabeza con la botavara, y María cae. Mar adentro.

Nora siente una punzada.

Por un momento solo se oye el trinar de los pájaros y la voz de algunos residentes que conversan lejos de donde están ellas.

Ana, que parecía haberse ido a las profundidades de la memoria, regresa a la conversación.

—Tú, Bel, no te acuerdas de mí porque eras muy pequeña, pero yo sí te recuerdo bien. Bueno, aunque con este apellido tan peculiar...

—Es de mi esposo, holandés. Pero mi tío siempre decía que era alemán. ¡Menudo hombre era Antón! —dice Isabel.

—Y, con el aspecto que tienes ahora de mayor, nunca te habría reconocido. Eras la sobrina favorita de Antón. Te quería mucho, lo sabes, ¿verdad?

Isabel asiente con un leve desconcierto. ¿De qué la conoce esa vieja mujer?

—Sí, supongo que sí. A su manera. No era un hombre demasiado afectuoso, por lo que recuerdo. Yo también lo apreciaba. Quizá incluso me parezco. Mis hermanos no iban a verlo, les parecía arisco y extraño. Nunca quiso ninguna ayuda, era tozudo como una mula. Y acabó muriendo solo en su casa —le dice.

—La casa de los árboles —aclara Ana.

—Sí. Ahora es toda tuya —concluye Isabel.

—Pero yo no voy a echar a tu yerno y a los niños...

—He hablado con Daniel. Ya hace meses que Beth murió. Él está algo mejor, pero lo que no quiere de ninguna manera es volver a la ciudad. El niño y la niña se han adaptado bien a la vida del pueblo y han hecho amigos en la escuela. Por eso hace días que quería hablar contigo. Siento no haberte localizado antes y lamento no haberte dado el sobre con sus últimas voluntades. Sabía que la casa era para ti, pero cuando Beth me pidió si podía pasar allí sus últimos días no me vi con fuerzas de negárselo. Iba pasando el tiempo y...

—Te entiendo, no te preocupes. Por curiosidad, ¿dónde encontraste el sobre? —pregunta Ana.

—Lo llevaba encima. En el bolsillo interior de la americana. Con una foto tuya, de cuando eras una adolescente. Debías de tener dieciséis o diecisiete años como mucho. El sobre llevaba tu nombre: Ana Molins.

—Antón... —dice la anciana, y calla.

Nora mira a su madre, que de nuevo parece ausente. Quizá ha

vuelto a enredarse con la telaraña de los recuerdos.

—Después de arreglar los papeles de la herencia, Daniel quiere alquilaros la casa, si os parece bien, claro —dice Isabel—. Porque vosotras vivís en la ciudad, ¿verdad?

Se hace un silencio.

—Me gustaría verla, ¿verdad, mamá? ¿Mamá?

—¿Qué? —Ana vuelve de su estado de ensueño.

—Querría ver la casa. ¿Es grande? —pregunta Nora.

—Daniel y Beth empezaron a arreglarla, aunque el tío la conservaba bien. La pintaron entera e instalaron calefacción, que no había. El tío aguantaba bien el frío y nunca quiso ponerla. Decía que con las chimeneas tenía suficiente. De lo que sí se cuidaba era de las puertas y los postigos. Están en muy buen estado. Mi hija y mi yerno llevaron sus muebles y los electrodomésticos. Allí solo había una cocina de carbón antigua, muy bonita pero inservible. El tío Antón siempre comía en el bar del pueblo y cenaba muy poco, por no decir nada. Pero la casa es grande, muy grande. Todavía quedan habitaciones cerradas.

—¿Y tú también vives en la casa, Bel? —pregunta Ana.

—No, no. Yo sigo en mi casa. De hecho, le ofrecí a Daniel que vinieran a vivir conmigo. Soy viuda y nada me gustaría más que tener a mis nietos cerca. Pero él se ha empeñado en seguir en el pueblo.

—Lo entiendo. Yo también me hubiera quedado —dice la madre de Nora.

—Espero no sonar impertinente, Ana, pero ¿tú de qué conocías a mi tío?

Isabel hace la pregunta. Eso mismo quiere saber Nora, y todavía no ha conseguido una respuesta. Ana Molins saca la fotografía del sobre. La carta no, la carta la deja dentro. Esas palabras son solo para ella. Mira la foto amarillenta, esa carita de adolescente que sonríe, esa mirada brillante, de felicidad. Y recuerda el momento en que se la dio a aquel joven que ya era todo un hombre.

—Tu tío y yo nos amábamos —responde—, pero mis padres no dieron su consentimiento para que nos casáramos. Nos

separaron para siempre.

—¿Os ibais a casar? —pregunta Isabel.

—A escondidas. Pensábamos que el cura estaba de acuerdo. Cuando llegamos a la iglesia del pueblo, de noche, mi familia estaba dentro esperándonos. El párroco los había avisado. Nunca más he amado a un hombre como lo amé a él.

—¡Me dejas de piedra! —dice Isabel.

—¿Nadie te lo explicó? —pregunta Ana sorprendida—. ¿Ni tu tío?

—Nunca. Bueno, era un hombre de pocas palabras y bastante huraño.

—¿Antón?

Y Ana Molins se echa a reír mientras busca una cosa en el bolso. Entre carcajada y carcajada, murmura cosas que no se entienden.

—A nosotras jamás nos lo contaste, mamá —dice Nora.

—Era el hombre más ingenioso y divertido que he conocido en mi vida, y después de él conocí a unos cuantos...

—¿De verdad? —Nora no puede creer lo que está oyendo.

—¡Claro! Mis padres me obligaron a casarme con tu padre, pero antes salí con algún que otro compañero de la facultad. Después del disgusto de la separación forzosa, Antón y yo nos escribíamos. Mi madre lo descubrió y me lo prohibió. Él también dejó de escribirme. Entonces me rebelé y empecé a salir con compañeros de la universidad hasta que, una vez terminada la carrera, decidieron por mí. Me casaron con un hombre al que yo no había elegido, me cortaron las alas. Yo quería trabajar, pero todo se acabó, todo. ¡Telón! Y a pesar de todo aprendí a quererle. Él no. Suerte que llegasteis vosotras, mis tres ángeles. Fue la única forma de borrar a Antón. Pero nunca lo olvidé.

—Desgraciadamente, el Antón que conociste se encerró en su caparazón y nunca más salió.

—Lamento mucho que muriese solo, Bel.

—Ana, ¿estás segura de que quieres ir a vivir a la casa de los árboles?

12

—¿Cuándo os vais?

—Mañana.

Alicia observa a Nora, que tiene dos maletas abiertas encima de la cama. Una está tan llena que duda que pueda caber algo más.

—¿Te ayudo?

—No es necesario, Ali.

—Voy a prepararme otro café. ¿Quieres uno?

—Humm... Mira, sí. Con hielo.

—¿Con hielo? ¿Ya estamos en verano? —pregunta Alicia.

Ríen. El café con hielo anuncia la llegada del calor, y todavía es primavera. Una primavera fría que parece echar de menos al invierno.

—Tanta actividad me hace sudar —dice Nora.

Parece que hayan entrado a robar en el piso. Está todo desordenado. Cajas llenas de libros, estantes medio vacíos, armarios y cómodas abiertos. Solo la cocina se mantiene como siempre. Alicia vuelve con dos cafés.

—Aquí su café con hielo, *milady*.

—¡Oh, qué bien! Gracias, Ali.

Nora se sienta al pie de la cama y bebe un sorbo.

—¡Uy! ¡Quema!

—¡Es que le acabo de poner el hielo! ¡Qué prisas! —Alicia se sienta al lado de su amiga—. ¿Y qué? ¿Qué te pareció la casa? No me has dicho nada.

—Es que he ido de culo. Reuniones en la editorial con Toni para dejarlo todo listo; me voy a llevar el trabajo al pueblo y nos conectaremos cada día. Firmar la aceptación de la herencia en el notario. ¡Ah! ¡Y hablar con mi hermana! Sara ha alucinado con tantas novedades.

—¿Está de acuerdo con la mudanza?

—Sara siempre me ha apoyado. Es más, dice que vendrá a pasar el verano a la casa de Antón. En cambio, Sam le ha dicho que estoy como una cabra. Cree que mamá debería seguir en la residencia, pero yo...

—Tiene razón Samantha. Porque lo estás, ¡muy loca!

—No quiero que mi madre termine sus días encerrada y sola.

—Pero no está sola. Ahí tenía amigos —dice Alicia.

—¿Amigos? No es verdad. Saludados y ya. Solo se ha hecho amiga de verdad con Cervan y Maggie, claro.

—Mira, Nora, es solo que creo que todo es muy precipitado.

—Quizá sí que lo es. Pero está decidido, Ali.

Todavía queda una cosa que Nora debe pedirle a su amiga. Ella no se ve con fuerzas para encontrarse con su ex cara a cara. Alicia parece haberle leído el pensamiento.

—Por cierto, Nora. Mañana es cuando él irá al piso para coger sus cosas, ¿verdad? Si a ti no te importa, yo estaré ahí. Quiero controlar que no se lleva nada tuyo y que no revuelve tu despacho.

—Gracias, Ali. No sabía cómo pedírtelo. En estos momentos no tengo ganas de verlo ni de hablar con él. Ya he quedado con la abogada para que mande los papeles del divorcio a...

Nora se detiene. No puede pronunciar su nombre.

—¿Lo has visto desde que se fue de casa?

—No. Lo que sí hice es hablar con Marta, como me dijiste...

—Bien hecho, es muy buena abogada —dice Alicia.

—Bueno, de momento me voy. Y si Marta me dice que tengo que volver, lo haré.

Nora toma otro sorbo.

—Ahora sí que está frío. ¡Buenísimo!

—No cambies de tema...

—Ay, Alicia, ¿te he dicho que la casa es tal como la había imaginado? Austera, enorme, rotunda, firme. Toda de piedra y a cuatro vientos. Y, por dentro, acogedora. Daniel y su mujer hicieron un buen trabajo pintando y restaurando. Se ve que a los dos les gustaba el bricolaje, cosa que yo detesto.

—Yo también —remata Alicia.

—Lo sé. Pero viendo lo que han hecho y lo que todavía falta por hacer, que es mucho, quizá me animo.

—Avísame, ¡no me lo quiero perder! ¡Haré unas *stories* en Instagram que Toni flipará! Tú con un taladro o una brocha pintando paredes. ¡No se lo va a creer!

—Es lo que más me conviene. Concentrarme en trabajos manuales y dejar de pensar. Tengo la cabeza a punto de explotar.

—Cuando estés instalada iré a pasar unos días. Por cierto, azul Rusiñol.

—¿Qué? —pregunta desconcertada Nora.

—El color de mi habitación. Pinta los alféizares de las ventanas con una cenefa bien bonita de color azul Sitges, el color del cuadro *El patio azul*, de Santiago Rusiñol.

Las dos ríen.

—Ah, no te he explicado la última noticia. Cervan viene con nosotras. Mi madre le pagará un buen sueldo.

—Pero ¿de dónde saca tanto dinero tu madre?

—Tiene unos buenos ahorros. Yo sí que no podría pagarle nada. Estoy en las últimas —sentencia Nora.

—Nena, Cervan... —Alicia le guiña el ojo.

—¡Calla, calla! No quiero saber nada de hombres.

—¡Ay, va! Pues quizá que vayas a un convento de clausura en lugar de mudarte a una casa con el adonis caribeño y el viudo atractivo.

—¡Ali, por favor! Ese hombre está destrozado. Tiene tanta tristeza que no se la acaba, pobre. Y tiene que sacar fuerzas de donde puede por los gemelos.

—Me estás diciendo que te vas con tu madre, que ya de normal está como una cabra, lo digo desde el amor más profundo, y ahora con alzhéimer, a una casa con un viudo hecho polvo y dos criaturas. Sam tiene razón: ¡estás para que te encierren!

—A ver, mi madre no está tan mal...

—Nooo, ¡está estupenda! —dice Alicia con ironía.

—Estoy convencida de que se entenderá muy bien con los niños. El peque es una fiesta, divertido, juguetón. La niña...

—La niña... ¿qué?

—La niña no habla —dice Nora.

—¿Es tímida?

—No. No habla, nada. Daniel me explicó que cuando murió su madre dejó de hablar... No sé, Ali. Me da mucha pena.

—¿Cuántos años tienen?

—Ocho.

—Y el viudo...

—¡No lo llames «el viudo»! —exclama Nora—. Su nombre es Daniel.

—De acueeerdo. ¿Y a Daniel ya le parece bien que os instaléis en su casa?

—Bueno, es la casa de mi madre.

—Ya me entiendes, Nora.

—Le pareció bien. O eso dijo. En cualquier caso, la casa es tan grande que puede que ni nos encontremos. Y, sea como sea, mi idea es pasar un par de meses o tres. Después del verano ya decidiré si regresamos. La mala salud de hierro de mi madre marcará el camino que debamos seguir.

Alicia ve una especie de gorra rara encima de la cama.

—Pero ¿qué es esto?

—Ah, me lo regaló Maggie, esa viejita encantadora, amiga de mi madre, en la residencia —explica Nora.

—¿Y es...?

—Un *tea cosy*. Un protector de ganchillo para cubrir la tetera. Lo ha hecho ella.

—Pensaba que era una gorra hippie. —Ali se ríe y se la pone en la cabeza—. ¡Madre mía, estos ingleses! ¡Qué *coentor*, como diría mi prima valenciana! Y *sí*, sí, claro que lo es. He visto bastantes, pero este es una filigrana. Debe de trabajar con agujas muy finas y es muy buena.

—Y espera: hay un mensaje.

Nora coge un sobre del interior y saca un papel de color amarillo pálido.

—¿Lo puedo leer? —pide Alicia.

—¡Claro! Dice que estas instrucciones le han ido muy bien en la vida.

—¡Ay! —exclama su amiga.

Alicia le coge el papel y lo lee. Son solo tres puntos escritos en inglés. A pesar de la mano vacilante de la vieja Maggie, la letra es clara y tiene carácter:

- El pasado es un prólogo.
- Aprende a decir no.
- Lee. Si no sabes qué leer, vuelve a los clásicos.

—¿Qué opinas? —pregunta Nora viendo que su amiga tuerce el gesto.

—Tiene un tufillo de autoayuda que no se puede aguantar. Quizá Maggie sería capaz de escribir un bestseller, uno de esos libros de superación personal que te dicen las cosas buenas que quieres oír. Y si todo falla, nunca es culpa del que las escribe. Alguna cosa habrás hecho mal para que los astros no te ayuden y la fuerza no te acompañe. —Esto último lo dice imitando la voz de Yoda.

—¡No te burles, Ali! Maggie es una mujer encantadora que lo ha pasado muy mal y, a pesar de ello, ha podido salir de todo muy bien.

—Pero te diré una cosa: el tercer punto es muy para ti. ¡Ah! Y el jerseicito para la tetera es muy bonito —dice Alicia sacando los dedos por los agujeros del *tea cosy* como si fuera una marioneta.

Nora se lo quita, lo dobla y lo guarda en una de las maletas.

—¿Y qué vas a hacer con todos estos libros? —pregunta su amiga mirando las cajas llenas—. Ni en cinco vidas los podrás leer.

—Los necesito.

Alicia la mira levantando una ceja.

—De verdad. Los necesito —insiste Nora sin poder evitar una sonrisa—. Me acompañan.

—Venga, te ayudo a cerrar las maletas.

Nora se detiene a observar un dibujo.

—Es bonito. ¿Te lo llevas?

Y, decidida, sin esperar respuesta, Alicia descuelga el dibujo enmarcado con la intención de ponerlo en la maleta. Pero de

repente, viendo lo que hay detrás, se detiene. La pared desnuda deja al descubierto un golpe que ha desconchado el yeso.

—¿Qué es esto? —pregunta.

Nora calla.

—¿Qué ha pasado aquí? —insiste.

Alicia se sienta al lado de Nora y le coge la mano, sin decir nada, respetando su silencio. Sabe que las palabras llegarán y que el dolor saldrá. Cuando ella quiera.

13

A Nora le gusta conducir. Antes de cumplir los dieciocho, Sara ya le enseñaba a escondidas de su padre. «¡Las mujeres no deberían conducir! ¡Son un peligro!», decía convencido. Pero su madre las animaba a aprender. «Tenéis que ser independientes en todo. Estudiad y no tengáis prisa por casaros», era su mantra. De estudiar, Nora no paró. Y, naturalmente, se sacó el carnet de conducir a la primera. Pero cuando vivía con su esposo nunca conducía. Siempre lo hacía él.

Hace media hora que han salido de la ciudad y su madre ya duerme, apoyada en el brazo de Cervan. Él se esfuerza y habla sobre no sabe qué, porque lo oye pero no lo escucha. Solo ha estado atenta a las indicaciones del navegador. «Siga por la autopista durante ochenta kilómetros», ha dicho una voz metálica. Y una vez que la ha cogido ni siquiera oye la voz de Cervan.

En su cabeza todavía resuena la conversación que finalmente tuvo con Alicia y todo lo que se atrevió a contarle. Ella consiguió que llegase hasta el fondo y que verbalizara el horror que había ido maquillando durante los últimos años. Ahora se pregunta: ¿por qué no supo pararlo? ¿Por qué permitió que pasara lo que pasó? ¿Por qué aguantó tantos años? ¿Por qué lo disimuló de puertas hacia fuera, viviendo dos vidas? ¿Y por qué no era capaz de sacarse de encima ese sentimiento de culpa?

Sara notó muy pronto cómo Nora cambiaba. Y no para bien, precisamente. A los tres meses de la relación, muy al principio, ya advirtió que ese hombre no paraba de reprocharle cosas a su hermana. Eran pequeñeces que soltaba con una sonrisa, como si bromease. Las dos hermanas comentaban a menudo esa actitud. Nora, enamorada, insistía en que solo era ironía y que le hacía gracia. Sara lo encontraba ofensivo y nada insignificante. «Vigila,

hermanita, que la cosa no vaya a más», le decía. Nora se dio cuenta tarde.

Poco a poco fue perdiendo el contacto con los amigos. A él le daban pereza esos encuentros, esas cenas en las que cualquiera se atrevía a interrumpir su discurso, en las que todo el mundo hablaba y reía al mismo tiempo. Cuando él decía algo necesitaba toda la atención y no soportaba todo ese alboroto. Las amistades de Nora le parecían frívolas y poco inteligentes. Primero se lo recriminaba riendo, luego con aspereza. «Ve tú si quieres —decía —, yo me quedaré en casa.» Y ella acabó quedándose e inventando excusas para no salir.

Nora quería hijos, él no. Él ya tenía dos de un matrimonio anterior. No era que los viera mucho. Y, cuando los muchachos iban a casa, Nora estaba con ellos porque su marido se encerraba en el despacho y pedía que no lo molestaran. Nora quería a aquellos dos chicos, aunque sabía que el amor no era recíproco. La madre de los chicos les había prevenido de mala manera en contra de ella. Tanto era así que, al principio, llegaban con el miedo en los ojos, aunque con los años se los fue ganando. Acabó por aceptar los argumentos de él, desistió de ser madre y quiso tanto como supo a esos muchachos.

Sin darse cuenta, el tiempo fue pasando.

El enamoramiento se funde rápido y se convierte en estima. Querer pide complicidad, respeto, compromiso y generosidad. Nora lo daba todo y no recibía nada a cambio. Fue cayendo en un pozo negro sin darse cuenta. Hasta que fue demasiado tarde. Los reproches se transformaron en comentarios insultantes hacia su trabajo, su manera de ver las cosas e, incluso, sobre qué decía, qué leía o cómo se vestía.

Cuatro años atrás se armó de valor y decidió enfrentarse a él. Era una rama dentro de aquel pozo, y se aferró a ella para no hundirse del todo. «Nuestra relación no funciona, me has perdido el respeto y no me quieres —le dijo—. Serías más feliz sin mí.» Él la miró desconcertado. No entendía cómo podía decirle eso. Por supuesto que la quería, era la mujer de su vida, le dijo. Y Nora empezó a temblar. ¿Por qué decía que sería más feliz sin ella?

¿Cómo había llegado a esa conclusión? Como siempre, Nora se equivocaba. Las parejas tienen momentos de crisis y era bueno que lo hablasen, seguía él. «¿Falta de respeto?» Su tono se volvió airado. «Nunca, ¿me entiendes? ¡Nunca te he faltado al respeto!» Y, por primera vez, dio un puñetazo en la mesa.

Nora se asustó cuando vio que se levantaba de la silla y se le acercaba colérico. Intentaba que le salieran las palabras, pero no podía. Y se fue a la habitación mientras oía que desde el pasillo él le gritaba para que volviese, que no habían terminado de hablar. Ella intentó llorar en silencio para que él no la oyese. Esperaba que entrara hecho un basilisco. Unos minutos más tarde, él fue a la habitación, sí, pero para abrazarla y pedirle perdón. No sabía cómo había podido perder los papeles de esa forma. Le daba la razón y le siguió pidiendo que lo perdonara.

Nora lo hizo. Esa y otras veces, cuando los puñetazos a las puertas, a las paredes, a los muebles fueron a más. Lo perdonaba. Porque había perdido la capacidad de decidir.

Alicia no la veía feliz e insistía en que se separase. Ni se imaginaba lo que Nora vivía cuando se cerraba la puerta de casa. Nunca le explicó a nadie la violencia que se desataba cada vez que ella proponía precisamente eso, separarse. Porque para él era impensable que su mujer lo dejase.

Desde fuera es fácil dar consejos. Pero cuando estás dentro, tú ya no eres tú, y vives hundida, sin voluntad, aceptando su mal carácter que te convierte en un ser dócil y asustadizo, y escondiendo a toda la gente que te quiere el infierno que te devora. Porque ya has olvidado que hay gente que te ama y que está pendiente de ti y que espera una señal de auxilio para ayudarte a salir de ese callejón sin salida.

Nora solo se sentía viva en el trabajo, lejos de un agresor al que no reconocía como tal.

Recuerda el puñetazo en la pared que por muy poco no le dio en la cara. Desde ese día, Nora dejó de comunicarse con él. Vivían juntos, pero no dormían en la misma habitación. Compartían piso, pero intentaban no encontrarse. Nadie lo sabía. Vivía a escondidas esa vida que no era vida, como había escondido esa marca violenta

bajo el dibujo de María, como si la hermana ausente la protegiera.

La liberación llegó el día que él le confesó que se había enamorado. Liberación y dolor al mismo tiempo. Dolor al darse cuenta de los años que había perdido al lado de un hombre que no la quería. Y que quizá nunca la había querido.

Alicia, sobrecogida, se lamentaba de no haberse dado cuenta de que su querida amiga vivía con un maltratador. Lo dijo así, «maltratador», y la palabra la dejó fuera de combate. «No, no lo era, no lo era —insistía Nora—. Era malhumorado y brusco, pero no era un maltratador. Nunca me pegó.» Y, mientras lo decía, sentía en su interior que alguna cosa se rompía, como si la verdad luchase por salir. «Muchas veces los golpes no se ven, no dejan marcas, no producen moratones. Hay agresores que te hieren por dentro, y los golpes invisibles no los puedes curar porque ni tú misma sabes que los has recibido y que los seguirás recibiendo un día tras otro», le decía su amiga.

Nora no quiere sentirse una víctima, una mujer maltratada, no quiere admitir que Alicia tiene razón. Ese golpe en la pared escondido tras el cuadro de María, la amarga realidad explicada con todo detalle, sincera y cruel, las palabras de Alicia...

—¡Nora! ¡Nos hemos pasado la salida!

El grito de Cervan la devuelve a la carretera, al viaje presente, y también despierta a su madre.

—¿Ya hemos llegado? —pregunta medio dormida.

—No, Ana. Todavía no.

—Me he despistado, perdonad —se disculpa Nora.

—Ah, no sufras, hija. Siempre hay otra salida. Como en la vida.

Nora mira por el retrovisor y ve cómo sonríe. La amada sibila.

14

La fonda huele a café y a vino rancio, a madera marcada por rastros antiguos de cigarrillos y caliqueños, a sudor y a vejez. Allí se reúnen los de toda la vida. De buena mañana, preparan desayunos contundentes, de cuchillo y tenedor. Por la tarde, los parroquianos juegan al dominó y a la brisca como si les fuera la vida en ello. El griterío se mezcla con el sonido de las piezas chocando sobre la mesa y el golpe del jugador cuando enseña la carta ganadora.

—¡Tú, Monte! ¿Cómo va por la casa de Antón? —pregunta el de casa Tomasones, con el palillo en la boca.

—¿Ya han llegado las visitas? —pregunta otro jugador.

—¡Qué va!

—Pero ¿llegan hoy o no? —insiste el primero.

—¡A saber!

—Oye, si no te explicas mejor... —dice desde la barra el amo de la fonda.

—¡Pues ya me he explicado! ¡Que yo de eso no sé nada! —se queja Monte.

—¡Si no lo sabes tú, que te pasas el día ahí...! —dice el de los Tomasones.

Monte es fontanero y electricista y hace tiempo que conoce a la familia de Daniel. En cuanto llegaron a la casa de Antón, él, con la ayuda de su hijo mayor, se ocupó de cambiar las viejas tuberías de gas y de agua, de poner nuevos radiadores y de quitar la antigua instalación eléctrica, todavía con hilos trenzados de algodón e interruptores de porcelana, latón y baquelita. Estuvo unos cuantos meses trabajando en esa casa y le hicieron sentir como uno más de la familia. Daniel se arremangaba y ayudaba en todo lo que podía. Y cómo le gustaba esa mujer joven, bonita y

amable que lo esperaba a primera hora de la mañana con un buen desayuno, «para coger fuerzas, que hoy tenemos trabajo duro, Monte», le decía.

Buena gente y muy cumplidores con los pagos. Nunca les tomó el pelo, como hacían otros operarios. Él les advertía: «Este da gato por liebre, no os fieis», y les recomendaba los que trabajaban honradamente, «que de estos también tenemos en el pueblo».

Tuvo que aguantar que le dijeran que era un traidor por haberle dado trabajo a un pintor del pueblo de al lado y no a su primo. Monte sabía que, por más pariente suyo que fuera, era un vago y no lo quería cerca trabajando. En cambio, cuando se convirtió en un improvisado maestro de obras, porque se había ganado la confianza de aquella familia, les dijo que contratasen a Ramón, un buen carpintero, y a Pedrito, un albañil que trabajaba muy fino. O sea, que no, no traicionaría esa confianza con habladurías sobre quién entraba o salía de esa casa a las afueras del pueblo. ¡Qué suerte no tener vecinos cotilleando todo el día o espiando detrás de las persianas! Y se reía por lo bajo, pensaba en la rabia que les daba a algunos no saber nada de lo que pasaba con los nuevos inquilinos.

La casa de Antón se modernizó, pero por deseo expreso de la pareja no cambió demasiado de aspecto. Les gustaba como era. Las dos obras importantes fueron la nueva escalera, porque la vieja tenía la madera carcomida, y agrandar algunas ventanas para que entrase la luz. La verdad es que fue mucho trabajo, pero, con oficio y dedicación, acabaron justo cuando los niños empezaron el colegio, antes de que llegara el frío. Antón no hubiera tenido ninguna queja de esas reformas.

Los de la fonda, por pura envidia, se reían de Monte. «Ay, que se nos ha enamorado.» Y él callaba. Esa mujer vio llegar a uno de los perros del hijo del alcalde, sucio y malherido. Estaba lleno de llagas y marcas de la soga en el cuello. Ella lo cuidó hasta que se recuperó. Monte le contó que ese estúpido era cazador y que cuando los perros ya no le servían los colgaba de la rama de un árbol y los dejaba morir. Beth no se lo podía creer. «¡Cuánta maldad!», se estremecía. Y se lo quedó. Monte, que no entendía

cómo aquel animalito había podido huir y pensaba en la fortuna de haber encontrado a esa familia, le construyó una casita detrás. Lo llamaron Tres Cuartos porque era pequeño y estaba en los huesos.

Después llegó otro, un pastor alemán grandote. Este no llevaba chip y se le veía bien cuidado. Debían de haberlo abandonado en la carretera, y los niños lo encontraron en medio del robledal. Su madre les advirtió que quizá alguien lo estaba buscando y por eso lo bautizaron Recogido. Todavía sigue ahí.

Y así, día tras día, iban curando perros y otros animales heridos.

«Dicen que ahora quieres más a los animales que a las personas. ¡Esa mujer está loca!», soltó un día el cazador. Y ese día Monte ya no pudo más. «¡Queréis hacer el favor de callar! ¡Un poco de respeto por una mujer que se está muriendo!», les espetó. Los parroquianos quedaron tan petrificados que, por primera vez, en la fonda se hizo el silencio.

La muerte de Beth le trastocó. Su mujer también había muerto joven, y también de una enfermedad incurable. Entendía cómo se sentían Daniel, Álex y Clara. Él quedó con dos hijos adolescentes.

El mayor hizo su camino a su lado. El pequeño..., el pequeño se perdió. Que si no quiero estudiar, que si necesito salir. Un año después de la muerte de la madre tuvo un accidente de moto. Madre e hijo se fueron demasiado pronto. El mayor, su Pepe, tuvo suerte al casarse con Inés. Monte tiene tres nietos que le devolvieron la vida.

Ahora que ya han terminado las obras, los visita una vez por semana para tomar un café con Daniel y pronto volverá a ir cada día para ayudarlo, porque quiere cambiar las puertas exteriores. Pero eso será cuando llegue el buen tiempo.

—¿Ya te vas? ¿No te tomas la última con nosotros? —pregunta el de los Tomasones.

—No puedo. ¡Hala, adiós! ¡Que tengáis buen día!

Y se pone la gorra y sale de la fonda sin mirar atrás.

15

—¡Ya llegan! ¡Ya llegan! —grita el hijo de Daniel.

La verja de entrada está abierta, esperando a las nuevas inquilinas. Nora ve que Daniel sale de la casa haciéndole un gesto para indicarle que aparque el coche bajo el viejo roble.

Una mano infantil golpea la ventana. El niño aplasta la nariz contra la ventanilla, lo que le deforma la carita, y eso hace sonreír a Nora.

—¿Quién es este chiquillo? —pregunta Ana.

—Es Álex, uno de los hijos de Daniel —explica Nora mientras abre la puerta.

—¡Hola, hola, hola! —repite el niño entusiasmado—. ¡Venid conmigo! ¡Venid!

Cervan ayuda a Ana a salir.

—Álex, calma —le dice su padre—. ¡No las agobies! Entremos a tomar algo, que hace fresco, y luego ya descargaremos el coche —propone.

—De acuerdo —dice Nora, y coge su bolso.

El niño va brincando camino a la casa, gritando.

—¡Clara, mira, ya están aquí! ¡Clara, ven!

Unos cuantos perros se acercan a recibir a los visitantes. El más pequeño ladra sin parar; otro, un galgo, guarda distancia, asustado.

—Tres Cuartos, tranquilo. No hace nada, no tengáis miedo —dice Daniel.

—No tenemos miedo. Nos gustan los animales —responde Nora.

—Este se llama Gris porque es gris —explica Álex acariciando al galgo—. Él sí que tiene miedo. Por eso tiembla.

Nora se le acerca y lo acaricia.

—No, no la necesito. Puedo andar —dice Ana cuando ve que Cervan saca la silla de ruedas del maletero.

Pero Ana se detiene de golpe.

—¿Te encuentras bien, mamá?

—Esta casa... no ha cambiado nada —dice—. Y este olor... ¡Oh, el tilo todavía está! Y la mimosa en flor. Cómo me gusta su aroma delicado.

—Los árboles de Antón —dice Daniel.

—Los árboles de Antón —repite Ana.

—¡Papá, voy a buscar a Clara!

—Álex, no es necesario. Tu hermana está dentro con la abuela Isabel. Ahora la conocerán. Le hace mucha ilusión que estés aquí. Por eso anda tan atolondrado —se disculpa el hombre.

—No pasa nada. Me gustan las criaturas —dice Ana.

Poco a poco llegan al porche de entrada, cubierto de racimos de flores malvas que cuelgan por todas partes. El tronco de la glicinia enroscado en una de las columnas, fundido en la piedra por el paso de los años, forma una especie de escalera por la que trepa Álex.

—¡Mirad! ¡Ahora soy más alto que vosotros!

—Hijo, agárrate fuerte o te caerás —dice Daniel sin alterarse lo más mínimo.

—¡No me caeré! ¡Ahora soy mayor! —ríe el niño.

—Entremos. Hoy está nublado y hace fresco —recomienda el hombre.

—En esta casa siempre pasaba frío —dice Ana.

—Ah, ¿ya habías estado?

—Muchas veces, Daniel, muchas veces. ¡Pero hace tantos años!

—Conocías bien a Antón, el tío de mi suegra, ¿verdad?

—Sí.

Y, cogida del brazo de Cervan, Ana entra con paso vacilante.

—¡Qué calorcito! ¡Y qué hermosa está!

—Me gusta que diga eso, Ana. Hemos tratado de respetar la estructura, pero hemos tenido que hacer algunas reformas para modernizarla.

—¿Lo has hecho solo?

—¡De ninguna manera! Suerte hemos tenido de Monte y...

Ana lo interrumpe.

—Buen chico, Monte.

Él se ríe mientras pasan a la sala donde está sentada Isabel al lado de Clara, frente a la chimenea.

—Mujer, chico chico ya no es. De hecho, está jubilado.

—Ah, claro.

—Pero con su hijo han hecho un buen trabajo. Hoy vendrá y podrás saludarle.

—¡Bel! ¡Qué alegría que estés aquí! —dice Ana.

—Bienvenida.

Isabel Klerk se levanta para saludar a los recién llegados. Nora ayuda a su madre a quitarse el abrigo y el fular, y la sienta cerca del fuego.

—María —dice la mujer, mirando fijamente a la hija de Daniel, que está sentada justo enfrente.

—¡Se llama Clara! —suelta Álex.

—¿Qué haces aquí? —sigue Ana.

La niña le aguanta la mirada sin decir nada. Álex se dispone a decir algo, pero su abuela lo detiene con un gesto.

—Ven a sentarte conmigo —dice Ana a la niña.

Y Clara, para sorpresa de todos, se sienta a su lado. Ana le coge la mano y empieza a hablar con ella como si fuese su hija. La niña la escucha en silencio.

—No pasa nada —dice Cervan—, no te asustes, Clara. Ana, no es María.

—Sí, sí que lo es. Sabía que te encontraría aquí. ¿Quieres que te cuente un cuento? Hace mucho que no cuento cuentos y tengo uno para ti.

Clara asiente con la cabeza.

—¿Y para mí?

Sin esperar respuesta, Álex se escapa de los brazos de su abuela y se sienta en la alfombra, enfrente de su hermana y de Ana.

—Dice así: érase una vez...

16

Entre Daniel, Cervan y Nora han descargado el coche. En la entrada quedan dos cajas. El resto ya está en el piso de arriba. Los chicos han vuelto del colegio y, después de merendar, están en su habitación terminando sus deberes, aunque Álex sale de vez en cuando para ver qué hacen los mayores. El médico, una vez revisado el botiquín, se da cuenta de que ha olvidado los pañales que Ana ha empezado a usar por la noche. Daniel se ofrece a ir a la farmacia del pueblo.

—De ninguna manera. He sido yo quien se ha despistado. Llevo todos los fármacos: los de la presión, los analgésicos, el aceite para hacerle masajes en las piernas..., pero he olvidado los pañales para la incontinencia. Hace muy poco que los usa.

—Encontrarás la farmacia fácilmente. Está en la plaza Mayor. Eso sí, coge una bolsa grande. Habrá mil ojos observándote. Todo el mundo querrá saber qué llevas dentro. Y no dudes que alguien se hará el encontradizo y te preguntará de dónde eres, quién eres y qué haces aquí, en el pueblo. Te recomiendo que seas discreto.

Cervan mira a Daniel con incredulidad.

—¡Sí, chico! Es la vida de pueblo. No todos, claro. Pero algunos ya deben de estar cotilleando. Yo no soy muy de explicar cosas. Solo me fío de Monte, que es de toda confianza —explica Daniel.

—Entendido —dice Cervan.

—Encontrarás bolsas de todo tipo, bien dobladas, en el último cajón del mueble de madera verde de la cocina. Si no las encuentras, me lo dices y voy.

—¿Se la puedo dar yo? —dice Álex.

—Tú deberías estar con Clara, terminando los deberes.

Álex baja la escalera refunfuñando, ve a Ana medio dormida

en el sofá de la sala, suspira disgustado y se va a su cuarto.

Del piso de arriba llega un estruendo.

—Papá, ¿qué ha pasado? —grita el niño.

—Nada, nada, Álex. Ha caído una caja. No pasa nada, nadie se ha hecho daño. Si acabas rápido, nos podrás ayudar.

El ruido y el griterío del niño han despertado a la anciana. Abre los ojos y ve que no hay nadie. Se levanta y pasea, sin prisa, por la estancia. Recuerda que antes era oscura y no muy acogedora, aunque a ella le parecía un palacio. El palacio de Antón.

Observa los cuadros colgados en las paredes. Hay bastantes, pero no agobian. Le parece que están colocados con gusto, con suficiente espacio para que luzcan, y Beth y Daniel han respetado los que ya tenía Antón. Reconoce la lámina enmarcada de Escher que siempre la había inquietado: esa escalera con los peldaños hacia arriba, otra con los escalones invertidos e impracticables, escaleras en el techo que no van a ninguna parte e individuos subiendo y bajando de forma imposible, desafiando la gravedad, solos o acompañados, sentados o en escorzo. No entiende la obsesión de aquel autor por lo imposible.

Clava la mirada en dos acuarelas suyas, que pintó y le dedicó a Antón. Este las enmarcó él mismo. Era buen artesano, tenía mucha maña con la madera, no solo con la de los almeces para hacer horcas. Una es un retrato suyo que no le hacía justicia, aunque él alabó su habilidad para captar los rasgos. La otra acuarela es el viejo tilo visto desde el porche, con el robledal al fondo. Era un lugar esencial, el árbol rodeado de hierba y flores silvestres, testigo de su amor. Pero eso solo lo sabían ellos dos.

Hay dos cuadros con las fotografías del padre y de la madre de Antón. Los dos miran a cámara con una pose seria. Parecen dos figuras fantasmales. El papel fotográfico, dañado por el paso de los años, ha desvanecido la nitidez de los rostros. No llegaron a viejos, la muerte los sorprendió aún jóvenes. La madre murió a los treinta años y dejó a Antón huérfano. El padre, de quien aprendió el oficio de formar horcas, murió antes de la cincuentena. Debían de ser buena gente, piensa Ana. Su hijo había heredado los rasgos más

bellos de los dos.

El resto de los cuadros son algunos óleos de autores desconocidos para ella, unos cuantos dibujos infantiles de colores vivos, de trazos deliciosamente imperfectos, expresivos y con mucha gracia. Están firmados por las manos inexpertas de las criaturas, con letra irregular los de Álex y un poco más pulcra y pequeña los de Clara.

Sobre la chimenea, una vieja plancha de carbón y una lámpara de aceite al lado de otros objetos modernos. Ana agradece el respeto que ha tenido la pareja por las cosas de la casa. Una escultura llama su atención. Es uno de los árboles de Antón, sin duda, pero no sabría decir cuál. Quizá un ciprés o un álamo. Se lo preguntará a Daniel. No está pintado, conserva el color de la arcilla.

Sonríe pensando en lo que hacían juntos ella y Antón, en cómo abrazaban los troncos de los árboles. Él le decía que los árboles eran capaces de transmitir energía. Y, como dos tontos, se ríe Ana al recordarlo, los abrazaban muy fuerte y se quedaban así un buen rato.

—¿Lo has notado? —preguntaba Antón.

—Sí —contestaba ella.

Y era verdad que lo sentía. Un cosquilleo, una especie de calor, que la invadía.

Como Cervan ha ido a la farmacia, Ana, desobedeciendo el consejo del médico de no moverse sola, decide salir y acercarse al tilo. De lejos, oye a Daniel en el piso de arriba ayudando a Nora a abrir y organizar la gran cantidad de bultos que su hija ha decidido llevar al caserón. Ahora que nadie la ve es el momento de abrazar el árbol y cargarse de toda su energía.

Con paso vacilante, sale de la casa y con prudencia se adentra en el campo, donde justo en medio se levanta el majestuoso árbol.

—Ya estoy aquí, viejo amigo. Me esperabas, ¿verdad?

Las hojas, movidas por la brisa, parecen darle la bienvenida.

—Hacía muchos años que no nos veíamos.

Ana abre los brazos y estrecha el tronco todo lo fuerte que puede.

—Dime por qué Antón se olvidó de mí. ¿Lo sabes?

Poco a poco, siente un calor que penetra su cuerpo envejecido. Y le parece que no es el árbol, sino el hombre al que ha amado, el que la abraza.

—¿Antón? ¿Estás aquí?

Ve a lo lejos una sombra que se acerca a ella.

—Ana, ¿qué haces aquí sola?

—Te esperaba. Sabía que me vendrías a buscar. Ahora ya soy vieja, no sé si te gustaré como cuando éramos jóvenes.

La sombra la ayuda a sentarse en una de las sillas que rodean la mesa bajo el tilo.

—Estás temblando. Voy a buscarte un abrigo.

—¡No, no te vayas! —grita Ana asustada, con miedo a perderle—. No tengo frío. El árbol me ha dado toda la energía y el calor que necesitaba.

—Vuelvo ahora mismo, en un abrir y cerrar de ojos.

Y la sombra desaparece.

—No me dejes, Antón, no me dejes —murmura llorosa.

De repente siente el calor del abrigo sobre los hombros y unas manos que le hacen un masaje enérgico.

—Dame las manos. ¡Las tienes heladas!

—Estoy bien, estoy bien porque tú estás aquí conmigo —dice la anciana.

—Ay, preciosa...

La sombra la abraza y ella apoya su cabeza en el cuerpo de Antón.

—He de contarte tantas cosas... Tengo tres hijas, Antón, con un hombre que no me quería. Pero esos tres ángeles preciosos me han salvado la vida. ¿Por qué nunca me escribiste? Yo sí, yo te escribí. Lo sabes porque tengo la fotografía que te mandé con la primera carta. Me la devolvió Bel, tu sobrina. Qué bien que me encuentro ahora que vuelvo a estar contigo.

Siente las manos que la acarician por encima del abrigo, como si la consolasen. Ana abre los ojos y ve a su hija.

—¿Qué es esta magia? ¡María! ¿Tú también estás aquí? ¿Me he muerto o estoy soñando? Sea como sea, soy tan feliz con

vosotros... No os vayáis nunca.

Con una voz dulce y compasiva, la sombra le dice:

—Esta niña es Clara, Ana. No es María.

—¿Clara? —pregunta la anciana.

Entonces se separa de esos brazos que la protegían del frío de la traidora primavera y mira aturdida a aquella persona que tiene al lado.

—Soy Isabel, Ana, Bel. He venido a despedirme. Me voy a casa. ¿Entiendes lo que te digo?

Clara le coge la mano y se sienta a su lado.

—Venga, vamos, Clara y yo te acompañaremos adentro o todavía pillarás una pulmonía.

Y, del brazo de las dos, Ana entra en la casa.

—Estoy cansada. No le digáis nada a Nora. Ya tiene suficientes preocupaciones.

—Tranquila. Ya me he despedido de ella y de Daniel —dice Isabel.

Clara se sienta al lado de Ana.

—Me voy. Clara, si pasa algo, avisa a Nora.

Pero Ana se queda dormida enseguida. La niña coge una manta ligera que encuentra en uno de los brazos del sofá y la cubre con ella. Luego se va a su habitación, Álex ya ha subido al primer piso a ayudar a los mayores. La niña coge uno de sus libros favoritos y vuelve a la sala. Se sienta muy cerca de Ana, busca la página con el punto de libro y sigue leyendo por donde lo había dejado.

17

—¿Qué tal ha ido? —pregunta Alicia.

—Bien, bien, pero estoy muerta. Perdona que no te haya contestado antes. No sabía ni dónde tenía el móvil —responde Nora.

—No me extraña. Esto vuestro debe de haber sido como una mudanza, con tanta maleta y tantas cajas. Pero ¿estás bien?

—Ahora mismo acostada en la cama.

—Nora...

—Estoy bien, Alicia. Mira, mi madre ha sido llegar y ganarse a los hijos de Daniel. Les ha contado cuentos uno detrás de otro. Estará perdiendo la memoria, pero la imaginación no. Aunque ha confundido a la niña con María.

—¿Qué dices?

—Sí, Ali. Lo primero que ha dicho al verla: María.

—¿Y?

—Nada. Cervan nos ha dicho que era mejor que no le dijéramos nada. Por cierto, también estaba Isabel Klerk.

—¿La suegra?

—Se ha ido por la tarde. Ha sido muy amable.

—Quería controlar cómo encajabais con el yerno y sus nietos. Todavía se estará preguntando qué vínculo debía de tener tu madre con Antón para que le dejase la casa. Tú vigila, que quizá vaya a impugnar el testamento.

—No lo creas. Recuerda que la buscó y no cejó hasta que la encontró en la residencia. Además, hoy ha estado pendiente de ella en todo momento. Por cierto, mi madre, como te podrás imaginar, después de comer ha hecho una siesta larga larga. Vaya, ¡que se ha levantado para cenar!

—O sea, que ha vuelto a su horario nocturno —dice Alicia

riendo.

—¡Pobre Cervan! Él duerme en la habitación de al lado y me ha dicho que descanse y que no me preocupe de nada. Mira, este hombre me da tranquilidad.

—Sobre todo porque es médico y si a tu madre, por lo que sea, hay que ingresarla...

—No, Ali, no digas eso. Mi madre ha revivido en cuanto ha visto la casa. Parecía que hubiera estado aquí la semana pasada. Sabía dónde se encontraba cada habitación, y eso que Daniel y su mujer hicieron obras y ha quedado muy bonita y confortable.

—¿Cuántos años hace que no iba?

—Si no me esconde más cosas de las que me ha escondido hasta ahora, hará unos sesenta años.

—¡No! —exclama Alicia.

—Por lo que me contó, los abuelos se la llevaron a la ciudad cuando tenía diecisiete años. Y tiene ochenta y tres.

—¡Sesenta y seis años!

Nora se levanta, abre la ventana y enciende un cigarrillo.

—Hace una noche preciosa, Ali. Fría, pero con un cielo estrellado espectacular.

—¿Estás fumando?

—Humm... El primer cigarrillo del día. Y estoy en la ventana, congelándome, pero en la ventana. ¿Cómo lo sabes?

—He oído el encendedor. Pero, cariño, fuma todo lo que quieras y haz lo que quieras. Se acabó el control, se acabaron los reproches, se acabó la mala vida.

—¿Sabes una cosa, Ali?

—Dime.

—En esta casa hace tiempo que acogen perros maltratados por sus amos, abandonados en la carretera. Parece que todos vengan a parar aquí.

Alicia no dice nada. Nora continúa.

—Como nosotras. ¿Sabes que no se me ha hecho extraña la casa, ni la familia, ni nada? Me preguntas si estoy bien. No, no lo estoy. Todavía no. Pero quizá he acertado viniendo aquí con mi madre. En estos momentos es el mejor lugar donde vivir. También

sé que no voy a quedarme. Esta familia se ha adaptado a la casa, al pueblo, a los vecinos. Yo no tengo los ánimos para empezar aquí de cero. Echaría de menos el trabajo, la ciudad, los amigos que tengo que recuperar...

—No tienes nada que recuperar. Aquí seguimos, siempre hemos estado...

—Ya lo sé, ya lo sé. Sobre todo tú, Ali. Hablo de restablecerme y de volver a hacer vida social. Cuando tenga ganas, claro. Fui yo, mi yo interior, quien se aisló. Ahora mismo me siento... rota. Esta es la palabra.

Nora apaga el cigarrillo en el alféizar de la ventana y la cierra. Con los pies helados, vuelve a la cama y se tapa hasta arriba con el edredón.

—Kintsugi —dice Alicia.

—¿Qué?

—Kintsugi. Es una técnica japonesa que consiste en reparar con un barniz de oro cualquier pieza de cerámica rota.

—Sí, soy una pieza rota. Me falta el barniz —dice Nora.

—La última vez que estuve en Tokio, además de restaurantes con estrella y locales de comida tradicional, me invitaron al taller de una familia que practica esa técnica desde hace siglos. Se lo tomaban como una filosofía de vida.

—Si no recuerdo mal, eras tú quien se reía de la autoayuda y de los consejos de Maggie. ¿Otra vez Mr. Wonderful? —pregunta Nora.

—¡No, no, escúchame! Me pareció muy interesante. Y más en un país tan tecnológico, tan avanzado en lo electrónico y en la robótica.

Nora pone el altavoz y deja el móvil encima de la almohada. Se acuesta en la cama en posición fetal y se frota los ojos.

—En un mundo de obsolescencia programada donde ya no se repara nada, donde si algo se daña te compras uno nuevo, esos artesanos cogen piezas de cerámica rotas, buscan el encaje, como si fuera un rompecabezas, y unen los fragmentos con un barniz de polvo de oro para que cojan fuerza. La pieza no solo vuelve a la vida, sino que las cicatrices la hacen más atractiva y de mucho

valor.

—El valor de la imperfección —dice Nora.

—¡Exacto! Quiero decir que, en lugar de pintar la pieza y esconder las grietas, disimulando el estropicio, exhiben las heridas. Como hiciste tú cuando me contaste lo que realmente te pasaba.

—Fue un momento de debilidad...

—¡De ninguna manera! Al contrario, fue un momento de fortaleza. Fuiste muy valiente, Nora. ¡Y yo muy ciega al no darme cuenta!

—Soy buena camuflando sentimientos.

—Sí que lo eres. Me tenías bien engañada. Y no sabes cuánto lo siento. Te habría arrastrado lejos de esa mala persona. ¡Aunque te hubieras resistido!

—Lo hubiera hecho, Ali. Porque yo no era yo.

—Rota. Como las piezas de cerámica japonesa. Todos estamos un poco rotos. La vida es arriesgar, romperse y recuperarse. ¿O crees que la muerte de un hijo no rompe por dentro a una madre, a un padre, a un hermano...?

—Sí —dice Nora—. ¿Quieres decir que debo pasar un luto como si hubiera muerto alguien?

—El kintsugi pasa por diferentes etapas, como si fuera la vida. Primero, el accidente: los golpes, la violencia, el desastre. Luego llega el momento de recoger los pedazos rotos, encajarlos y poner el barniz. Cuando está todo fijado, hay que esperar. La espera es importante. La pieza necesita tiempo para soldarse y ser fuerte, así volverá a la vida. Ya tenemos la cerámica reparada. ¿Acaba aquí? No. Llega la última etapa: la revelación, cuando eres consciente de que has ganado frente a la adversidad.

Alicia espera que Nora diga algo.

—¿Te has dormido?

—No, no, te escucho.

—¿Y?

—Pensaba en la única pieza preciosa que nunca se podrá reparar porque los trozos se han pulverizado o se han perdido para siempre.

—Tu madre —dice Alicia.

—Mi madre.

18

A Álex le gustan mucho los juegos y los ejercicios para estimular la memoria que Cervan y Ana practican cada día. Cuando llega del colegio ayuda al médico a barajar bien las cartas que la anciana debe ordenar o le lleva calcetines limpios y desparejados de la colada para que ella los empareje o le acerca a la nariz distintas frutas y verduras para que Ana, con los ojos cerrados, reconozca si es un ajo, unas hojas de menta, una ramita de tomillo o una naranja.

Clara siempre lo mira todo con atención, sentada al lado de Ana. El niño, en cambio, participa entusiasmado. Ayer puso diversos objetos dentro de una caja llena de hortalizas. La anciana debía encontrarlos y decir el nombre. Antes, en la residencia, ese juego no le hacía mucha gracia. Ahora, en cambio, viendo el entusiasmo del pequeño que ríe juguetón cada vez que descubre uno y dice su nombre, juega con más ganas.

—¡¿Qué hace debajo de una berenjena esta... cuchara?! —exclama ella.

—¡Muy bien! —grita Álex.

—Uy, uy, uy..., ¿qué tenemos aquí? —dice Ana misteriosa.

—¿Qué es?

—¡No puede ser! Es un... ¡cepillo! —grita Ana, y le peina el flequillo a Clara.

Con la ayuda del niño, la mujer sigue revolviendo la caja. El niño saca una pinza para la ropa.

—¡Mira qué he encontrado! —dice.

—Tienes que dejar que lo encuentre ella, Álex —recomienda Cervan.

—¡Es que yo soy su ayudante! —se queja.

—Deja que me ayude. No seas aguafiestas.

—¿Qué es, qué es? —pregunta el niño.

—Esto es un...

Pero Ana calla.

—Es... un... Ay, ahora no me sale el nombre.

—¿Para qué sirve, Ana? —pregunta Cervan.

—¡Es una pinza! —se adelanta Álex.

—Eso quería decir, una pinza —repite ella.

—¿Sabes qué vamos a hacer, peque? Saldremos a jugar a la pelota en el patio —propone Cervan—. Y Clara será la ayudante un rato. ¿Qué te parece?

—¡Sí! —grita entusiasmado—. ¡Voy a buscar la pelota de fútbol!

Y entra en la casa.

—Mira, Clara, no me llevo la caja por si quieres seguir jugando, pero te dejo esta *tablet*. ¿Sabes cómo va?

La niña asiente con la cabeza.

—¿Ves que aquí hay un listado de canciones? Pues Ana las conoce todas todas. Quizá te animas a cantarlas con ella —le explica Cervan.

—Oh, sí, me gustan mucho las canciones —dice la anciana.

—¡Ya estoy aquí, Cervan! —grita Álex con la pelota en sus manos.

—¡Pues vamos! Canta fuerte, Ana, que te estaré escuchando —dice el médico.

Y selecciona con el dedo la primera canción, que empieza a sonar.

Yo me voy todas las tardes
a merendar al hotel Ritz,
y tras el té suelo hacer mil locuras
con un galán que está loco por mí.
Juntos a bailar salimos,
nos enlazamos con pasión
y al final tengo yo que decirle
toda llena de miedo y rubor:

Rápidamente Ana acompaña con su fina voz a la cantante del cuplé.

¡Ay, no, por Dios, no me baile usted así!
¡Ay, por favor, que me siento morir!,
tenga usted en cuenta que mira mamá
y si se fija nos regañará.

La niña sonríe cuando la anciana empieza a interpretar la canción con gestos exagerados.

Ay, suélteme, no me oprima usted más,
pues le diré, si me quiere asustar,
que soy cardíaca y por esta razón
no debo llevarme ninguna emoción.

Y la mujer le hace cosquillas a Clara, que no puede evitar reír.

Daniel y Nora salen juntos al porche de la casa.

—¿Habéis montado una fiesta y no nos habéis avisado? —dice él, sonriendo.

Ana les hace un gesto para que se acerquen a la mesa bajo el tilo mientras sigue cantando. Daniel se gira hacia Nora y le pide para bailar. Y mientras se mueven al ritmo del cuplé se van acercando a la anciana y a Clara, que sigue dando palmas. Cuando termina la música empieza automáticamente la segunda canción de la *playlist* con los temas conocidos de Ana. Ahora suena un ritmo más animado y unos coros estridentes que cantan, y este ejercicio de memoria se convierte en una verbena.

Rascayú, cuando mueras, ¿qué harás tú?
Rascayú, cuando mueras, ¿qué harás tú?
Tú serás un cadáver, nada más.
Rascayú, cuando mueras, ¿qué harás tú?

—¡Ven, Clara! ¡Bailemos!

Y Ana se levanta y coge de las manos a la niña mientras sigue

el compás de la canción.

Oigan la historia que contome un día
el viejo enterrador de la comarca,
que era un viejo al que la suerte impía
su único bien arrebató la Parca.
Todas las noches iba al cementerio
a visitar la tumba de su hermosa
y la gente murmuraba con misterio:
¡es un muerto escapado de la fosa!

Viendo tanta juerga, Álex deja la pelota y grita a Cervan que vayan a bailar. Ana, que se conoce la canción entera, continúa interpretando cada frase y poniendo caras raras, y los niños ríen divertidos. El pequeño empieza a saltar cada vez que llega el estribillo de *Rascayú*.

Hizo amistad con muchos esqueletos
que salían bailando una sardana
mezclando sus voces de ultratumba
con el croado de alguna rana.
Los pobrecitos iban mal vestidos
con sábanas que ad hoc habían robado,
y el guardián se decía con recelo:
¡estos muertos se me han revolucionado!

Y otra vez el estribillo de *Rascayú*, y a dar palmas, y a no parar de reír. Nora ve la felicidad de Daniel, que observa cómo se ríe su hija. Afortunadamente, la siguiente canción es un bolero, y Ana se sienta, agotada pero feliz. Hacía tiempo que Nora no la veía con tanta energía.

El sol empieza a ponerse, y el divertido grupo acaba alrededor de la mesa, con la música de fondo, escuchando a Ana, que recuerda viejos tiempos de verbenas, orquestas y el baile del farolillo. Y Nora propone hacer unos farolillos y decorar con guirnaldas y bombillas de colores el porche para la verbena de San

Juan. Todos aplauden la idea, entusiasmados.

Cervan se da cuenta de que Ana tiene un escalofrío que no es de emoción sino de frío, y se levanta para acompañarla dentro de la casa.

—Creo que es hora de preparar la cena —dice Daniel.

—Sí, entremos en casa. Ya preparo yo la cena. Tú quédate con los niños —propone Nora.

—¡Mirad, pequeños! —dice Ana, justo antes de entrar en casa —. ¡Mirad qué cielo os he pintado hoy!

El atardecer de primavera tiñe el cielo de rosas y naranjas y amarillos intensos. Los niños observan fascinados el espectáculo.

—No es verdad, Ana, tú no lo has pintado —dice Álex.

—Sí, es cierto —le corta Nora—. Ana tiene la máquina de colores.

—¿La máquina de colores? —pregunta sorprendido el niño.

—Esta noche os contará el cuento de la máquina de colores, ¿verdad, mamá?

—Por supuesto —responde.

Y a Nora se le humedecen los ojos, pero se gira rápido para que nadie se dé cuenta. Si los cuentos del hombre que hablaba con los árboles eran sus favoritos y también los de Sara, los de la máquina de colores, que nunca habían visto porque su madre la guardaba en un lugar secreto para que no se estropease, eran los que más le gustaban a su hermana mayor. Y decide que esta noche subirá a escucharlo. Y querrá ser pequeña de nuevo y sentirse segura en compañía de gente que la quiere de verdad. Y quizá así saboreará un breve momento de felicidad.

19

—Clara, ¿estás durmiendo?

Álex está en la cama como su hermana. Ella duerme cara a la pared.

—¿Te gusta Nora? A mí mucho, ¡muchísimo! Pero me gusta más Ana. ¿Y a ti?

La niña no reacciona.

—Clara, Clara, despierta...

Clara se gira hacia su hermano. Le pesan los ojos, pero lo quiere escuchar.

—¿Cuándo volverás a hablar? Así podría charlar contigo con los ojos cerrados. Yo también tengo sueño, ¿eh? De acuerdo, te miro. Pero di que sí o que no con la cabeza, ¿vale?

Ella asiente con la cabeza.

—¿Te gusta Nora?

La niña repite el gesto.

—¿Y Ana?

Vuelva a asentir.

—Me gustan mucho sus cuentos y jugar con ella a eso de la memoria con las bolas de colores y con los dibujos y con las palabras. ¡Es díver! Y Cervan también me gusta mucho, muchísimo. Juega al fútbol mejor que yo, ¡y ya sabes que yo soy un crac! ¡El mejor de la escuela! Cuando sea mayor quiero ser futbolista.

Álex calla y se lo piensa.

—O cocinero, como papá, ¡que cocina súper! Ya lo sé, no pongas esa cara. Papá no es cocinero, es traductor. Pero cocina muy bien y yo quiero cocinar, como él, y quiero preparar las mejores croquetas del mundo mundial, como él. Y ya me está enseñando. Sé batir los huevos y preparar una tortilla a la francesa.

Con papá, claro, para que no me queme. ¡Ah! Y también quiero ser arquitecto y construir casas tan chulas como esta.

Clara lo escucha con atención.

—¿Tú quieres ser como papá o como mamá?

Ella no dice nada.

—Seguro que como mamá. Clara, ¿te gusta Nora para papá?

La niña niega con la cabeza.

—Pero ¿y si a papá le gusta Nora? Que no lo sé, ¿eh? Pero ¿y si le gusta? A mí me gusta porque no quiero que papá esté solo y triste. Desde que llegaron, papá está más contento. Y yo quiero que esté contento. Pero pienso mucho en mamá. Seguro que a ella le gustaría Nora y sobre todo Ana y sus cuentos y cuando se pone a cantar y cuando se equivoca y te llama María, como su hija, que también se murió como mamá. Y ahora las dos nos deben de estar mirando desde el cielo.

Álex calla un momento, pensativo.

—También podría ser astronauta. Y volar hacia el cielo y más arriba porque así quizá podría ver a mamá y conocer a María. ¡Sí, seré astronauta! Y tendré una nave como la de *La guerra de las galaxias*, rápida rápida. Y un robot que mirará al cielo y me dirá si ve a mamá. Porque el universo es muy grande y quizá se ha aburrido de estar en este cielo que vemos y se ha ido a otra galaxia.

Daniel abre la puerta de la habitación.

—¿Qué es toda esta cháchara? —pregunta sentándose en la cama de Clara—. ¿Qué? ¿No te deja dormir este pitufo?

—Papá, ya no soy un pitufo. Tengo ocho años y soy mayor.

—Claro que sí, amor mío. Pero sabes que siempre serás mi pitufo, ¿verdad? —pregunta el padre.

—¿Y Clara tu pitufa?

—¡Claro! Y, cuando sea un viejito como Ana, ¡seguiréis siendo mis pitufitos! —dice Daniel en voz baja—. Pero, Álex, ahora es hora de dormir o mañana tendrás tanto tanto sueño que no podrás levantarte.

—Yo siempre me despierto temprano, papá.

—Eso es muy cierto. La dormilona es tu hermana. ¿Verdad,

Clarita?

La niña sonríe y le da la mano a su padre.

—Papá, ¿puedo preguntarte algo antes de que te vayas?

—Dime.

—¿Te gusta Nora?

—¿Que si me gusta Nora?

Daniel no sabe por qué, pero siente que se ruboriza. Menos mal que la luz de la mesilla de Álex es tan suave que no lo pueden ver.

—Es muy agradable.

El niño, que lo ha preguntado sin malicia, sigue:

—¿Y Ana te gusta?

—Y también me gusta Cervan —dice Daniel.

—A mí también —concluye con inocencia—. Estoy muy contento de que los hayas invitado a vivir aquí, con nosotros.

—Bueno, yo no los he invitado. Sabéis que esta casa era de Antón, el tío de la abuela Isabel, y que cuando murió le dejó la casa en herencia a Ana, ¿verdad?

—¿Y por qué? —pregunta Álex.

—Porque Antón quería a Ana y así lo decidió. A la abuela Isabel le dejó todos los terrenos, pero la casa es de Ana.

Quedan en silencio.

—Pero ¿eran novios o se habían casado? —insiste Álex.

—No. Fueron novios, como tú dices, cuando eran muy jóvenes. Luego, Ana se fue a la ciudad y Antón se quedó aquí.

—¿Solo?

—Sí —responde su padre.

—¿Y por qué? —sigue el niño.

—Por qué ¿qué?

—¿Por qué ella se fue y él se quedó aquí solo? Si se querían, ¿por qué no se casaron? Como tú y mamá —dice Álex.

—¡Ay, hijo! A veces las cosas no salen como querríamos.

—¿Lo dices porque mamá se murió?

Clara se acurruca en la cama. No quiere oír hablar de la muerte de su madre. Daniel se da cuenta.

—No, Álex. Mamá se murió porque estaba muy enferma, pero

yo la sigo queriendo. Y la querré siempre.

Coge aire y continúa:

—Hijos, la gente se muere. Todos moriremos, un día u otro. Pero mejor que nos muramos cuando seamos viejitos, muuuy viejitos. Mamá tuvo una enfermedad y se fue antes de lo que debía. Pero ya os dije que siempre estaría con vosotros si la recordabais. La gente a la que amamos sigue viva en nuestra memoria. Y yo la recuerdo cada día. En un momento u otro, pienso en ella.

—Yo también, papá. Y mi hermana también —dice Álex.

Clara asiente.

—Lo sé, hijos, lo sé.

Los tres callan como si guardasen un respetuoso silencio recordando a la madre.

—Pero ¿te gusta Nora? —pregunta Álex.

Daniel sonríe y se acerca a la cama de su hijo. Le hace cosquillas y el niño ríe.

—¡Eres un bicho! Me gusta porque es muy agradable y tanto ella como su madre nos dejan que sigamos viviendo aquí.

El niño piensa en lo que acaba de decir su padre. Frunce el ceño preocupado.

—O sea, que si ellas quieren, ¿nos echarán de la casa?

—¡Nooo! ¡De ninguna manera! ¡No os tenéis que preocupar en absoluto! De verdad.

—¿Y si se cansan de nosotros?

Álex está realmente preocupado.

—Mirad —explica el padre—, Nora ha sufrido un trastorno muy fuerte. Ya sabéis que Ana empieza a olvidarse de las cosas. Y cada vez irá olvidando más y más.

—¿Y nos olvidará a nosotros? —pregunta el niño.

—Al final sí, Álex.

—¿Y no la pueden curar en un hospital?

—No, hijo. Esta enfermedad todavía no se puede curar, ni en un hospital ni en ningún sitio. Pero se está investigando cómo detenerla. Por eso Nora ha venido aquí. Para que su madre esté en un lugar tranquilo y conocido. Y para que sea feliz con todos los buenos recuerdos que le trae este lugar.

—Claro, porque era novia de Antón.

—Exacto. Pero Nora vive en la ciudad y me ha dicho que nosotros podemos seguir aquí. Y que nunca nunca nos van a echar. Ellas dos estarán en esta casa unos meses y luego regresarán.

—¡Ohhh! Pero nosotros queremos que se queden —dice Álex.

—Eso depende de ellas. Pensad que Nora trabaja en una editorial y tendrá que volver al trabajo —explica Daniel.

—¿No puede trabajar desde aquí como haces tú, papá?

—Podría. Otra cosa es que quiera hacerlo.

—A Clara y a mí nos gusta Nora. Y Ana. Y Cervan.

—A mí también, preciosos, a mí también. Venga, ahora a dormir, que es muy tarde. Buenas noches.

—Buenas noches, papá.

20

Nora sale al porche con una taza de café. Empieza a amanecer, hace frío y ella no va lo suficientemente abrigada. Se sienta en el banco de madera y se envuelve en un chal de lana que ha cogido del perchero que hay al lado de la puerta. Al final del patio, cerca del robledal, hay una niebla baja que se va disipando poco a poco. La acompaña el silencio, que se rompe, de vez en cuando, por el trino de algún pájaro. Cuánta tranquilidad.

—Eh, ¿qué haces tú aquí? —dice en voz baja, como si temiese perturbar la placidez del momento.

Es Gris, el galgo, que la mira con ojos tan grises como su piel desde una distancia prudencial.

—¿Sabes que eres precioso?

El perro la sigue observando, quieto.

—No tengas miedo. ¿Quieres sentarte conmigo?

Pero él no se mueve de donde está.

—¿Quizá te he quitado el sitio? Discúlpame, Gris, todavía no conozco las costumbres de esta casa.

Nora da unos golpecitos con la mano sobre el banco, y el perro, sin prisa, se acerca y, finalmente, confía en ella. Sube y se acurruca muy cerca, con su cuerpo delgado y tembloroso pegado a su pierna.

—Eres tan friolero como yo, ¿verdad?

Nora le da calor con el chal, que es suficientemente ancho para abrigarlos a los dos.

—Ahora sí que estamos calentitos, ¿eh, Gris?

El galgo apoya su cabeza sobre la pierna de Nora y cierra los ojos deslumbrado por el sol naciente. Ella le acaricia el lomo bajo el chal y se encuentra con una cicatriz ya curada pero que le ha dejado una marca rugosa. Toma un sorbo de café y también cierra

los ojos. Y se horroriza pensando en cómo puede haber gente capaz de maltratar a un ser vivo tan bello e indefenso como ese perro. Gris duerme tranquilo, ella nota el ritmo acompasado de su corazón.

De repente, un ladrido reclama su atención. Tres Cuartos los mira, él también quiere unirse al grupo. Gris ni se inmuta, pero Nora deja la taza, aparta el chal y el perrito sube a su regazo. Después de dar unas cuantas vueltas sobre sí mismo, se acuesta bien acoplado y la mira.

—¿Tú también quieres mimos, Tres Cuartos?

A ciegas, va descubriendo bajo la piel del perrito las heridas que torturadores sin alma le infligieron. Esos animalitos no habían sabido defenderse ni huir, ella tampoco. Se siente como esos animales heridos que han encontrado un lugar donde quedarse, un refugio inesperado donde sentirse seguros de nuevo.

—Veo que estás muy bien acompañada.

—Muy buenos días, Daniel.

—Buenos días, Nora.

Durante unos segundos ninguno dice nada.

—A Beth le gustaba este banco.

—Se está muy bien aquí.

—Sí. Ella también se levantaba temprano para ver salir el sol.

Daniel calla. Todavía le duele su ausencia. Se sienta en la otra punta del banco y Gris se mueve, acurrucándose todavía más hacia Nora. Tres Cuartos, como si entendiese la pena, salta del regazo de ella, por encima del galgo, y se sienta sobre las piernas del hombre triste.

—Daniel, ¿seguro que mi madre y yo no molestamos?

—¿Molestar? De ninguna manera. Me siento muy a gusto con vosotras, como si os conociese de toda la vida.

—Es extraño.

—¿Qué?

—Desde que llegamos tengo la sensación de que este es mi sitio. Quiero decir, es tu casa, pero parece hecha a medida para mí y para mi madre. Fue como llegar a un refugio, a un lugar seguro, donde nadie puede lastimarse. Se respira una armonía... No sé si

me estoy explicando mucho —dice Nora confusa.

—Te entiendo, te entiendo. Beth y yo pensamos lo mismo. Bueno, ella lo tuvo claro. Yo, si te soy sincero, al principio tuve miedo.

—Miedo, ¿de qué?

—De muchas cosas: ella enferma, la masía tan aislada, lejos del hospital donde la trataban, tanto por hacer para arreglar la casa, el cambio del colegio de los niños... Pero mi mujer lo tuvo claro desde la primera vez que vimos la casa. Y, aunque una mudanza puede ser algo traumático, todo fue como la seda.

—Beth debía de ser una mujer excepcional —dice Nora.

—Sí, era extraordinaria.

—Tú también lo pareces, Daniel.

—¿Ah, sí?

—No te conozco mucho, pero ya se ve que eres un hombre muy tranquilo, que no se altera, calmado.

—Soy un hombre normal.

—¿Qué es ser normal? —pregunta.

—¡Buena pregunta! —exclama Daniel, mientras piensa la respuesta—. En mi caso, que no destaco mucho ni acostumbro a hacer excentricidades... Ahora que lo pienso, soy bastante aburrido.

—¿Ah, sí? —Ahora es ella quien lo pregunta.

Los dos se miran y sonríen. Daniel aparta la mirada para ver la hora en el reloj de pulsera.

—Tengo que preparar el desayuno de los niños. Ya es hora de despertarlos, tienen que ir al colegio.

—Eres normal y responsable. ¿Quieres que te ayude?

—No, Nora, quédate aquí, tranquila. ¡Mira! ¡Los que faltaban!

Los dos pastores alemanes se echan a los pies de Nora.

—Estás de foto —dice Daniel, sonriendo.

Nora también sonríe.

—¿Quieres que te traiga otro café? —pregunta.

—No, todavía tengo —responde Nora alzando la taza.

—Pues voy dentro.

—Tranquilo.

El sol empieza a alzarse, decidido. Hoy hará un día totalmente primaveral, piensa. Quizá suba la temperatura y no sea necesario abrigarse tanto. A su madre le conviene un rato de sol cada día, y a ella también. Las dos son pálidas. En cambio, Sara ha salido al padre, de piel más morena. De pequeñas, después de un día de playa, su madre, María y ella se quemaban a la mínima. Parecían gambas, decía su madre. Su padre y su hermana, nunca. Su piel se iba oscureciendo con el paso de los días hasta que los dos acababan bien bronceados. Cómo recuerda las risas de esos veranos en el mar. Y cómo echa de menos a María.

Su muerte causó una herida muy profunda en sus vidas. Sobre todo en su madre. Aunque, cuando pasó esa desgracia, Ana se tragó el dolor para que sus dos hijas no lo notasen. Recuerda cómo su madre encajó el golpe y cómo les explicó que su hermana mayor no regresaría. Se inventó una preciosa historia sobre el largo y emocionante viaje de María. Cada noche, su madre les contaba un cuento en que ella era la protagonista. En uno visitaba el fondo del mar convertida en una sirena, en otro se transformaba en una mariposa y volaba entre las flores y hacia el cielo, y hacía giros imposibles con sus inexpertas alas de colores y se mareaba. Su hermana mayor podía convertirse en una luciérnaga, en una estrella que parpadeaba como si les guiñara el ojo, en una nube blanca o en las gotitas de lluvia que caían y les hacían cosquillas en la cara. Y Sara y Nora reían y querían saber en qué se convertiría mañana. María se convirtió en un personaje mágico y maravilloso que las acompañaba en sus sueños.

Su madre no quería que sus hijas sufrieran la desgarradora tristeza que sentía. Eran demasiado pequeñas. A veces oían a los padres discutir. Pero cuando Ana, preocupada por si las habían despertado, entraba en la habitación de las niñas, las dos hermanas se hacían las dormidas.

Un año más tarde, la relación de los padres acabó hecha pedazos, si es que no lo estaba mucho antes.

Nora cierra otra vez los ojos. El sol empieza a calentar de verdad, y se quita el chal. Hoy podría ser un buen día para buscar un sitio desde el que trabajar. Pero no, no tiene ningunas ganas.

Todavía no es el momento. Necesita tiempo. Tiempo para curarse. Y esta casa es un refugio donde todos los que la habitan son animales heridos.

21

¿Puedo sentarme aquí un ratito? Sí, ya lo sé. Hace frío, pero no me importa. Me gusta estar aquí. Solo quiero hablar contigo, porque me escuchas. La señora mayor también me escucha y no trata de consolarme como lo hacen los demás. Son muy pesados. Se llama Ana, ¿recuerdas que te lo conté el día que llegó? A veces se queda mirando un árbol o el cielo, como si estuviese dormida, pero con los ojos abiertos. Y yo la despierto dándole unos golpecitos en el brazo. A veces me llama María. Sí, ya lo sé, me llamo Clara. Sí, ella también lo sabe. A mí no me molesta que me llame María. No me pide que hable, que le responda. Ella me cuenta cosas. No sé si se las inventa, pero dan mucha risa. Y a veces son tristes. Porque ella tenía una hija que se llamaba María y se fue a vivir al mar, como una sirena. Yo ya sé que las sirenas no existen. Me lo dijo esa niña del cole que siempre se mete conmigo porque no hablo. Me llama la rara y me da mucha rabia. ¿Sabes qué pasó, mamá? Ayer hice un dibujo de la sirena María. No te lo puedo enseñar porque la profesora lo colgó en el tablero de la clase. Pues la muy idiota..., ay, ¡perdón! Pues la niña mala se burló de mí porque debajo del dibujo escribí que aquella sirena existía y que vivía en el mar con otros peces y que ya sabía que las sirenas no existían, pero esa sí porque me lo había dicho Ana, que la conocía porque era hija suya. Y ella empezó a decirme que era una mentirosa. Pero tú sabes que yo nunca digo mentiras. Y sin querer empezaron a caerme lágrimas, que yo no quería llorar, ¿eh? Y entonces me dijo que parecía un bebé y que a los ocho años ya sabemos que las sirenas, como los dragones, no existen. Y la niña me gritó que los Reyes son los padres y que tampoco existen. Y entonces la profesora se puso muy nerviosa porque dos niños y una niña de la clase se echaron a llorar y uno empezó a chillar y otro a decirle

que era burra. Pero yo no le dije nada. Y la profesora la sacó de la clase y estuvo hablando con ella y volvió con cara de enfadada, porque la profesora le debió de decir que no tenía razón con eso de los Reyes y la niña siempre se piensa que lo sabe todo.

¿Sabes qué más, mamá? Ana y su hija Nora, que lee mucho, están ayudando a papá a pintar y él vuelve a cocinar cosas muy buenas, como antes. Pero sigue triste porque te echa de menos. Y Álex también, ¿eh? Mi hermanito me habla de ti cuando estamos en la cama. Ahora ya no dormimos con papá. Dormimos los dos en la habitación de antes de que tú..., la de antes. ¿Has visto cuántas hormiguitas? Todas en fila llevando comida para guardarla en su cocinita. Me lo explicó Ana. Son muy aplicadas y trabajan en equipo, que quiere decir todas juntas. A veces les llevo miguitas de pan y las cogen rápidamente. El ciruelo morado ya tiene ciruelas, muy pequeñas, pero son muy buenas.

Ah, y Cervan, ¿te acuerdas de Cervan, el que te conté que cuida de Ana? Pues nos ha colgado un columpio del árbol del patio. Ahora tenemos la hamaca que tanto te gusta y el columpio. Papá ha plantado unas plantas verdes muy pequeñas y dice que este verano crecerán mucho y saldrán tomates. Nora y Cervan lo han ayudado a construir una casita con una tela muy gruesa encima para que no entren los pájaros y se coman las plantitas. Cuando salgan los tomates, volveré y te los enseñaré.

Ahora me llaman para comer. Papá ha hecho albóndigas porque sabe que me gustan mucho. A ti también te gustan, ¿verdad? Te dejo con las hormigas, que te harán compañía. Hacedle cosquillas a mamá, que le gusta mucho reír. Quizá vuelva por la tarde cuando termine los deberes.

—¡Clara, papá dice que vamos a comer!

¿Lo ves? Ahora también me llama Álex.

Hasta luego, mamá.

22

—En verano tendré la piel como tú, Cervan —dice Álex.

—¿Tú crees?

—¡Te lo juro! Me pongo muy moreno. Y si doblo así la tripa, se ve un pliegue negro negro. Pero luego el color se va, y yo querría ser moreno siempre. ¿Tú por qué siempre tienes la piel morena?

—Porque mi madre y mi padre la tienen y yo la he heredado —explica Cervan.

—¿Qué quiere decir «heredado»?

—Quiere decir que te pareces a tus padres. Heredar es recibir unas características físicas y también una forma de ser.

—Ahhh... Clara y yo somos gemelos, pero no nos parecemos. Ella es pálida y yo soy moreno, y también es más rubia que yo. En verano se pone roja cuando le toca el sol. Si nacimos el mismo día, ¿por qué somos diferentes? —pregunta el niño, mientras su hermana sigue atenta la conversación al lado de Ana.

—A ver cómo os lo explico —dice Cervan—. Acércate al bol que está encima de la mesa de centro y coge dos ciruelitas moradas. Mirad, si en el vientre de vuestra madre hubieseis estado como estas dos ciruelas, seríais idénticos. Pero vosotros estabais en el vientre de mamá...

—¿Uno en cada mano? —interrumpe Álex.

—Uno en cada bolsa.

—¿Mamá tenía dos bolsas en la barriga? —pregunta el niño.

—Sí, se llaman bolsas amnióticas. Qué nombre más raro, ¿verdad?

—¡Ay, Cervan! ¡En qué lío te has metido! —ríe Ana.

—No, está bien que quiera saber por qué son distintos. Clara, déjame la libreta de dibujo y tu rotulador —le pide a la niña, que

se lo da inmediatamente—. Esto es un espermatozoide del padre que llama a la puerta de un óvulo de mamá y el óvulo lo deja entrar. Y, una vez dentro, se forman dos embriones idénticos, dos ciruelitas iguales iguales. En vuestro caso, dos espermatozoides de papá llamaron a la puerta de dos óvulos y consiguieron entrar al mismo tiempo. Así que crecisteis en el vientre de mamá de forma individual, no en el mismo saco. Por eso sois distintos, aunque hayáis nacido el mismo día.

Álex y Clara miran los dibujos de Cervan.

—¿Me puedo comer una ciruela? —pregunta Álex.

—¿Quieres comerte a ti o a tu hermana? —dice Cervan.

—¡Me como a mí! —dice Álex entre risas.

Clara acerca su manita.

—Y tú te comes la tuya, ¡muy bien!

—¿Qué quiere decir tu nombre? —sigue preguntando Álex.

—Cervantes. Es el nombre de un escritor.

—Qué nombre más raro.

—De hecho, es un apellido. El escritor se llamaba Miguel.

—¿Y por qué no te llamas Miguel?

—Porque a mi madre le gustaba más Cervantes. Ahora que lo dices, nunca se lo pregunté.

—Mis amigos se llaman Marcos, Amadi, que es más moreno que tú, y Lía. Son mis tres mejores amigos. Algún día te los presentaré.

—Cervan viene de muy lejos. Su vida es como un cuento —dice Ana.

—¡Cuéntanos el cuento! ¡Por favor! —le pide Álex.

Y entonces Cervan empieza a hablar de un país muy bonito, donde hay más sol que lluvia, lejos, muy lejos, de donde están ahora. No hay mar, sino un océano enorme, y para llegar Álex y Clara deberían cruzarlo volando o en un gran barco. Les habla de su familia, de su padre, que es arquitecto, y de su madre, maestra; de que ahorraron dinero para que él pudiese ir a la universidad, y de cómo, mientras estudiaba Medicina, fue a manifestaciones con otros amigos suyos para protestar por cosas que pensaban que el gobierno no hacía bien. Y que, justo acabada la carrera, en una

manifestación, la policía lo detuvo, pero, por los pelos, huyó con un amigo. Con poco tiempo para despedirse de sus padres, se fueron de casa, huyendo por carreteras secundarias porque sabían que los perseguían. Y Cervan sigue contando cómo se internaron en la profunda selva, tan profunda que muchas veces no veían la luz del sol de tan altos que eran los árboles y tan espesos, donde los mosquitos se los comían vivos, mientras se alimentaban de lo que podían, frutas, semillas, hierbas, y pasaban hambre. Hasta que, cerca de la selva, llegaron a un pueblecito, se arriesgaron y llamaron a la puerta de una familia que los ayudó. Con la barca de motor del padre de la familia, un buen hombre, cruzaron un río largo y caudaloso hasta que llegaron al país vecino. Su amigo se quedó. Cervan decidió cruzar el océano porque tenía amigos aquí y sabía que lo ayudarían. Y, tras superar otras dificultades, lo consiguió y llegó hasta aquí.

Pero para Álex lo más emocionante no fueron los días que pasaron perdidos en la selva, rodeados de bestias amenazantes y de insectos que los picaban, sino que Cervantes llegara aquí haciéndose pasar por otra persona.

—Como un agente secreto, como Max Ojo de Halcón, que se hace pasar por otras personas e, incluso, ¡se disfraza de animales! —exclama el niño, citando el nombre del protagonista de uno de sus cuentos favoritos.

—¡Exacto! Pero yo no tuve que disfrazarme de animal. Aunque cuando llegamos a la casa de esa buena familia parecíamos más bestias que personas. Íbamos sucios, peludos, harapientos. ¡Tantos días en la selva...!

—¿Lo veis? Ya os advertí yo de que Cervan tenía una vida de cuento de aventuras —dice Ana.

Nora y Daniel también han escuchado la accidentada historia del médico.

—¿Y alguna vez has regresado a tu país? —pregunta ella.

—No.

—Y a tus padres, a la familia, ¿los has vuelto a ver? —inquiere Daniel.

—En persona no. Ellos no se quieren ir. Nos vemos por

FaceTime con el móvil o a través de la pantalla del ordenador. Hablamos mucho.

—Ya sabes que aquí serán bienvenidos —dice Ana—, ¿verdad, Daniel?

—Por supuesto —responde él.

—¡Cuantos más, mejor! —remacha Ana.

23

—¿Aquí estarás bien? —pregunta Daniel.

—Es perfecto —responde Nora.

La mesa, justo frente a la ventana de la sala, ya está llena de carpetas con originales, libros, el ordenador portátil y los bolígrafos BIC. Nora siempre utiliza esos bolígrafos, ni estilográfica ni rotulador. En la sala entra mucha luz, pero el sol no la deslumbra gracias a las glicinias que cuelgan del porche. La vista es muy agradable. En medio del campo, cubierto de verde y de flores silvestres, se alza el tilo centenario, poderoso como un gigante. Todavía no ha florecido porque es un árbol delicado que no soporta el frío. Daniel le ha explicado que florecerá al final de la primavera y que el aroma es muy agradable. De una de las gruesas ramas cuelga una hamaca de colores.

Nora ha tardado en decidirse, pero, finalmente, ha vuelto al trabajo. Está a punto de conectar con Toni para tener su primera reunión con él desde que se fue. Su madre duerme, los niños están en la escuela, Cervan ha ido al pueblo a comprar y Daniel está en la cocina preparando café.

—Hola, Toni.

—¿Cómo va todo?

—Bastante bien. ¿Y por la editorial?

—Tranquila, todo controlado. Pero deberías llamar a Miguel. Ya ha terminado la portada para la novela de Carmen y quiere que le eches un vistazo.

—Ningún problema. Ahora lo llamo. ¿A ti qué te ha parecido? —pregunta Nora.

—No la he visto todavía. Vamos un poco de cabeza.

—Toni, si estáis muy agobiados, cojo el coche y bajo.

—No hace falta, de verdad. Pero, como pasa siempre, vamos

tarde con algún libro, Judit se ha puesto enferma...

—¡Ostras! ¿Qué tiene? —pregunta Nora.

—Está en la cama con gripe —explica Toni—. Con este tiempo tan loco, ahora frío, ahora calor, ¡los virus van que vuelan!

—¿De verdad no quieres que baje? Dos horas y me planto en la oficina.

—Hazme caso. Cuando vuelvas te quiero con toda la energía que tenías antes. Debes cuidar de tu madre y debes cuidarte tú —le dice su colega.

—¿Alguna otra cosa urgente que pueda hacer, además de leer libros?

—Llama a Miguel y que te pase la cubierta. Y ya me dirás qué te parece.

—De acuerdo, Toni.

—Muy bonita esa sala.

—Sí, ¿verdad? Pues porque no ves el paisaje que tengo enfrente. Aquí se está muy bien. ¿Vas a venir?

—¡Claro! Cuando no se me coma el trabajo. ¿Cómo está tu madre, Nora?

—Tirando. Pero la demencia sigue su curso. Es muy dura esta enfermedad. ¡Ella tenía una memoria prodigiosa!

—¿Un café? —pregunta Daniel, entrando en la sala.

—¡Ven! Te presentaré a mi socio. Toni, Daniel, Daniel, Toni.

Daniel se acerca a la pantalla del ordenador y saluda con una mano mientras con la otra deja una taza de café para Nora.

—Gracias —dice ella.

—¿Te molesta mucho? —pregunta Toni riendo.

—Nosotros la molestamos a ella. Mi hijo Álex es como el demonio de Tasmania de los dibujos animados. Aparece como un huracán.

Los tres se ríen.

—Es un niño risueño y encantador —dice Nora.

—Menuda suerte tenemos con Cervan y con tu madre. Los niños están felices con ellos —añade Daniel—. Y así me dejan trabajar un rato cuando vuelven del colegio.

—Le he dicho que tiene que subir y conoceros y pasar unos

días en la casa de Antón —dice Nora.

—Querrás decir tu casa —afirma él.

—No, es la casa de Antón y, en todo caso, de mi madre. Pero, sin duda, es tu casa mientras os queráis quedar.

—Nora...

—Ya lo hemos hablado.

—¡Eh, chicos! Estoy aquí —dice Toni.

—Ay, perdona.

—Eres bienvenido. Ya ves que la casa de Antón es la casa de todos. Ven cuando quieras, Toni.

—Me lo apunto. Os avisaré antes —dice el editor—. Recuerda llamar a...

—A Miguel, sí. Lo hago ahora mismo. Adiós, Toni.

—Adiós, Nora.

Nora baja la pantalla del ordenador.

—¿No tendrás una pegatina?

—¿Una pegatina? —pregunta Daniel—. ¿De esas redonditas de los niños?

—Sí, de cualquier color. Solo una.

—Sí, claro, ahora te la busco. ¿Puedo preguntar para qué la quieres? —inquiere intrigado.

—Se ha caído la tapita que cubría el objetivo de la cámara del portátil. Siempre pongo una. Nunca se sabe quién puede verte. Manías que tengo de hace tiempo, ¿qué le vamos a hacer? —responde Nora.

Él sale riendo hacia la habitación de sus hijos, y ella, después de tomar un sorbo de café, marca el número del móvil de Miguel. A media conversación, ya con la pegatina en su sitio y mientras espera que se descargue la portada, oye cómo Cervan entra silbando. Va cargado con dos bolsas llenas. Le sonríe a Nora, le hace un gesto de no querer molestarla y entra en la cocina.

A ella la invade una sensación de placidez y calma, de encajar en ese lugar, con esa gente, con su trabajo. Querría que el tiempo se detuviese. Y la enfermedad de su madre también.

24

Al mediodía, Nora ha llamado a Alicia. Le ha pedido si puede pasar por su casa: necesita dos carpetas que se dejó sobre la mesa del despacho. Como Alicia se quedó las llaves del piso, le ha dicho que iría a buscarlas esta misma noche y que mañana subiría a verla. Últimamente visita el caserón prácticamente cada fin de semana. Sobre todo, para ver a Cervan. Ese hombre le gusta. Lo supo desde el primer día que lo vio en la residencia. Pero, a medida que se han ido conociendo, la atracción ha sido mutua.

A Nora le hace gracia que se vean a escondidas de su madre. ¡Como si ella no lo supiera! ¡Es más lista que el hambre! Pero el médico intenta controlarse. Él está ahí para cuidar de la anciana, no para ligar. No es momento de tirarle los trastos a nadie. Le parece poco serio, poco profesional. Nora le ha dicho que se deje de tonterías y que disfrute de la vida. Aunque hay algo que inquieta a su amiga. Ella es mayor que él, y esto la hace sentir incómoda. Por primera vez en mucho tiempo, Nora se ha reído a carcajadas al conocer su angustia. Y le dice que los dos ya son mayorcitos para dejarse ir y hacer lo que les dé la gana. ¡Y que no piensen en tonterías!

Alicia mete la llave en la cerradura del piso de Nora. Se sorprende cuando ve la luz del recibidor encendida. Un escalofrío le recorre todo el cuerpo. ¿Quizá han entrado ladrones? Haciendo de tripas corazón, entra decidida.

—¿Hola?

Todo está en silencio.

—¿Hola?

Nadie responde. No las tiene todas consigo, pero enciende la luz del pasillo y camina con paso firme hacia el despacho de Nora. El corazón le va a mil. Intenta tranquilizarse pensando que quizá se

dejó la luz encendida la última vez que fue. No, no, imposible. Hace meses desde la última vez.

—¿Quién anda ahí?

Es una voz de hombre quien pregunta. Alicia se gira hacia el otro lado del piso y, al fondo, ve una silueta plantada en la sala.

—¿Nora?

—No, soy Alicia.

—¿Qué haces aquí?

Ella se acerca hacia él desconcertada.

—¿Qué haces tú aquí?

—Es mi casa, yo vivo aquí —responde con tono autoritario.

Mientras Alicia se va acercando a la sala de estar, intenta entender por qué ha vuelto el ex de su amiga.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunta él, que se ha sentado de nuevo en el sofá y se sirve un poco más de whisky—. Ya sabes dónde están los vasos.

Alicia se lo queda mirando desde la puerta de la sala.

—Perdona que insista, pero ¿qué haces tú aquí?

—Estoy en mi casa. ¿Qué quieres que haga?

—A ver, hace unos cuantos meses que te fuiste. Yo misma estaba contigo el día que te llevaste todas tus cosas. ¿Por qué has vuelto? Tú ya no vives aquí —dice Alicia.

—¡Uy, uy, uy! ¡Tranquilita! —replica él riendo, desafiante.

Ella decide sentarse en el sofá, frente a él.

—Me lo explicas, ¿por favor?

—No tengo que explicarte nada, Alicia.

—Hombre, sí. Este ya no es tu piso. Te fuiste con tu nueva pareja. Nora y tú lleváis meses separados.

—Que yo sepa, todavía no hemos firmado el divorcio.

—Cosa que deberías haber hecho. Nora ya tiene los papeles preparados. ¡Pero no me importa en absoluto! Aunque no los hayas firmado, tú ya no vives aquí. ¿O has tenido la cara de mudarte aquí con tu novia?

—Vaya, ¿quizá eres la abogada de Nora?

—Soy su amiga. Tú, en cambio, ya no eres nada para ella —dice Alicia.

—Estás muy tensa, nena.

—¿Nena? ¡Va, hombre, va! ¿Con este tonito condescendiente me quieres impresionar?

—Relájate, mujer. ¿De verdad no quieres tomar nada?

—Lo que quiero es que me digas qué ha pasado. ¡Ah, espera! ¡La jovencita te ha plantado! ¡Te ha dejado!

Él no responde. Intenta mantener una sonrisa forzada mientras enciende un cigarrillo.

—Mira, sí que voy a tomarme algo.

Alicia se levanta, camina hasta la vitrina de la sala y coge un vaso. Con mucha serenidad, se sienta de nuevo, coge la botella que está sobre la mesita y se sirve un poco.

—¿Y qué, y qué? —pregunta ella.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Ansío escucharte —dice Alicia irónica.

—Ha pasado lo que tenía que pasar.

—¿Sí? ¿Y qué tenía que pasar, qué ha ocurrido para que hayas regresado con la cola entre las piernas? —insiste ella.

Enseguida se da cuenta de que él está intentando encontrar la manera de que el relato sea creíble.

—Bueno, pues que era... Cómo te lo diría... Era...

—¿Demasiado lista? ¿Se dio cuenta enseguida de que eres un hombre amargado, malhumorado y arrogante? ¿Notó que la cosa no funcionaba porque eres dominante y la ahogaste desde el principio? ¿Descubrió que querías que estuviera solo pendiente de ti y que no te gustaban sus amigos?

—¡No te pases, Alicia!

—No me paso nada en absoluto. Sé lo que le hiciste a Nora.

—¡Yo no le he hecho nada! —dice indignado.

—Mira, no sé cómo Nora aguantó tanto tiempo. ¡Bueno, sí que lo sé! La fuiste anulando poco a poco, muy sutilmente al inicio de la relación. Lo hiciste de forma imperceptible pero imparable, y yo no me di cuenta. Ese fue mi error.

—Pero ¿tú te estás oyendo, Alicia? ¿De qué vas? ¡No pienso permitir que me insultes en mi propia casa!

—No te equivoques —lo desafía Alicia, recalcando cada sílaba

—. No es tu casa. Te fuiste para no volver.

—¿Quién lo dice?

—¡Tú! Lo dijiste tú. La relación no ha funcionado. Ahora no vale dar marcha atrás porque Nora tiene otra vida, lejos de aquí, lejos de tus agresiones constantes.

Él se incorpora amenazador.

—No te atrevas a llamarme...

Alicia lo interrumpe.

—¿Maltratador? ¿Agresor? Sí, sí que me atrevo.

—¡Nunca, me oyes, nunca le he puesto una mano encima! —grita.

—No te alteres, no me alces la voz. ¡No te lo permito! —dice Alicia firmemente.

Él intenta reconducir la situación porque sabe que está perdiendo los papeles.

—Perdona, perdona. Pero no puedes decirme eso, ¿lo entiendes? Nunca he maltratado a Nora. Y si te lo ha dicho ella, ¡miente!

—Ella no me lo ha dicho. He sido yo quien le ha dicho que lo eres.

—¿Estás loca o qué? ¡No te metas en nuestra relación! —exige él.

—Estás tan equivocado... ¡Ya no hay ninguna relación! ¿Qué es lo que no entiendes? ¡Se acabó! ¡Nora y tú os separasteis hace meses! Ella se está recuperando, y tú deberías irte de aquí y rehacer tu vida como puedas. Y, aunque no me gusta dar consejos, deberías analizarte un poco. Porque si no eres capaz de ver cómo trataste a Nora durante años, ¡es que estás ciego! —dice Alicia.

Él calla. Bebe un trago de whisky y enciende otro cigarrillo. Nervioso, le da una profunda calada.

—¿Dónde está Nora?

—Lejos de aquí —responde Alicia.

—Lejos de aquí, pero ¿dónde?

—No te lo pienso decir.

—¿Por qué?

—Porque no quiere verte —concluye ella.

—Te lo ha dicho así, ¿que no quiere verme nunca más?

—Sí. En estos momentos necesita estar sola.

—¿Vive sola? —sigue preguntando.

—No te explicaré nada. No insistas.

—Quiero hablar con ella, Alicia.

—Olvídate, de verdad.

—No, no puedo. La quiero ver. Tenemos que hablar.

—No, lo que tienes que hacer es firmar los papeles del divorcio y, si tienes que hablar, hazlo con Marta, su abogada. Ya la conoces —dice Alicia.

—¡Muy bien! Si así es como lo quieres...

—Yo no quiero nada. Lo que quiero es que entiendas que tienes que irte de este piso y que deberías...

—Sí, sí, debería rehacer mi vida, o hacerme revisar o toda esta mierda de discurso que me has metido. Ya me ha quedado claro, ¡no vuelvas a empezar!

Ninguno de los dos se mueve. Alicia lo mira, él no. Apaga el cigarrillo y se acaba de un trago lo que queda en el vaso.

—Me voy —dice él.

—Bien.

—¿Tú te quedas aquí?

—Sí.

—¿Esperas a alguien?

—No.

—Sabes que voy a encontrarla, ¿verdad?

—¿Es una amenaza? —pregunta Alicia.

—Necesito hablar con ella.

—Déjala tranquila. Ya basta, de verdad, ya basta.

Él hace el gesto de irse, pero Alicia lo detiene.

—¡Las llaves!

—¿Cómo? —pregunta él.

—Las llaves del piso. Dámelas.

Alicia se levanta del sofá y extiende la mano hacia el hombre. Él, iracundo, revuelve el bolsillo de los pantalones, saca las llaves y las tira al suelo. Sin despedirse, va hacia la entrada y cierra la puerta con un golpe seco.

Rehaciéndose del desagradable encuentro y todavía intentando digerir lo que acaba de pasar, Alicia camina decidida hacia la habitación de Nora. No, ese hombre no ha dormido ahí, está tal como Nora la dejó. Abre los armarios. Ni rastro de él. Corre a la habitación de al lado. Cama tendida, armario y cajones vacíos. Entra en los dos baños, el de cortesía de la entrada y el lavabo que la pareja compartía. Solo están las cosas de su amiga. Nada que indique que él se ha instalado en el piso. ¿Qué hacía hoy aquí? Entonces, como de costumbre cuando intenta resolver un problema, Alicia empieza a hablar en voz alta.

—A ver, Alicia. Cuando hizo la mudanza te devolvió las llaves. El muy tramposo tenía una copia. O sea, que tenía claro que quizá necesitaría volver. Pero ¿volver si la nueva relación no funcionaba? ¿O volver para sorprender a Nora?

Va a la cocina y bebe un vaso de agua. A Alicia nunca le ha gustado el whisky, le produce acidez, quiere quitarse el mal sabor de boca. Y piensa que lo primero que tiene que hacer con urgencia es cambiar la cerradura de la puerta. Así él no podrá entrar nunca más por muchas copias que tenga.

—Si no vive aquí, ¿es capaz de haber venido cada día para ver si coincidía con Nora? A mí no me esperaba, claro. Yo me he llevado un buen susto, pero él también. ¡Y qué mala hostia que tiene! Sobre todo, cuando se ha visto acorralado. Acerté a la primera. Está solo. No tiene a nadie a quien disparar su mala leche. Y me alegro mucho por la chica. Lo ha plantado solo empezar. Seguro que no ha tardado nada en darse cuenta del tipo de hombre que es y le ha faltado tiempo para salir por piernas. Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo tiene la cara de volver aquí? ¿Qué pretendía, que Nora lo recibiese con los brazos abiertos? Ay, Nora, Nora... Todavía no te lo voy a contar. Quizá más adelante. ¡Ah! ¡Los documentos!

Alicia va al despacho. Sobre el escritorio, las dos carpetas que su amiga le ha pedido. En una pone «Mamá». Se sienta y la abre. Dentro encuentra unos apuntes manuscritos. Son unas pocas páginas escritas con la pulcra letra de Nora. Alicia duda. Quizá no debería..., pero le vence la curiosidad. Y empieza a leer.

Se da cuenta de que no se trata de un cuento, o de un ensayo, ni del inicio de una novela. No es ninguna ficción. Son apuntes de cosas que su amiga quiere conocer sobre su madre. Y por lo que ve hay muchas incógnitas sobre la vida de la anciana. Cada punto está subrayado.

> Antón existe. Nunca nos habló de él. Fue su gran amor. Quizá el primer amor. Un amor adolescente, pasional, descabellado, intenso. ¿Llegaron a mantener relaciones sexuales? ¿Fue un amor casto, besos, roces, pero no sexo? Mamá no era una niña pequeña, tenía diecisiete o dieciocho años. Antes las mujeres se casaban a los veinte o quizá un poco más, no mucho más. Entonces, ¿qué pasaba con Antón? ¿Les parecía inadecuado para Ana? ¿Quizá porque lo consideraban un pueblerino sin clase? No sabía que los abuelos fueran tan tiquismiquis, teniendo en cuenta que ellos no eran ricos. ¿O quizá ya le habían buscado un chico de buena familia con la que querían emparentarse para subir de nivel? ¡Pobres pequeñoburgueses!
>
> Papá. Un buen partido, sin duda. Del gusto de los abuelos. Familia de empresarios con dinero. Buena planta, de formación militar, serio. Totalmente opuesto a la soñadora de mamá. En cuanto se casaron, le cortó las alas. Nada de seguir estudiando. En casa y a dedicarse al hogar, a él y a darle una buena descendencia. Desafortunadamente, fuimos todas niñas. Estaba claro que quería un heredero, un chico que fuera su orgullo, el futuro jefe de la familia. Mamá, después de mi nacimiento, tuvo dos abortos naturales seguidos. El médico recomendó que esperasen un tiempo prudencial para que se recuperase. Papá empezó a culparla de no darle un hijo. Y, de rebote, también nos tocó a nosotras. Nunca fue un hombre afectuoso, pero a partir de entonces se volvió frío y distante. Parecía que detestara nuestra presencia, éramos un estorbo.

—¡Pobres criaturas! Pobre Ana —dice en voz alta Alicia—. Suerte que no era Enrique VIII; si no, le habría cortado la cabeza, literalmente.

Con los papeles en la mano, Alicia va a la cocina y se sirve más agua. De vuelta al despacho, sigue leyendo.

> Mientras la relación de mamá con las hijas se hacía más fuerte, indestructible, él se alejaba cada vez más. A veces pasaba días enteros fuera de casa. ¿Iba a casa de sus padres, de un amigo,

de una amante? Cuando volvía, lo hacía a pesar suyo. Todas lo notábamos. Por eso mamá jugaba a saber cómo llegaría hoy papá, si llegaba, para quitarle hierro a la situación. ¿Papá maltrataba a mamá? Seguro que sí. Como mi marido lo hizo conmigo.

¿Me enamoré de una copia de papá?

Alicia siente un escalofrío solo de pensarlo.

—¡Ay, Nora! ¡No, por favor, no lo pienses! —exclama en voz alta.

Probablemente. Como referente masculino está claro que fue nefasto. De la muerte de María también culpó a mamá. ¿Por eso discutían tanto? Siempre tan autoritario, siempre mandando, siempre ejerciendo el derecho de tener la última palabra. Nunca admitía sus errores. Tenía la habilidad de darle la vuelta a todo y hacer que su mujer fuese la responsable de cualquiera de sus fallos.

Sara, que hizo de hermana mayor en ausencia de María, ¿cuándo descubrió que le gustaban las mujeres? ¿Se lo dijo a mamá? De adolescentes solo lo hablábamos ella y yo. Confió en mí desde el principio. Debía de estar confusa y desconcertada cuando sintió que se enamoraba de una compañera de clase, y tenía que explicárselo a alguien. Y siempre hemos estado muy unidas. Nunca había sentido ninguna atracción por un chico. A mí me parecía extraño. Conocía a un montón de chicos que le iban detrás, Sara siempre ha estado de muy buen ver. Esos ojos de un azul brillante, con las pestañas tan largas y la mirada tan intensa, enamoraban a cualquiera. Recuerdo el drama que se montó en casa cuando apareció con el pelo corto. Mientras mamá la felicitaba y le decía que le quedaba muy moderno ese corte, a lo *garçon*, decía, papá le pegó la gran bronca porque parecía una marimacho, y que qué pensarían los abuelos y sus amigos cuando la vieran así. Era tan absurda la situación... Sara estaba tan bonita con su corte de pelo... Nunca se lo volvió a dejar crecer más allá de los hombros. Como mucho, tapándole la nuca. Estilo Bob, decía mamá, después de haberlo dejado crecer un poco. Ella sabía que Sara se iría pronto de casa.

Conoció a Samantha, Sam, un verano que se fue a Londres con unas amigas. Tardó muy poco en encontrar trabajo e irse con su amor. No hay ni que decir que mamá siempre la apoyó. Mi hermana no quería volver a encontrarse nunca más con papá, aunque se hubiese divorciado de mamá y no viviera con nosotras.

Alicia ve subrayado el nombre del ex de Nora y decide parar aquí. Coge las dos carpetas y las mete dentro de la bolsa. Claramente, su amiga está ordenando el pasado antes de poder entender el ahora. Está cogiendo pedazo a pedazo la madera de su naufragio para intentar reparar el barco, ahora escorado, de su vida.

25

La gente de ciudad camina como caballos con herraduras. Nunca tienen contacto directo con el suelo que pisan. Les es completamente igual porque saben que, sean baldosas, adoquines, mosaico o parquet, todo es plano, sucio y duro. A menudo parecen autómatas, embobados o con prisa, y cuando tropiezan es a causa de un bulto en el asfalto o de una loseta dañada por el agotamiento de vivir a la intemperie.

Cervan le ha pedido a Nora que se descalce y pasee con él por el campo, alrededor de la casa. Su madre duerme y la mañana es soleada. Uno al lado del otro, intentan identificar cada flor, cada arbusto, cada árbol. Los árboles de Antón. Él también conoce el cuento de Ana. Han sido muchas noches de confidencias mientras la cuidaba. El declive parece imparable. La pérdida de memoria se hace evidente cada día que pasa.

Nora siente una especie de energía telúrica bajo sus pies, que poco a poco van amoldándose a la hierba, a la tierra húmeda, a los guijarros. No acostumbra a descalzarse si no es en la playa, sobre la fina arena. En la playa de Colliure tuvo suerte de llevar albarcas que le protegieron las plantas de los pies de las piedras.

Él le explica que le gusta ir descalzo, también por casa.

El sauce mueve su verde cabellera al ritmo de la brisa. Muy cerca hay cuatro tejos que viven a la sombra de los robles. Más allá, reconocen unos laureles, unas higueras y un abeto azulado.

—Esto es...

—¡Una secuoya! —exclama Cervan.

—¿Cómo puede ser? —pregunta Nora.

—¡Qué locura! ¡Encontrar este árbol aquí!

—Pues va creciendo. ¿Cuánto hará? ¿Tres metros? —calcula ella.

—Cómo mínimo.

—Este árbol, si no enferma, será un gigante.

—Tu madre me contó que, de joven, Antón había viajado mucho y siempre volvía con un plantón de una especie del lugar que había visitado —dice Cervan.

—Por eso hay tantos y tan exóticos. Como aquel de flores rojas.

—Es un flamboyán. Es extraño que haya resistido las bajas temperaturas invernales. Vive en el trópico, pero parece que se ha amoldado a esta tierra. Este bosque hecho a medida parece un catálogo de botánica.

—Me hubiera gustado conocer a Antón —dice Nora.

—O quizá no.

Daniel se acerca.

—¿Por qué lo dices? —pregunta ella.

—Isabel nos explicó que Antón era un hombre solitario y huraño.

—Nada que ver con lo que decía tu madre —replica Cervan.

—De joven debía de ser distinto —dice Daniel—. ¿Cómo es que no sabíais nada de ese hombre?

—Parece que mamá vivió una historia intensa con él cuando los dos eran jóvenes. Pero, para nosotras, él solo se trataba de un personaje de un cuento. Hasta que descubrí que era real —explica Nora.

—Cuando dices historia, ¿quieres decir que eran pareja? —pregunta Daniel.

—Quiero decir que estaban enamorados. Por lo que he sabido, ella era jovencita y él más mayor, y vivieron una historia de amor. Se querían casar, a escondidas. Pero mis abuelos se enteraron y cortaron la relación de raíz. Mamá le escribió cartas y más cartas. Nunca recibió respuesta.

—Oye, Nora, ¿sabes que Isabel nos dio dos cajas con cosas de Antón por si queríamos echarles un vistazo? —dice Daniel.

—¿Y qué encontrasteis?

—Decidimos no abrirlas. No nos pertenecían y nos supo mal hurgar en los recuerdos de un hombre al que no conocíamos de

nada.

—¿Dónde están? —pregunta ella.

—¡Venid!

Cervan y Nora siguen a Daniel, y entran en la casa por la puerta de atrás, donde estaba el taller de Antón, ahora reconvertido en un garaje. Conservan las herramientas para fabricar horcas, colgadas en la pared, una mesa de trabajo y un viejo armario. Daniel lo abre. Dentro hay un montón de utensilios y las cajas.

—Son tuyas —le dice a Nora.

—Llevémoslas a la sala y las abrimos —dice decidida.

—Tú mandas.

Con cuidado, como si fueran a abrir un tesoro, Nora y Cervan las abren. Daniel los observa con curiosidad.

Van despacio porque están dañadas por la humedad. Nora deja en el suelo, con gesto de asco, una tapa de cartón llena de moho. De la caja van sacando objetos diversos y los ponen sobre la mesa.

—¡Ay! ¡No puedo, no puedo! ¡Está llena de tijeretas! —exclama Nora.

—¿Te han picado? —pregunta Cervan.

—No. ¡Pero me dan mucho asco!

—Deja, ya sigo yo, aunque tampoco me hacen mucha gracia. ¡Madre mía! ¡Hay muchísimas! —dice Daniel.

—¿Y si salimos? —propone Nora.

—Bien pensado —dice Cervan.

Apilan las cajas en la mesa que hay bajo el tilo.

—¡Aquí, aquí! ¡Las he encontrado!

Cervan saca dos fajos de cartas atadas con un cordón de cáñamo. Las sacude y les da golpes para espantar a los insectos.

—¿Por dónde empezamos, Nora?

Ella se lo mira todo con calma y un punto de excitación. Las cartas de Antón fueron devueltas al emisor. Las de su madre están abiertas.

—Deberíamos ordenarlas por fecha, ¿no? —propone Daniel.

—Pero mamá nunca pudo leer las cartas de Antón.

—Ahora lo hará. Las ordenamos y se las leeremos. Si ella quiere, claro —dice Cervan.

—Me da miedo que sufra, que se le remuevan demasiadas cosas.

—Ahora o nunca. Llegará el momento en que tu madre no será capaz de entender nada.

—Tienes razón, Cervan. ¡Hagámoslo!

26

Clara y Álex hace rato que duermen. Los tres adultos de la casa entran en la habitación de Ana, que, como siempre a esas horas de la noche, está despierta y sigue atentamente una serie policíaca.

—¿Ya estáis aquí?

—Sí, mamá. Te traemos las cartas.

—Sentaos, sentaos. No veo demasiado bien para leer.

Nora sabe que es mentira. Si alguna cosa no ha perdido su madre es la vista. Empieza a estar dura de oído, pero la vista la tiene mejor que ella. Sabe que es más lista que el hambre y quiere mantener cierta distancia para no emocionarse.

—Las leo yo, si quieres.

—Claro que quiero, hija. Quizá no entiendas mi letra o la de Antón.

—Haré lo que pueda, mamá.

Los dos hombres escuchan en un silencio respetuoso, pendientes de las cartas y de la reacción de Ana. Nora saca la primera del sobre.

> Querido Antón:
>
> Te mando estas letras a escondidas de mis padres para decirte que te echo mucho de menos. No puedo entender qué daño puede hacer que nos amemos. Me tratan como a una niña pequeña, y no lo soy. Bien lo sabes tú. Soy una mujer, tu mujer, y tú mi hombre, aunque me gusta que me digas que no somos de nadie. Pues yo debo ser de mis padres porque me tienen encerrada en casa y solo salgo para ir a estudiar. Es gracias a los estudios que puedo mandarte esta carta. Tía Rosario...

—¡Ay, tía Rosario! —interrumpe Ana.

... ha hecho como que no me veía cuando la he tirado al buzón. Ahora tiene que acompañarme a todas partes. Espero que no te sepa mal que la haya convertido en la confidente de nuestro amor.

Ana asiente con la cabeza y se tapa la boca con la mano. Nora sigue.

Ella que nunca se ha casado, que se ha quedado solterona, me entiende más que nadie. En cambio, mamá tiene miedo de que me escape al pueblo, y ganas no me faltan. Te envío esta fotografía para que no me olvides. Guárdala cerca de tu corazón.

Siempre tuya, aunque no lo quieras,

ANA

Guarda la carta y coge otra. Nadie dice nada.

Estimada Ana:

No quiero que sufras.

—Sí que sufrí, Antón, sí que sufrí —dice la anciana.

Llevo tu imagen muy cerca de mí. Aunque no me hace falta. Recuerdo cada parte de tu rostro y de tu cuerpo. Pienso en ti en todos los momentos del día. Te tengo muy presente dentro de mí. Suerte que vivo solo o me tomarían por loco cuando les hablo a los árboles y les cuento lo que siento por ti. No soy hombre de letras, pero te escribiré cada día. Hasta que se hiele la tierra. Te quiere,

ANTÓN

Nora continúa.

Querido Antón:

Alma mía. Te escribí una carta, más temo que se haya extraviado. En ella te decía que te amo por encima de todas las cosas. Cuando pueda te mandaré otra foto. Te siento muy presente y hablo contigo cuando no me oyen. Te pregunto qué haces, dónde estás, si piensas en mí. A veces oigo tu voz, la voz que tanto quiero, que me responde. Quizá me esté volviendo loca. Quiero abrazarte y no puedo. Te echo de menos.

Con amor,

ANA

—Te echo de menos...

—¿Estás bien, mamá?

—¿Quieres algo, Ana? —pregunta Cervan.

—Un poco de agua —responde ella.

Cervan llena un vaso que tiene en la mesilla de noche y se lo acerca. Da dos sorbos y con mano vacilante lo vuelve a dejar donde estaba.

Mi querida Ana:

Tu carta no se ha perdido. La guardo como un tesoro. Y tu rostro es lo primero que veo cuando me despierto. De noche, te beso antes de ir a dormir. Me gustará que me mandes otra fotografía. Espero que recibas estas letras como señal de mi amor más profundo. Te pienso en todo momento. Te amo y te amaré...

—... hasta que se hiele la tierra —dicen madre e hija.

—Hasta que la tierra se hiele —repite Ana.

Nora coge otra carta. Empiezan a descabalgarse las fechas porque Antón, fiel a su promesa, le escribe cada día. En unas explica cómo le ha ido la jornada, en otras un poco de cotilleo social, que si ese se ha muerto, que si el hijo de aquella se ha ido del pueblo, que si han abierto una nueva taberna, que si los

Tomasones se han peleado con los de la Engracia... Pero en todas sigue declarándole su amor incondicional. Sin embargo, hay una que no va dirigida a Ana, sino al padre de esta, el abuelo de Nora. Y también fue devuelta al remitente, sin abrir.

Apreciado señor Molins:

Le agradecería de corazón que le hiciera llegar mis cartas a su hija. A Ana no quiero hacerle ningún mal, al contrario. Se lo diré sinceramente, aunque sospecho que usted ya lo sabe: amo a su hija. Sé que soy mayor que ella, pero mi amor es correspondido. Me siento desvalido sin Ana. Y ella, aunque solo tiene diecisiete años, es una mujer con cabeza y con las cosas muy claras. ¿Sabe que quiere ser artista? Ana pinta muy bien. Puedo enseñarle sus acuarelas cuando usted quiera. Le imploro que no ponga impedimentos y que nos deje ser felices. Si usted lo considera, puedo esperar todo el tiempo que crea conveniente para volver a ver a su hija. Le pido permiso para cortejarla con todo el respeto, acompañados de una o dos carabinas si lo considera necesario. Pero déjeme visitarla. Bajaré a la ciudad cuando usted me lo diga y le presentaré oportunamente mis respetos a usted y a su esposa.

No soy un hombre rico, ni noble, solo soy un campesino. Pero he viajado mucho por estos mundos de Dios y tengo cultura. Hablo otros idiomas y sé hacer otros oficios. He navegado por muchos océanos. Pero ahora ya me he establecido para siempre. Nunca me llevaría a su hija lejos de aquí. Tengo dinero y tierras. Podría mantener a su hija y darle una vida acomodada. Y, por supuesto, la trataría siempre con todo el respeto que merece.

Lamento mucho no haberle consultado y haber querido casarme con Ana a escondidas. Si hay un culpable en esta acción premeditada y disparatada soy yo. No culpe ni castigue a su hija. Ella no tuvo nada que ver.

—Es mentira —la interrumpe Ana, con un hilo de voz—. Es mentira. Fui yo la que quiso casarse enseguida porque sabía que

mis padres me lo prohibirían. Él me pidió que esperásemos. Antón deseaba hacer las cosas a la antigua, quería pedir mi mano a mis padres.

—Mamá, ¿estás bien? —pregunta Nora.

—Ana, si quieres, paramos aquí y seguimos mañana —propone Cervan.

La anciana está emocionada, hace muchos años que esperaba escuchar la voz de Antón, y les pide que sigan leyendo.

> Quizá usted cree que no soy merecedor de tal fortuna. Sé que su hija es un tesoro muy preciado para usted y para su esposa, más que nada en el mundo. Para mí también. Créame si le digo que voy a hacerla muy feliz cada día de mi vida.
>
> Con todo el respeto y devoción para usted y su familia, reciba un saludo muy afectuoso.
>
> ANTÓN

Nora acaba de leer la carta y su madre le hace un gesto con la mano para que se la dé. La relee y la besa con lágrimas en los ojos.

—Pensaba que me había olvidado. Antón, mi Antón. ¿Por qué no me escapé?

Y llora. Nora se acerca y la abraza. Ahora es Daniel quien sugiere acabar aquí la lectura.

—¡No! ¡Lo quiero saber todo! Necesito saber qué me decía. Quiero llegar hasta el final —exclama Ana.

Los tres se miran. Cervan no las tiene todas consigo. La anciana está alterada y el médico cree que quizá continuar no es lo más adecuado.

Pero Ana se muestra tan decidida que, finalmente, Nora, sentada en la cama, al lado de su madre, sigue leyendo.

A medida que el fajo de cartas de Ana va menguando, el contenido es cada vez más triste y sombrío. Pero ahora ella lo sabe. Siempre había pensado, al no recibir ninguna respuesta, que su amado no la quiso tanto como ella a él, y eso la hacía dudar de toda esa intensa historia de amor que habían vivido: ¿era él quien

no quería mantener ningún contacto, o le escondían la correspondencia? Sus padres la habían traicionado, la habían engañado. Se cansó de preguntar si había llegado alguna carta para ella. Y siempre le dijeron que no.

En una de las cartas le contaba que, bajo el viejo tilo donde se amaron ese verano por primera vez, había plantado hortensias de un azul intenso, sus preferidas.

—Basta, por favor, basta —dice Ana.

—¿No quieres que continúe? —pregunta Nora.

—Estoy cansada.

—Mañana seguimos, si quieres —dice Cervan—. Es hora de dormir.

—No, no os llevéis las cartas. Dejádmelas aquí, encima de la mesita —ruega Ana.

—Claro, mamá.

Los tres se van de la habitación. Y Ana coge otra carta y sigue leyendo.

27

Alicia no se ve capaz de explicarle a Nora el violento e incómodo encuentro con su exesposo. Sabe que en estos momentos su amiga está mejor y se va recuperando poco a poco de las heridas que le ha dejado la asfixiante relación con ese hombre nefasto. Pero tiene que hacerlo. La horroriza imaginar que él pueda acabar sabiendo dónde está la finca y se presente por sorpresa.

Hace rato que está pensando en llamarla cuando, de repente, suena el móvil. Ve que es Nora.

—¡Hola! —dice, intentando que su voz suene muy animada—. ¿Cómo anda todo por ahí?

—¡Ay, Alicia! ¡Tengo que contarte tantas cosas! Encontramos las cartas que mamá le envió a Antón cuando era una joven enamorada y las que él le mandó a mi madre y le fueron devueltas, sin abrir. Estaban dentro de una caja que Beth y Daniel guardaban en un armario. Ayer se las leímos, y fue emocionante y al mismo tiempo un golpe muy duro para ella. ¡Ali, no sabes cuánto se querían! Pero mejor te lo explico cuando nos veamos. ¿Vas a subir?

—Pronto, muy pronto. Pero antes debo decirte algo.

Alicia calla. Duda si es mejor contárselo cuando esté allá, cara a cara.

—¿Qué, Ali? No me asustes. ¿Estás bien?

—¿Yo? Sí, muy bien.

—¿Encontraste los documentos que te pedí?

—Sí, sí, los documentos estaban, como me dijiste, en tu despacho. Ya los tengo. Pero en el piso...

—¿Qué le pasa al piso? ¿Han entrado a robar? —pregunta asustada Nora.

—No, no. Nada de eso. El piso está bien, tal como lo dejaste. Es que cuando entré...

—¡Ali, dilo de una vez!

—Él estaba dentro —dice Alicia.

—¿¿Él??

—Estaba en la sala, fumando y bebiendo, como si viviese ahí, como si no se hubiera ido.

—Pero ¿cómo puede ser, Ali? ¿Cómo? ¿No te devolvió las llaves?

—¡Sí, sí! Pero es evidente que se hizo una copia. Tranquila, ayer avisé al cerrajero. Tienes nueva cerradura. Cuando suba te llevaré las nuevas llaves y un juego con las copias. Nunca más podrá entrar. Ni que tenga un centenar de copias, no le servirán de nada.

—Suerte que te lo encontraste tú y no yo. No sé cómo habría reaccionado —dice Nora.

—Pero aún hay otra cosa.

—Dime.

—Sobre todo, tranquila —le pide Alicia.

—Estoy muy tranquila. ¿Qué ha hecho? ¿Qué te ha dicho? ¿Se quiere quedar el piso?

—No, Nora, no. Por eso discutimos, porque no entendía qué hacía ahí si os habíais separado, si él se había ido a vivir con la novia. Parece que la cosa no ha durado mucho.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Nora desconcertada.

—Quiero decir que la chica lo ha plantado, que lo ha dejado con un palmo de narices. Y él, en cuanto se ha visto solo, ha tenido la gran idea de volver al piso.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Que lo quiere para él? ¡Pues que se lo meta donde le quepa! ¡Nunca más voy a vivir ahí!

—No, Nora. No lo entiendes. No quiere el piso. Te quiere a ti.

—¿Perdona? Pero ¿qué dices?

—Estuvimos hablando, primero muy civilizadamente, hasta que intuí lo que pasaba. Supongo que ella no pudo soportar su carácter y su mala leche, y terminó la relación en seco. Y, cuando le dije que se fuera, me preguntó dónde estabas. Naturalmente le dije que nunca lo sabría y que te olvidase y que rehiciese su vida lejos de ti.

—Bien hecho, Ali. Siento que hayas tenido que pasar por esto. ¿Y él qué dijo?

Alicia no se atreve a hablar. Sabe que su amiga todavía no está suficientemente fuerte para enfrentarse a ese mal hombre.

—Ali, ¿qué te dijo?

—Que te encontraría.

Aunque ella lo ha pronunciado de la manera más neutra posible, la frase ha sonado a amenaza.

—¿Nora?

Silencio.

—¿Nora?

—Sí, sí, Ali, estoy aquí.

—Pero no tienes nada que temer. Estás muy bien acompañada. Tú no estás sola. Él sí. Ya he hablado con Marta y se lo he contado todo. No sé cómo podrá saber dónde estás. Ni yo ni Toni ni Sara ni nadie le dirá nada. Marta me aseguró que lo llamaría para acelerar el divorcio, a ver si así lo entiende. Hace meses que debería haber firmado los papeles. Ahora ella lo apretará de verdad, como buena abogada que es.

Nora trata de asumir lo que acaba de decirle su amiga.

—¿Me escuchas?

—Sí.

—Él está vencido, ha perdido y lo sabe. Ahora intenta a la desesperada usar la fuerza de la intimidación para volver a hacerte daño. Pero ya no puede hacerlo. ¿Lo entiendes? ¡No puede! Porque ya no forma parte de tu vida.

—¿Y si aparece hoy o mañana o...?

—Querida mía, tienes a Cervan, a Daniel, a tu madre...

Nora la interrumpe.

—Mamá cada día está más apagada, Ali.

—Quiero decir que no estás sola. Si apareciese, no tendrías que hacer nada. Ni tan siquiera verle.

—Hay una cosa que no entiendo. Cuando te lo encontraste en el piso, ¿qué estaba haciendo ahí? Quiero decir, ¿se ha vuelto a mudar ahí?

—¡Nooo! Yo también lo pensé, pero no. Imagino que pasaba

por el piso día sí, día no, para coincidir contigo. Él ignoraba que te habías ido a ese pueblo con tu madre. Pensaba que todavía vivías en el piso y quería encontrarte y darte pena y decirte, con ese tono convincente que sabe poner, que tú eres la mujer de su vida y que esa chica fue un error sin importancia y blablablá. ¡Pobre insensato! Recuerda, Nora, kintsugi. Tienes que terminar de recuperarte: no lo llames.

—¡No pensaba hacerlo!

—No cojas ninguna llamada suya, no hables con él, no te enfrentes. Deja que tu abogada se encargue. ¡Ella sabrá defenderte de ese monstruo! Pasa de él.

—Lo intentaré, Ali, lo intentaré. Pero esta noche le pediré a Cervan alguna pastillita para dormir o tendré insomnio, seguro.

—Eso. Pastilla mágica y a descansar. Mira, Nora, me lo montaré para subir el viernes en lugar del sábado.

—No, no es necesario. Por mí no lo hagas. ¡Ya suficiente trabajo tienes! ¡Y demasiado trabajo te doy!

—Oye, querida mía, ¿para qué están las amigas? ¿Solo para risas? No. Yo siempre te apoyaré, a las verdes y a las maduras.

—Lo sé, Ali, y te lo agradezco. Pero también tengo ganas de que nos riamos y lo pasemos bien y, sobre todo, quiero dejar de causarte problemas.

—Tú no me causas ningún problema, cariño mío. Es ese pesado el que los causa. Pero, por suerte, ¡ya te has librado de él!

—¿Tú crees?

—¡No lo dudes! —exclama Alicia—. Dedícate a hacer de jardinera, de campesina, de cocinera, de editora, o no hagas nada de nada y toma el sol. Cervan ya está pendiente de la salud de tu madre. Yo subiré a cuidarte a ti. Como lo hago cada semana. Y también para ver un poco a mi médico de cabecera.

Nora se ríe.

—Ay, amiga, parece que me haya sacado años de encima. Parezco una jovencita excitada cada vez que nos vemos. ¡Cervantes, soy tu Catalina de Salazar! Si tuviésemos un hijo, le propondría llamarlo Lope. ¡O Quevedo!

—¡Sí, seguro! ¡O Góngora! ¡Ali, estás loca!

—¡Ja, ja, ja! ¡Pero te he hecho reír!

—La verdad es que hacéis muy buena pareja. Ay, esta frase es más propia de mi madre, ¿verdad? —pregunta Nora.

—¡Siempre te he dicho que os parecéis más de lo que tú crees!

—Sube el viernes, ¿eh?

—Te lo prometo. Ahí me tendrás.

—Buenas noches, Ali.

—Buenas noches, Nora.

28

—¿Quién eres?

Otra vez. Ana, después de haber pasado una buena noche, o eso es lo que ellos creían, se ha levantado sin reconocer a nadie. Ni a Nora. No sabe dónde está.

—No ha dormido. Se ha pasado otra noche releyendo las cartas. Me juego lo que quieras —dice Cervan.

—Sí, es verdad. Esta mañana he entrado a echarle un vistazo y tenía todas las cartas esparcidas por la cama —dice Nora.

—Esto la debe de haber trastornado.

—Ya lo he recogido todo, Cervan, y ahora está medio dormida.

—Ahora le llevo la medicación y miraré que se la tome.

—Voy a prepararle una infusión —dice Nora.

Los niños están a punto de llegar de la escuela con Daniel. Cervan propone que los pequeños no entren en la habitación porque no sabe cómo puede reaccionar Ana con tanta gente alrededor y con tanto alboroto. Necesita tranquilidad. Nora los espera sentada en la entrada, con los perros tumbados a su lado, preparados para recibirlos, como lo hacen cada día. Ella está inquieta. No ha dormido mucho.

Ayer recibió su llamada. Quería verla, pero ella no está preparada. De hecho, no quiere verlo de ninguna manera. Él hablaba y hablaba con ese tono de autoridad de quien siempre tiene razón e insistía en que debían quedar como dos personas adultas, decía, y solucionar los problemas. ¿Los problemas? Sí, los problemas. Todo tiene solución y no había hecho bien yéndose. «Ya te lo dije, eres la mujer de mi vida», y ella lo escuchaba sin decir nada. «Dime dónde estás y hablaremos.» Mientras él hablaba, Nora temblaba de nuevo, indefensa. Para ella, todo había acabado.

No había marcha atrás posible. ¿Por qué no era capaz de decírselo? Si ya lo había hecho, ¿por qué ahora no podía repetir las palabras? ¡Qué gran embaucador! Pero, por otro lado, ¿por qué tenía que esconderse? Y así toda la noche. Pensando en lo que podría haber dicho y no dijo. «Basta, no me busques. Adiós», dijo Nora. En cuanto colgó, vio que volvía a llamar. Ella no contestó.

Ahora sufre. Lo dejó con la palabra en la boca y sabe que él no lo puede soportar. Por eso la llamó dos, tres, cuatro veces hasta que Nora apagó el móvil.

—¡Ya estamos aquí!

Los perros corren impacientes hacia la verja de entrada.

—¡Voy a ver a Ana! —grita Álex.

—No, amor. Ana no se encuentra muy bien —dice Nora.

Clara abre los ojos asustada.

—¿Qué le pasa? —pregunta el niño.

—Ya sabes que mi madre a veces se desorienta un poco.

—¿Como cuando se duerme en la butaca y luego no sabe dónde está? —pregunta Álex.

—Exacto —dice Nora.

Un coche se acerca por el camino. La verja está abierta, así que el vehículo entra en la finca y aparca al lado del de Daniel. Nora se inquieta porque no conoce ese coche y no ve quién lo conduce.

—¡Ave María!

—¡Monte! ¿Te has cambiado el coche? —pregunta Daniel.

—Me ha tocado coger el coche de mi hijo, el mío está en el taller. ¿Qué le vamos a hacer? ¡Traigo los postres!

—¡Caramba, tu hijo! ¡Coche nuevo!

—Sí, mira, el que tenía estaba destartalado y, finalmente, se decidió. Es uno de esos híbridos. A mí se me hace raro no oír el motor y me tengo que concentrar porque es automático. Dos veces he estado a punto de pisar el pedal que no era y frenar en seco —explica Monte.

Como cada viernes, el operario viene a comer.

—Voy a ver a mi madre —dice Nora, entrando deprisa.

Daniel percibe que alguna cosa la preocupa y no es su madre.

Se ha dado cuenta de que al ver el coche de Monte se ha puesto tensa. Pero ahora sus dos pequeñas fieras hambrientas han llegado y es hora de comer. Luego hablará con ella.

—Pues nada. ¡Chicos, adentro y a poner la mesa! —ordena Daniel.

En la habitación de Ana, Cervan intenta que se tome la medicación. Pero la mujer no sabe cómo tragarse las pastillas.

—¡Oh! ¡Qué amarga! —dice, y las escupe en el pañuelo que lleva siempre bajo la manga de la blusa—. ¡Qué asco!

—¡Hola, mamá!

—¿Quién eres? —pregunta la mujer a su hija.

—Nora —responde, sentándose a su lado.

—Nora es mi hija.

—Sí, mamá.

—Yo tengo tres hijas. Nora, Sara y María. ¿Lo sabías?

—Claro —responde ella, afectada—. No mejora, Cervan.

—De momento, no —dice él.

—¿Qué tenemos que hacer? ¿Llamo a mi hermana para que venga?

—Quizá sí. Quizá todavía la reconozca. Ya te dije hace unos días que estaba empeorando —explica el médico.

Nora acaricia con ternura la mejilla de su madre.

—¿Antón no está? —pregunta con mirada inocente.

—No, no está.

—¿Y adónde ha ido?

—Lejos, mamá, muy lejos.

—¡Bah! ¡No me engañes! —Ana se acerca a su hija y le dice en voz muy baja—: Hemos quedado por la noche para vernos.

Y le guiña el ojo con complicidad. Ella la abraza cálidamente.

29

No puede encender el móvil. Tiene un número exagerado de llamadas perdidas y un montón de mensajes. Nora está agobiada. Ha tenido que llamar a Sara desde el móvil de Daniel. Se siente acosada por ese hombre que ahora dice que no quiere perderla. Teme que cualquier día se presente y se la lleve sin que ella pueda resistirse. La pieza que parecía bien encajada ahora se resquebraja con el feroz embate de cada mensaje. Incapaz de salir más allá del terreno que rodea la casa, hace días que no va al pueblo ni pasea bordeando el riachuelo del robledal acompañando a los niños. No es que tenga miedo de encontrárselo. Sabe que todavía no la ha localizado. No es eso.

Nora se siente perdida y vacía por dentro. Ya no se ríe cuando Álex le hace alguna monería, ya no la confortan los abrazos de Clara, ya no se siente segura. Nora tiene el ánimo acorralado con las amenazas de su ex. Vuelve a ser la mujer insignificante e intimidada que era con aquel hombre.

Y Ana sigue empeorando, aunque intente disimularlo. Ahora ya no pregunta quién es quién. Sonríe y repite el nombre de quien se presenta. Sara llegará mañana. No se imagina lo mal que se encuentra su madre.

Alicia también está aquí, firme como una roca, a su lado, preparada para defenderla si él apareciera. Ha alertado a la abogada que tramitó los papeles del divorcio y que él todavía no ha firmado. Marta le ha pedido a Nora que sea fuerte, que él no puede hacerle nada, que si se atreve a poner un pie en esa casa está rodeada de una guardia pretoriana armada con argumentos que lo desmontarán, que esté tranquila. Pero, por más que lo intenta, no puede.

Daniel le ha comprado un móvil nuevo y ha pedido otro

número.

Se siente protegida y querida. En cambio, ella se da cuenta de que está perdiendo la capacidad de confiar, de expresar cualquier sentimiento. ¿Qué le está pasando? ¿Y si pierde la capacidad de querer? Por la noche, en pleno insomnio, busca si ese trastorno tiene nombre. Lo encuentra. «alexitimia», dificultad de sentir, de reconocer y expresar emociones, tanto en uno mismo como en las relaciones con otros. Bueno, si es así se podrá tratar. Deja de leer y apaga el móvil nuevo.

Se levanta de la cama y va a ver a su madre. Como se esperaba, está despierta. Cervan, que le está leyendo un libro, levanta la vista.

—Ve a dormir. Ya me quedo yo con ella —le dice Nora.

—¿Estás segura? No me importa quedarme aquí, y tú necesitas descansar —dice Cervan.

—No puedo dormir, por eso he venido.

—De acuerdo, si necesitas cualquier cosa ya sabes que estoy enfrente. Tengo el sueño ligero.

—Gracias, Cervan. Eres un buen amigo.

Sale y cierra la puerta.

—Mamá, soy Nora.

—Ya lo sé, Nora.

—Soy tu hija.

—Mi amada hija. Mis tres hijas amadas, María, Sara y Nora.

Nora mira esas manos arrugadas y secas, con marcadas venas azuladas y manchadas por la vejez. Siempre le han parecido muy bonitas las manos de su madre, incluso ahora. «Tengo manos de pianista —le decía—, y tú también.»

—Ya no sé amar.

—¿No? —pregunta Ana.

—Ven, mamá.

Nora viste a su madre con un abrigo y le pone las zapatillas.

—No hagamos ruido —le dice.

Y se la lleva de puntillas por la escalera. Salen por la puerta de atrás. Ana parece contenta, como si fuese una adolescente que se escapase de casa para ir al baile. Su hija la ayuda a entrar en el

coche y le pide que espere dentro, que vuelve enseguida.

Con cuidado, intentando no hacer ruido, Nora camina rápidamente hasta la verja y la abre muy despacio para que no chirríe. Vuelve al coche, arranca y sale sin mirar atrás. Conduce en silencio. Mamá tararea una cancioncilla. Se la ve feliz. No ha preguntado adónde iban ni por qué salían a esa hora tan oscura. Nora gira hacia la estrecha carretera de la ermita. Son cuatro kilómetros de curvas cerradas.

—¿Te mareas? —pregunta a su madre.

—No, ¿y tú?

—No.

Ante ellas, una noche sin luna, pero estrellada. Ana sigue tarareando. De pequeña, su madre siempre cantaba que si un cuplé, que si zarzuela, que si un bolero. Y las tres hermanas se sabían de memoria esas canciones de otra época como si fueran el éxito del momento. Pasaban tantas cosas en aquellas canciones... Nora empieza a cantar:

—«¿Dónde vas con mantón de Manila? ¿Dónde vas con vestido chinés?», y su madre le contesta: «A lucirme y a ver la verbena, y a meterme en la cama después».

—¿Y recuerdas esta, mamá?: «Entre los paisanos y los militares me salen a diario novios a millares. Como monigotes vienen tras de mí, y a todos los hago que bailen así...».

Y las dos se ponen a cantar.

—«Cata-catapum, catapum pon candela, alza *p'arriba*, polichinela. Cata-catapum, catapum, catapuuum... ¡Como los muñecos en el pim, pam, pum!»

—¡Te acuerdas! —se sorprende Nora.

—Pues claro, hija. ¿Cómo quieres que no me acuerde? ¡Os la enseñé yo!

Nora detiene el coche en lo alto del cerro, al lado de la ermita, sin apagar el motor. Solo unos metros más adelante, no hay ni que acelerar demasiado, dejarse caer por la pendiente y volar por el precipicio. Acabar. Fin del sufrimiento.

—Mamá...

Ana le sonríe a su hija. ¡Qué serenidad! Ve en sus ojos

envejecidos un destello de realidad. Su madre lo sabe. Sabe lo que Nora quiere hacer. Y asiente con la cabeza.

Sin poner primera, hace rugir el acelerador, una, dos, tres veces. Debe ser decidida, sin dudar. Solo tiene que poner primera y no pensarlo dos veces. Quita el freno de mano y...

—«Cata-catapum, catapum, catapuuuum...»

Una vocecita infantil, desconocida, canta el estribillo de la canción.

Nora, sorprendida, pone el freno de mano y mira hacia atrás. Unos ojos verdes y vivos, como los de un gato, la miran.

—¿Qué hace aquí mi florecita? —dice Ana.

La niña repite cantando.

—«Cata-catapum, catapum, catapum...»

Ana acaba la canción con la niña.

—«¡Como los muñecos en el pim, pam, pum!»

Clara, que estaba tumbada en el asiento de atrás, se incorpora.

—¿Me cantáis otra? —dice.

Tiene una voz dulce y suave.

Nora mira a su madre.

—Podemos cantar en el camino de vuelta —sugiere Ana.

—Necesito un momento. Seguid cantando —responde Nora bajando del coche.

—«Hay un viejo loco que lo traigo frito y para que baile, tiro del hilito, y aunque se resiste sin querer saltar lo hace muy contento si me oye cantar. Cata-catapum, catapum, catapum...»

Nora se aparta del coche y enciende un cigarrillo. Le tiemblan las manos. Qué espanto si hubiera... ¡No quiere ni pensarlo! ¡Qué locura! ¿Ha sido una señal la aparición de Clara? Se pregunta si María, con quien su madre la confunde a menudo, ha guiado a la niña hasta el coche. Las debe de haber oído cuando bajaban la escalera y las ha seguido. ¿Cuándo ha entrado? Solo puede haber sido durante ese minuto que ha tardado en ir hasta la verja y abrirla. Y su madre, tan desorientada, no se ha dado ni cuenta. Se marea y se sienta en el suelo. Ellas siguen cantando en el coche. Nada tiene sentido. Iba a acabar con su vida y la de su madre, ¿por

qué?

«El pasado es un prólogo.» Sí, Maggie, sí que lo ha sido. Mi prólogo, sin embargo, quizá ha sido un poco largo. Ahora inicio el primer capítulo, debo empezar a vivir como yo quiera.

Y, todavía temblorosa, Nora entra en el coche.

—¡Ha terminado la excursión!

—Te ha dado frío —dice Ana.

—Quizá un poco —responde Nora.

—¿Vamos a casa? —pregunta Clara.

—Sí, se ha hecho muy tarde y si no nos encuentran se asustarán.

—No lo sabrán porque están durmiendo. ¿No podemos dar otra vuelta, Nora? —pide la niña.

—Mañana te llevaré de paseo.

—¿Y podré ir delante?

—Claro que sí.

—¿Volvemos a cantar el catapum?

30

Están todos. Daniel y sus hijos, dos parejas amigas suyas, Isabel Klerk, Ana, Sara con su novia Samantha, recién llegadas de Londres, Alicia, Cervan, Marta —la abogada—, Toni, Judit, Miguel —el diseñador gráfico—, tres escritoras y un escritor amigos de Nora, Monte y su familia, Antonia —la carnicera del pueblo— y su marido, que han traído carne para hacer a la brasa. También están Ramón —el carpintero—, Pedrito —el albañil— y Mingo, que ha llegado con una suerte de verduras de su huerta.

Álex y Clara ríen mientras juegan con los hijos de Pepe, el de Monte. Tres Cuartos ladra desesperadamente hasta que consigue que le lancen la pelota, y corre enloquecido, la pilla y la devuelve. ¡Y hala! A ladrar hasta que le hagan caso.

Han orientado los altavoces de la sala de estar hacia el exterior y la música acompaña la fiesta de cumpleaños.

Ana y Nora pasean cogidas del brazo, sin prisa, mientras observan la alegría que da tener a toda esa gente tan querida alrededor del viejo tilo, unos sentados, otros de pie, hablando y riendo. Su madre le ha preguntado dos veces si Antón acudirá al asado. Y cada vez que lo hace, Nora la mira sorprendida y Ana se echa a reír. Hoy se encuentra bien y se dedica a tomarle el pelo a su hija y ella le sigue el juego, preparada para poner cara de sorpresa cuando le pregunte por tercera vez si Antón vendrá al asado.

Alicia y Cervan charlan animadamente con una copa en la mano.

—Esos dos están saliendo —dice Ana.

—¡Qué va! —exclama Nora.

—¡Que sí! La primera vez que Alicia subió a la casa, los dos se gustaron. ¡Hazme caso! Tengo olfato para estas cosas. Y, además,

¡hacen buena pareja!

—¡Ay, por Dios! ¡Eres una vieja comadre chismosa!

—¡Pero si tú ya debes de saber que a él le gusta ella! ¡Y a ella él!

—Vamos a sentarnos, mamá —propone Nora.

Daniel dice a sus hijos que vayan a buscar tomates al invernadero, y los niños salen corriendo seguidos de los perros, menos Gris, que se queda sentado bajo el porche. Un coche se acerca a la verja, pero no puede entrar porque está cerrada. Espera prudente que lo vean y, finalmente, hace sonar el claxon.

—¿Esperamos a alguien más? —pregunta Daniel.

Nora pone la mano a modo de visera y trata de reconocer al conductor. Pronuncia su nombre en voz baja, incrédula, y su madre le coge la mano.

—No vayas —le dice.

Pero Nora se levanta y camina hacia el coche, que continúa detenido. Él abre la puerta y sale. Poco a poco los invitados van dejando de lado las charlas, pendientes de lo que pasa en la entrada. Nora no abre la verja. Lo mira desde el otro lado.

—Felicidades, Nora.

—Gracias.

Él espera que diga alguna cosa más, pero ella le sigue mirando sin inmutarse. El hombre intenta adivinar qué siente, qué piensa en ese momento.

—¿No puedo pasar?

—No.

—¿No me quieres invitar a tu fiesta? —insiste él, con una sonrisa forzada.

—No.

—Te he llamado muchas veces.

—Ya.

—¿Vas a seguir contestándome con monosílabos?

—Sí.

—Vuelve conmigo —dice él.

Estas palabras estallan como una bomba en el interior de Nora.

—¡Nunca! —responde firme pero serena.

Él queda desconcertado. No esperaba la fortaleza que desprende su mujer. Porque para él lo sigue siendo.

Nora no muestra nada de nerviosismo, ningún temblor, ninguna lágrima, ninguna sonrisa, ninguna emoción. Es como un muro impenetrable.

—Al final te he encontrado. No puedes esconderte de mí. ¿Quieres saber quién me ha dicho dónde estabas?

—No.

Él se da cuenta de que está perdiendo la partida. Y eso lo saca de quicio y se va enfadando cada vez más.

—Sé razonable. ¡Déjame pasar y lo hablamos! —dice elevando el tono de voz.

—No hay nada de que hablar. Todo lo que teníamos que hablar ya nos lo dijimos.

—¡Menos mal! ¡Has recuperado la voz! Estaba sufriendo —intenta bromear.

—Vete.

—No lo haré hasta que seas capaz de tener una conversación adulta conmigo.

—¿Adulta?

Nora sabe que ha cedido terreno con esta pregunta. No puede bajar la guardia. Conoce bien a ese manipulador.

—Sí, pareces una niña pequeña que no sabe hablar —dice él, con tono burlón.

—No quiero hablar contigo, que es muy distinto.

—Nora, ¿qué quieres que te diga, que me equivoqué, que fue un error irme? Pues te lo digo. Me he equivocado, ha sido un error irme. Esa chica me enloqueció, y tú no estabas bien.

—¡No sigas! Yo no estaba bien porque tú me maltratabas desde hacía años y yo no me daba cuenta. He tenido meses para pensar, para digerir todo el dolor que me causaste. Eres un agresor y me alegro de que no hayas tenido tiempo de hacerle daño a esa chica. Supongo que te caló rápido y salió por piernas. No quiero verte nunca más. O sea, que vete por donde has venido y no vuelvas. O te denunciaré por acoso.

—Pero ¿tú estás oyendo lo que dices? ¿Te has vuelto loca o qué?

—No, no estoy loca. De hecho, he recuperado el juicio.

Él se da cuenta de que Nora no está sola. Detrás de ella tiene a toda la gente de la casa, que se ha ido acercando. Unos lo miran con rabia, otros con desprecio, y Ana con pena.

—No entiendo nada. ¿Queréis dejarme a solas con mi mujer? —grita.

—No soy tu mujer. No soy de nadie. ¡Y ahora lárgate!

Y, dicho esto, Nora da media vuelta y empieza a caminar hacia la casa mientras sus amigos van abriéndole paso.

—¡Nora, esto no se ha acabado! —grita fuera de sí.

—Sí, esto se ha acabado. Si quieres cualquier cosa, habla conmigo. Soy la abogada de Nora. —Y Marta le da una tarjeta.

Y todos regresan al patio, bajo el viejo tilo. Vuelve a sonar la música, y las charlas se animan. El coche retrocede y desaparece.

—Eres valiente —dice Marta—. ¡Muy bien hecho!

—¿Cómo te sientes, Nora? —pregunta Alicia.

—Viva.

Notas

1. Desvaneciéndome lentamente, una mirada que me conoce y ya no puedo volver atrás. Estados de ánimo que me atrapan, y me borran, y me oscurecen. Ya has sufrido bastante, ya has combatido contra ti misma. Ha llegado el momento de ganar.

1. En la frontera entre el miedo y la culpa empiezas a preguntarte por qué has venido. ¿En qué me equivoqué? Perdí una amiga. En la inmensa amargura. Hubiera estado despierto contigo toda la noche si hubiera sabido cómo salvar una vida...

Animales heridos
Elisenda Roca

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Compañía
© de la ilustración/fotografía de la portada, Josep Santilari

© Elisenda Roca, 2022
Autora representada por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

© de la traducción, Elisenda Roca, 2022

© Edicions 62
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2022

ISBN: 978-84-08-26526-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!